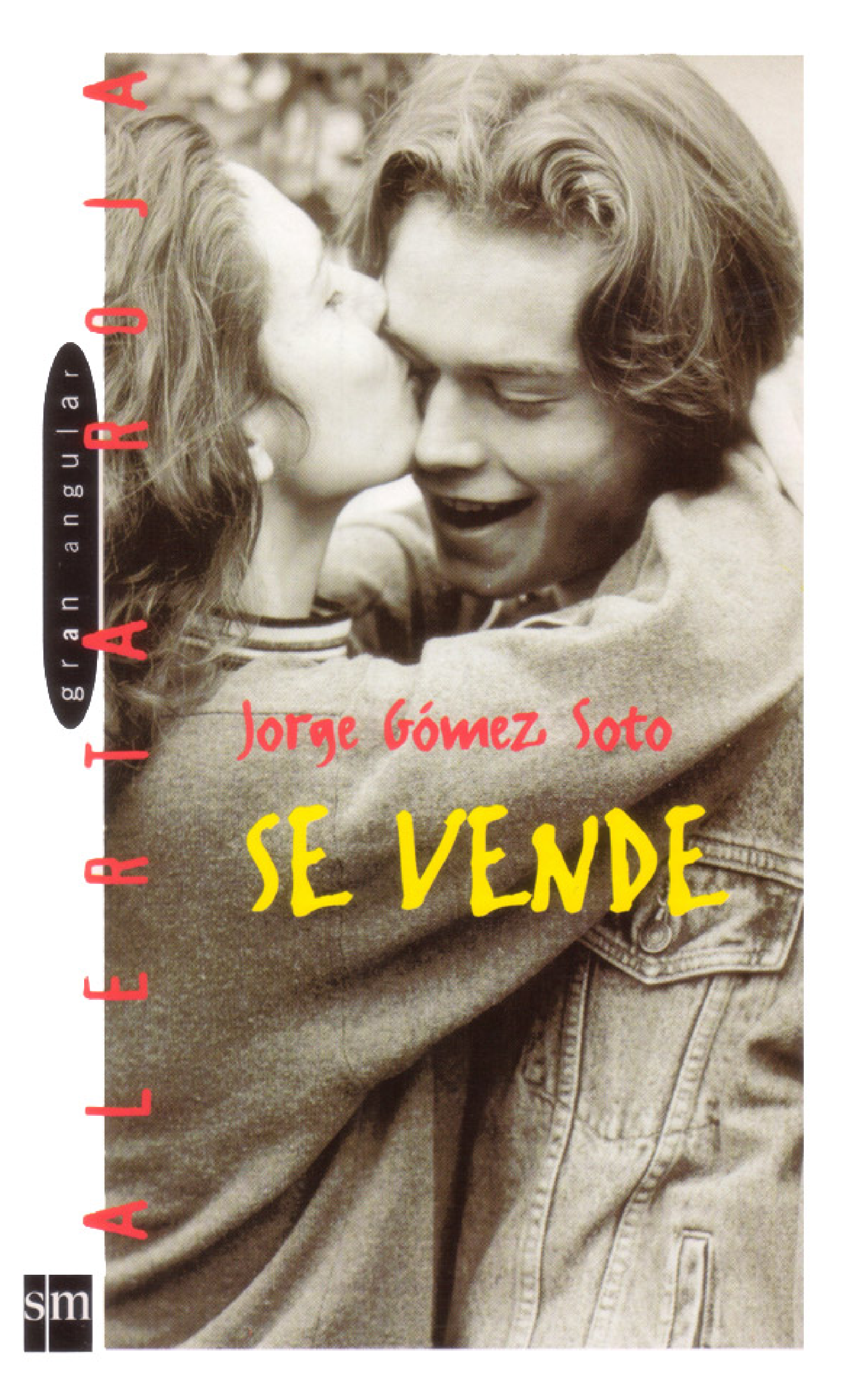

ALERTA ROJA
gran angular
Jorge Gómez Soto
SE VENDE
sm

JORGE GÓMEZ SOTO

SE VENDE

Annotation

Cuando el padre de Víctor se queda en paro, todos deciden trasladarse a Madrid para buscar trabajo. Tienen suerte y todos se integran bien en su nuevo ambiente. En el instituto Víctor tiene nuevos amigos y conoce a su nueva novia, con la que comparte momentos íntimos. Con sus amigos y un oscuro socio, Víctor montará un local de copas. Todo parece ir de maravilla, ganan mucho dinero y Víctor se puede comprar todo lo que quiere. Pero Víctor se mete en un lío y terminará siendo víctima de una paliza.

A Cecilia, porque tú lo vales

Del elixir de juventud bebimos juntos prometiéndonos la vida. Quién nos llamó, qué pudo ser, nos puso de la mano desde el primer día.

Antonio Vega

En estos tiempos, los jóvenes piensan que el dinero lo es todo. Algo que comprueban cuando se hacen mayores.

Oscar Wilde

DESPERTAR

No sé si pienso, escucho, sueño, veo, hablo, imagino o recuerdo. No sé si lo hago todo a la vez, o si no hago nada de eso. No sé si tengo los ojos abiertos o cerrados. No sé qué postura tengo, dónde estoy y qué hago sin saber absolutamente nada. Se me atraviesan los sueños. Mi mente recorre demasiados caminos a la vez y no sé el origen ni el destino de ninguno de ellos. No, no sé, no sé nada. Unos pasos se acercan y, al mismo tiempo, cada vez suenan más lejos, como al otro lado de algo que no estuviese en ningún sitio. ¿Qué estoy diciendo? Una mariposa multicolor se abre paso entre una niebla que no sé si está fuera o dentro de mi cabeza. Una lejana paz se apodera de mí mientras acompaño su vuelo caprichoso. Aletea, inventa, deshace formas en el aire. Es un baile de colores sobre un mar de remolinos cobrizos. Parpadeo con excesivo trabajo, como si mis pestañas fuesen las alas mojadas de esa mariposa, que se ha desvanecido con suavidad.

Dos caras se sorprenden levemente y se echan hacia atrás, y cada una abandona mi ángulo de visión por un lado distinto, dejando ante mi el vacio, la niebla, la oscuridad de la que he venido. La rea lidad va tomando forma entre mis ensoñaciones y cada vez me cuesta menos distinguir lo de fuera de lo de dentro, aunque no perciba con exactitud muchas cosas: mi propio cuerpo, que imagino ahí abajo; el paso del tiempo... a veces me parece que un parpadeo puede durar horas. Por el momento solo veo una pared que debe de ser el techo de una estancia, pues ni siquiera sé si estoy tumbado. Lo único que puedo afirmar con seguridad es que, aun que inmóviles, tengo ojos... y cerebro, por supuesto, para procesar lo que los ojos le envían y para inventar o revivir o soñar lo que no. Todo aquí -¿dónde es aquí, qué es aquí?- parece lento, se alarga. La voz de alguien que no veo y que no reconozco me llega distorsionada, como si antes de entrar por mis oídos hubiese tenido que arrastrarse por el suelo. Me intento concentrar en las palabras que flotan cerca de mis oídos y lejos de mi vista, pero soy incapaz de seguir el hilo. Mi mente pierde cobertura. Lanzo una serie de señales a mis músculos del cuello para que giren la cabeza hacia la voz, pero no responden, y lo único que consigo es que un ligero aturdimiento camuflado salte al centro de mi cabeza convertido en un mareo de dinosaurio. Todo el movimiento de mi cuerpo se reduce al par padeo, así que empiezo a abrir y a cerrar los ojos con desesperación. Al final, se me nubla la vista, la pared desaparece y apenas me da tiempo a pensar que me abandono de nuevo.

Después de otro lapso intemporal, vuelvo a la conciencia. El mareo no ha remitido pero, un momento, siento un cosquilleo en las piernas, o al menos el anuncio de un futuro cosquilleo. Intento sin éxito bajar la vista hacia mi

cuerpo, del que la única noticia que me llega es esa leve sensación. La voz de antes, replicada por otra nueva, renace, y dos cabezas se colocan de nuevo delante de ese trozo de techo que ya debo tener desgastado de tanto mirarlo. A falta de otras posibilidades, trato de que mis ojos resuman en una expresión todas las dudas que me van surgiendo. Pero mis ojos, o el resto de mi cara, lo único que deben sugerir es lástima, a juzgar por cómo me miran. Intento incorporarme, hablar, preguntar, sobre todo, preguntar, pero lo único que consigo es lo de siempre, parpadear y parpadear hasta perder el sentido.

Ha debido de ser un largo abrir y cerrar de ojos, pues ahora es de noche. No he sido consciente de que antes era de día hasta que no me he despertado ahora de noche. Una tenue e intermitente luz verdosa de origen desconocido baña el techo. La sala parpadea. De la penumbra solo llegan murmullos, tan débiles que no sé si son voces o el viento ha ciendo susurrar las hojas de árboles lejanos. De pronto noto como si el estómago se me hubiese vuelto del revés, y el dolor y las ganas de vomitar no son suficientes para atenuar mi alegría: ¡siento la tripa! Es más, he sido capaz de contraer los abdominales. Dirijo la vista hacia abajo y ahora los ojos me responden, no así el cuello. Sobre un pegote de gasa, que debe proteger mi nariz, alcanzo a ver la silueta en sombra de la punta de mis pies bajo la sábana, como dos fantasmillas que velasen mi aturdimiento. Instintivamente, muevo un poco los dedos de los pies y sonrío, o al menos intento sonreír hasta que el dolor me hace devolver la boca a la posición de reposo. Comienzo a sentir todo el cuerpo... Para ser más exactos, comienzo a sentir dolor en todo el cuerpo. Como sospechaba, estoy tumbado. Además, tengo el cuello inmovilizado por un collarín y, cuando intento forzarle para observar las partes de la habitación a las que no llego, lo único que veo son las estrellas. Encadenado a la cama por mi propia inmovilidad, tenso al máximo mis músculos oculares y me dedico a repasar la habitación, a adivinar formas en la oscuridad verdosa, discontinua, y a extraer de ellas la mayor información posible. Casi ocultando las pupilas bajo el párpado superior, consigo ver el cabecero metálico de la cama, o, para no seguir engañándome, de la camilla, pues no hay duda de que esto es un hospital. Más arriba del cabecero solo hay pared y techo. Hacia la derecha, termina la estancia: una ventana con cristales traslúcidos ocupa casi toda la pared. La trayectoria circular que voy siguiendo con mis ojos me devuelve a los pies -a los fantasmas custodios-, pero esta vez no me detengo en ellos, sino en la puerta que hay más allá. Por su estrechez, deduzco que es un armario, una taquilla o algo similar. A mi izquierda, tan cerca que su repentina visión casi me asusta, tengo una máquina extraña. Está de lado, y lo único que saco en claro es que estoy conectado a ella por varios cables y tubos, y que de su frontal salen los parpadeos verdes de los que me valgo para la inspección. Más allá de la máquina, se extiende la sala. Hasta donde alcanzo a ver, hay tres camillas más con personas -bultos bajo las sábanas conectadas a sus respectivas máquinas. Para mis ojos la habitación termina allí. Un muro de

oscuridad oculta quién sabe si ninguna, una o cincuenta camas más. ¿Me estarán mirando los otros bultos como yo a ellos, por el rabillo del ojo, con la misma incomprensión? No puedo ni siquiera empezar a responderme. Mi cabeza se satura al mínimo pensamiento.

—Aquí, cama diez.

La voz llega de la parte oscura. Muevo los ojos hacia allí y dos sombras atraviesan el muro negro y van tomando forma mientras se acercan a mí: dos batas con sendas cabezas de mujer. Intento levantar un brazo como gesto instintivo de bienvenida pero me quedo a medio camino por un dolor que apa rece en la muñeca y, como un fogonazo, recorre el brazo y se extiende por todo el cuerpo. Por la velocidad con que se condensa la niebla frente a mis ojos, debo de estar de nuevo abandonándome.

—Despierta... despierta.

La voz de una de ellas, junto con unos suaves cachetes, evita que caiga. Intento decir algo, pero solo sale por mi boca un murmullo indescifrable. Muevo los ojos de un lado a otro, frenéticamente, sin detenerme en nada, tratando de hacerles ver que no entiendo nada, que no sé dónde estoy, cómo he llegado aquí ni por qué, y que como siga así mucho tiempo...

—Tranquiiilo -me dice una, y no sé cuál de las dos es hasta que no prosigue-. Me imagino que estarás desorientado, quizá no sepas muy bien dónde te encuentras ni qué día es hoy -mis ojos, sin saber cómo, le responden que tiene razón y ella asiente-. Estás en el Hospital Clínico de Madrid, en Traumatología, concretamente en la Unidad de Reanimación, o sala de despertar, como la llamamos habitualmente. Estamos aquí para vigilar que todo vaya bien hasta que puedas pasar a planta -alguna de las dos me toma una mano, ¡siento las manos, o al menos una!-, y eso será muy pronto, así que tranquilo e intenta mantenerte despierto.

Como han llegado, se van, vuelven a su reducto de oscuridad. Si venían a tranquilizarme, no solo no lo han logrado, sino que han conseguido el efecto contrario. Me han dicho la z y yo quiero saber todo el abecedario. ¿Por qué estoy aquí? Miro hacia donde estaba la oscuridad y descubro que ya no es tal. Mis ojos se han ido acostumbrando a la escasa luz y alcanzo a ver toda la sala de despertar, sumergida en esa atmósfera verdosa e intermitente. Hay en total diez camas. Al fondo, en una esquina, a ambos lados de una mesa, están sentadas las dos enfermeras, hablando sin mirarse, pues tendrán que estar constantemente vigilándonos. Cada vez que recuerdo sus palabras, mi inquietud crece hasta el borde del mareo. ¿Traumatología? ¿Sala de despertar? Noto que en mi cabeza faltan datos para cuadrar todo, hojas en blanco, huecos vacíos. Solo espero que sea posible rellenarlos. ¿Habré tenido un accidente? ¿Se me habrá caído una cornisa encima? ¿Me habrán pegado una paliza? ¿Me habré caído por unas escaleras? ¿Me habrá atropellado un coche? ¿Se habrá roto el cable del ascensor? ¿Habré sufrido un accidente? No recuerdo nada que me aporte la mínima luz, y es más, no recuerdo mi último recuerdo, no sé en qué punto le he perdido la pista a mi memoria.

Nada se mueve en la sala. Las enfermeras hablan allá al fondo, de vez en cuando alguna asiente sin desviar la mirada de las camas. Pero yo me mareo cuando fijo la vista en cualquier punto que no sea el del techo que tengo sobre mis ojos, así que a él vuelvo. Cuando miras algo que ya tienes más que visto y que no esperas que cambie, es fácil ponerte a pensar, la mente lo hace automáticamente. Es así. El cerebro tiene una tendencia natural a pensar, para eso nos lo pusieron en la cabeza; no puede estar un minuto simplemente mirando un trozo de techo sin estar haciendo otra cosa. Pienso en Lía, en mis padres, en Patricia, en Nati, en mis amigos del instituto, de nuevo en Lía... ¿Cómo se encontrarán? ¿Estarán ahí fuera, en alguna sala de espera, o ni siquiera sabrán que estoy aquí?

—¡¡Nooooooo!! -el grito de uno de mis desconocidos compañeros de sala me arranca de mis pensamientos.

Giro los ojos hacia la izquierda y veo a las dos enfermeras acudiendo veloces hacia su camilla. Con pocas palabras logran calmarle. El despertar de algún mal sueño, o el traumático recuerdo de lo que le ha hecho llegar aquí. Si es así, qué suerte, puede recordarlo. En un instante, de mi piel hacia fuera todo se apacigua de nuevo, pero dentro de mí los gritos han dejado un eco continuo, una angustia repentina como de persecución. Cierro los ojos, pero nada se calma. Me veo -me imagino, me recuerdo, me sueño- reflejado de lejos en un cristal, entre destellos de farolas. Estoy corriendo. Voy acercándome a mi reflejo y a la vez se van acercando a mí las pisadas de las que huyo. Miedo. Me detengo frente al cristal: destellos de farolas, mi cara en primer plano y una fila de cabezas que se acerca por detrás. Si pudiese chillar, lo estaría haciendo mucho más alto que el de antes. Las enfermeras parecen notar algo y se acercan hasta mí.

—Tranquilo, Víctor, has salido muy bien del quirófano y te has despertado de forma impecable. Solo estamos esperando a que la anestesista firme el parte de alta. Debe de estar al llegar.

Me revienta no poder explicarles qué es lo que me agobia, primero porque con gruñidos no puedo comunicarme y segundo porque, aunque pudiese comunicarme, quizá no sabría cómo explicarlo. Vamos a ver: me agobia estar en un hospital, me agobia no saber por qué, me agobia esta máquina cuyos tubos y cables debo tener clavados en el cuerpo, me agobia no saber nada de mi gente, me agobia desconocer mi estado de salud, me agobia no poder moverme ni hablar, me agobia que tan pronto aparezca una mariposa llena de paz como una escena en un cristal que me infunda pánico. Estoy agotado de tanto agobio. Sé que respiro, con dificultad, que veo, que oigo y que estoy recuperando la sensibilidad en el cuerpo; debo de tener heridas y contusiones para regalar; tengo el cuerpo bloqueado de dolor; y las enfermeras siguen repitiendo su palabra favorita: «Tranquilo». ¿Pero quién puede estar tranquilo en esta situación? Intento apurar mis recuerdos, acercarme a la frontera de la oscuridad, pero todo esfuerzo es baldío. Y el desconocimiento inventa

horrores. Ahora estoy empezando a sentir pánico. ¿Y si he tenido un accidente de coche y yo he sido el único superviviente? ¿Y si se ha venido abajo un edificio, sepultando a toda mi familia? ¿Y si alguno de los bultos que está en las camillas de al lado es mi padre, o mi madre, o mi hermana, o Lía, o alguno de mis amigos? El terror se apodera de mí. Inmune a los pinchazos en el costado, empiezo a agitarme en la camilla. Antes de darme cuenta, tengo a las dos enfermeras junto a mí.

—Tranquilo.

Trato de gritar, pero solo emito un ruido entre el mugido de una vaca y el runrún de una moto.

—¿Víctor? -dice una voz de pronto.

Doy un respingo. Me he debido de quedar traspuesto. A mi lado hay una mujer con una tarjeta colgada de la solapa que le identifica como anestesista. No la he oído entrar en la sala ni acercarse a mí. Revisa un papel con aburrida indiferencia mientras una de las enfermeras le va enumerando algo. Al final de la explicación, la anestesista asiente, mira la máquina, me mira una vez más, se da media vuelta y no me dice nada. ¿Para qué me ha llamado entonces? Sigo a las tres con la mirada. La anestesista firma un formulario relleno previamente por las enfermeras, se da una vuelta por la sala, cama por cama y sale de la habitación con tanto sigilo como debió de entrar. Antes de que me dé tiempo a pensar nada, las enfermeras me explican a dúo que en breve me pasarán a planta.

—Ahí estarás mucho mejor.

—Infinitamente mejor, dónde va a parar.

—En una habitación más pequeña.

—Más pequeña y con vistas al exterior.

—Con tus familiares y amigos, que no han dejado de preguntar por ti.

Junto a la claridad del nuevo día que se intuye al otro lado de la ventana, un rayito de esperanza se filtra entre mis más oscuros presagios. Nada es seguro, pero hay más posibilidades de que sea solo yo el que está ingresado. No sonrío, porque me duele, pero al menos me imagino sonriendo.

RECORDAR

1

Recuerdo que me llamo Víctor Merino, que tengo diecisiete años y que hasta hace unos meses vivía en Aguilar de Campoo, un pueblo industrial, o lo que queda de él, del norte de Palencia, tan des conocido como el resto de la provincia. De allí lo recuerdo todo: el colegio al que fui, el instituto al que iba, mi familia -abuelos, tíos, primos cercanos y lejanos-, mis amigos, las chicas que me han gustado y las chicas con las que he tenido algún pequeño rollete, que desgraciadamente no siempre han coincidido; las ruinas del castillo sobre la colina; la presa, más alta que cualquier tejado de Aguilar, el inmenso pantano, el río Pisuerga y las montañas en las que nace, allá al fondo; el cine Campoo, el mercadillo de los martes; el cielo limpio, el olor a galletas...

Mi padre trabajaba en la fábrica de galletas y mi madre no trabajaba. Patricia, mi hermana, mayor de edad y menor de inteligencia, trabajaba a rachas. Cumplió veintidós años unos días antes de que nos fuésemos de Aguilar y su cabeza parecía un documental de pájaros. Patricia quería ser actriz o presentadora o modelo o las tres cosas a la vez o ninguna de ellas, pero famosa. El principal problema de mi hermana era el ser guapa, o mejor dicho, el ser solo guapa. Dejó los estudios cuando ya no le permitieron repetir más cursos. Los trabajos que tuvo después le duraron medio suspiro y fueron de lo más variopinto. Ella solía decir que así sabía mucho de muchas cosas, a lo que yo siempre respondía que en media hora no se aprendía un oficio. Media hora había sido el tiempo más corto que habían tardado en despedirla de un trabajo. Fue un charcutero, harto de explicarla de mil formas cómo funcionaba la máquina de cortar embutido y verla constantemente despachar lonchas de jamón tan gordas como filetes de ternera. Ese fue el más fugaz, pero el resto no se habían quedado cortos. Lo máximo que había aguantado fueron cinco semanas en una tienda de electricidad, y fue porque el dueño estaba, como tantos, loco por echar el cierre, llevársela a la trastienda y explicarle el funcionamiento de los enchufes macho y hembra. Cuando se cercioró de que jamás probaría el pastel -a las cinco semanas-, la largó. Al principio, tanto mis padres como yo nos preocupábamos, pero llegó un momento en que, por lo menos a mí, me empezó a resbalar lo que pudiera o no hacer Patricia.

Mi vida transcurría sin contratiempos, solo con pequeñas sorpresas agradables, como la del día que entró mi padre en casa, saludando voz en grito. Nos dijo que los problemas económicos por los que pasaba la fábrica de galletas finalmente se iban a solucionar. Yo me enteré ese día de que la fábrica tenía problemas económicos. Una gran empresa multinacional la había absorbido y ese día todos los trabajadores habían tenido una comida con el nuevo Presidente. Les había contado los planes para el futuro y todo era

reluciente: inversiones aquí y allá, modernización sin olvidar el genuino espíritu de la fábrica, cambios solo para mejorar, un proyecto global, que todos se sientan como en casa... Impecable. Quién podía pedir más.

Sin embargo, como en las peores baratijas, el brillo no duró ni una semana, lo que tardaron en comunicarle a mi padre y a muchos compañeros suyos que iban a prescindir de ellos. La sorpresa agradable se había convertido de la noche a la mañana en un sobresalto amargo. Tenían que recortar gastos, dinamizar la cadena de producción, adaptar se a la nueva economía, ajustar la productividad, dar un aire fresco a la plantilla y más palabras va cías que solo servían para rodear, hasta acorralarla, a una palabra: despido. Eso sí, no faltaron halagos infinitos ni caras de profundo pesar, algo que a mi padre le alivió tanto como al que le dijeron que tenía un cuello precioso justo antes de degollarle.

—Que sepáis que no es nada personal -les dijeron.

—Nada personal será para vosotros, no te jode -nos dijo que respondió un compañero suyo-, pero para nosotros es muy personal, ¡personalísimo!

Hasta ese día, no había visto a mi padre en una situación tan complicada y, tal y como reaccionó, deseé que me hubiese transmitido al menos parte de su entereza, de su dignidad y de su orgullo. Muchos, a su edad, se habrían derrumbado, pero él se mostró incluso más vigoroso. Lo primero que hizo fue llamar a un abogado laboralista para sacar la máxima indemnización posible a esos desgraciados, como llamaba, cariñosamente, a los nuevos dueños. A continuación me pidió que le confeccionase un curriculum, del que sacó ni más ni menos que cien copias. No sé si lo haría a propósito, pero con su actitud nos estaba dando un gran ejemplo a mi hermana y a mi... o quizá solo a mi. Los mando a diestro y siniestro, por Aguilar y alrededores, los entregó a amigos, a conocidos y hasta a algún desconocido. Como vio en el periódico que hasta para toser te pedían conocimientos de informática e inglés, se apuntó a sendas clases intensivas en una academia. Gracias a su inagotable interés, en apenas un mes aprendió a traducir frases como: si me hubiese llevado el paraguas, no me habría mojado; y a manejar el ordenador mejor que yo, así que el siguiente curriculum se lo preparó él mismo. Llevaba insertada una foto suya que le había digitalizado un antiguo compañero que había tenido mejor suerte que él: le habían dado la posibilidad de que darse en la empresa solo si accedía a rebajar su sueldo casi a la mitad. Los currículos dieron su fruto. Le empezaron a llamar y tuvo varias entrevistas, pero en algunas no le querían y en otras quien no quería el puesto era él. Resultaba muy complicado encontrar algo. Y así pasaban los días...

Hasta que un día sonó el teléfono de casa. Sonó con rabia hasta que lo cogió mi padre. Al otro lado de la línea, su hermana Natalia, Nati para todos. Ella era la rebelde de la familia y por tanto la adorada por los pequeños y la odiada, o quizá secretamente envidiada, por los mayores. Fue la última en nacer pero la primera y única en dejar Aguilar para ir a Madrid. Llamó a casa

tan pronto como se enteró de que mi padre había perdido el trabajo y, como siempre, para no dejar de ser maravillosamente imprevisible, le dio la vuelta a todo. Tras decirle unas palabras de consuelo, le pidió que se pusiese mi madre y comenzó a hablar con ella. Le dijo que necesitaban una mujer en la empresa don de estaba trabajando.

—Pero -oía titubear a mi madre al teléfono, defendiéndose de una propuesta que jamás habría esperado—... qué sé yo, la querrán con experiencia, y joven, no sé.

Por lo visto, según decía Nati, para vender vaporettas venía mejor una persona que conectase con las amas de casa, que eran las que realmente promovían la compra, y no una jovencita agresiva con la que ninguna se identificase.

—Además no es lo típico de ir puerta a puerta, suplicando que lo compren —había dicho Nati— La empresa te manda a casas donde se han interesado previamente por el producto y la probabilidad de que lo compren es muy alta. Los incentivos, si no se te da mal, que seguro que no, son suculentos. Vosotros veréis. Yo os dejaría estar en mi casa hasta que os establecieseis. Ya sabéis lo graaande que es, así que estaremos algo apretados, pero no importa.

Mi tía nos había roto todos los esquemas en unos minutos. No solo quería que trabajase mi madre, algo que jamás había hecho, sino que pretendía que nos fuésemos a Madrid, hala, viva la virgen. La reacción, después de colgar y que mi madre nos contase punto por punto la conversación, fue unánime: «¡ni locos!»; «cómo se le ha podido pasar por la cabeza a Nati algo semejante»; «a Madrid, sí, a ahogarnos entre el humo y la gente»; «mañana mismo llamamos y le decimos que gracias, pero que no»; «¿estamos todos de acuerdo?»; «absolutamente, no se hable más». Sin embargo, en unas horas la seguridad se fue resquebrajando. La primera grieta la abrió Patricia en la cocina, mientras cenaba mos, un par de horas después de haber descartado de plano la idea.

—No se por que antes dije que yo no iría a Madrid ni loca. Yo iría encantada de la vida y me quedaría allí tan ricamente. Madrid tiene que ser la caña. Las discotecas deben de estar hasta arriba de famosos. Además, casi todos los programas de televisión se graban allí.

Sonará cruel, pero no la hicimos ni caso, seguimos cenando como si no hubiese dicho nada. Era algo que mi hermana se había ganado a pulso. Sin embargo, cuando al día siguiente mi madre nos reunió a todos en el salón y nos dejó caer que a ella tampoco le desagradaba la idea, mi padre y yo nos miramos como diciendo: esto ya va más en serio.

—Además -añadió mi madre, demostrando que el comentario no era tan inocente como pretendía hacernos creer; al contrario, que lo había meditado con tiempo-, tenemos la suerte de que el curso de Víctor acaba de terminar y Patricia en este momento no tiene trabajo. No sería una ruptura excesivamente traumática -usó precisamente esa palabra: traumática-. Podemos vender el piso de aquí y con ese dinero, la indemnización y los ahorros, creo que nos llegará para comprar uno en Madrid, aunque no sea tan bueno como este.

Además, cariño -miró a mi padre-, hay muchas más posibilidades de tra bajo en Madrid que en Aguilar.

Estas últimas razones sobraron, por lo menos para mí. En una especie de arrebato de orgullo, me había convencido de que si ellas eran capaces de asumir el reto, yo no iba a ser menos. Así que solo quedaba mi padre. Nada más... y nada menos, pues con ese giro inesperado veía seriamente atacado su puesto de cabeza de familia, tan trabajosamente labrado. Parecía que le costaba más asumir ese golpe que el del propio despido. Donde antes se había mostrado activo y dispuesto, entonces parecía abatido, entre otras cosas porque sabía que aunque todavía no se hubiese pronunciado, la decisión estaba tomada. No podía oponerse a los tres y en el fondo, aunque le costase reconocerlo, sabía que era lo mejor. Madrid podía ofrecer más que Aguilar a una persona con ganas de trabajar. Una mañana me despertó el sonido de la impresora. Mi padre estaba en mi cuarto, frente al ordenador. En cuanto se terminó de imprimir la hoja, la cogió con ambas manos -era más grande y gruesa que un folio normal-, la observó detenidamente, sopló en algunas zonas para secar la tinta y, sin darse cuenta de que me había despertado, salió de mi cuarto. Luego oí sus pasos alejarse, una carcajada de mi madre y varios besos sonoros.

—Solo me queda saber un pequeño detalle para colgar esto del balcón -oí decir a mi padre.

—Tú dirás.

—¿Quién va a llevar los pantalones en Madrid? -preguntó con fingida fanfarronería.

—Tú , por supuestísimo.

Más besos. Yo permanecí en la cama, era un momento para ellos solos.

Mi padre había sacado con un programa de ordenador que yo ni siquiera sabía manejar un cartel de SE VENDE y debajo nuestro número de teléfono. Al verlo colgado, desde la calle, sentí un acceso de pánico y frío. Ese cartel anunciaba al exterior que nuestra decisión no era un simple comentario familiar. Era un pedazo de nuestra intimidad expuesto al público, como la ropa tendida. Después, todo sucedió muy rápido, más de lo que yo pensaba: visitas de posibles compradores, mi abuela ensayando gestos de incredulidad por la noticia, múltiples despedidas y explicaciones, y lágrimas, que me asaltaron por sorpresa alguna noche pese a que la idea del cambio me ilusionase como a el que más.

2

Habíamos salido tarde de Aguilar y era ya de noche. Llevábamos unas tres horas de viaje y nos encontrábamos en la cima del Puerto de los Leones, pues mis padres habían decidido no pagar el peaje del túnel que atravesaba la montaña. Mi padre de tuvo el coche en un punto desde el que viésemos -yo por primera vez esa inmensa manta de luces que se extendía allá abajo, desde la misma ladera de la montaña hasta el horizonte. Salí del coche sobrecogido. Madrid, desde allí, era un guiño inabarcable. Recuerdo que me sentí pequeño. Iba ca mino de ser una minúscula sombra bajo esas luces extrañas.

—Mirad, eso del fondo es el gran Madrid -mi padre hacía de guía turístico-. Engloba a la ciudad en sí misma y a varios pueblos que la rodean. Aunque no sé si es correcto llamarlos pueblos porque la mayoría son verdaderas ciudades, bastante mayores que Aguilar. Las luces que se ven más cerca, salpicando la falda de la montaña, son principal mente pueblos de fin de semana: Guadarrama, Cercedilla, El Escorial, Los Molinos... -y siguió enumerando, como si realmente nos importase mucho.

Pero no, por mucho que se empeñase mi padre no era un viaje turístico, sino el comienzo de una nueva vida. Madrid parecía crecer ante mis ojos, no tener fin, tras el horizonte seguía la ciudad, con un resplandor hipnótico. Cuando mi padre nos llamó desde el coche, me di cuenta de que ya no había vuelta atrás y lo mejor era que no me disgustaba que fuese así. Mi hermana entró en el coche dando botes y gritando como una loca por la proximidad. El coche descendía el puerto hacia lo desconocido, envuelto en el olor fuerte a freno quemado del camión de delante, cuyo tubo de escape lanzaba pedorretas de humo y dejaba caer gotas de vapor condensado. A la derecha iban quedando varias pistas de frenado de emergencia, largas y llenas de arena. Tampoco las había visto nunca. Sobre el horizonte, flotaba una enorme nube plana, que por la cara inferior recogía la vibración luminosa de Madrid y por la superior el metálico reflejo de la luna. La luna es mentirosa, nos decía de pequeños un profesor, cuando tiene forma de C es Decreciente y cuando tiene forma de D es Creciente. Qué poco brillaba la luna con Madrid debajo.

El descenso del Puerto concluía en Guadarrama. Después retomamos la Nacional VI, uniéndonos a los que sí habían pagado peaje. Madrid era un fulgor ya cercano. Caían los kilómetros y se apretaba el nudo de mi estómago. Mi padre se empeñaba en demostrarnos que conocía cada pueblo que atravesábamos: Villalba, Torrelodones, Majadahonda...

—¡Hay que ver! -exclamó de pronto mi madre-. Esto es como el Amazonas pero en autovía.

—Sí, a medida que te acercas a Madrid se ensancha -respondió mi padre, sin abandonar su tono didáctico-. Fijaos, ahora mismo hay cuatro carriles por

cada sentido y dos en medio. Los del centro son para autobuses y vehículos de alta ocupación, así que no pueden circular por ellos coches con menos de dos personas.

—Por aquí están todos estresados.

—Es que en Madrid entra y sale mucha gente. A ambos lados del Amazonas, se multiplicaban edificios de oficinas e inmensos centros comerciales. Ya dentro de la ciudad, lo primero que me llamó la atención fue una especie de platillo volante con las luces dirigidas hacia el suelo que se llamaba, según nos indicó nuestro improvisado guía turístico, Faro de la Moncloa. Era como el hermano bajito y cabezón del Pirulí de la televisión. En este punto, sacamos el papel donde teníamos apuntado el ca mino a seguir para llegar a casa de Nati. Nos lo había explicado por teléfono -no hay pérdida, por aquí, luego por allá... -y estábamos convencidos de que no podía haber otro camino posible. Madrid se ocupó de desengañarnos. Quizá si Nati nos hubiese indicado cómo ir a la otra punta de Madrid, habríamos llegado antes a su casa, pues acabamos siguiendo no cualquier dirección, sino la diametral mente opuesta. Recorrimos cientos de calles. Nos perdíamos, preguntábamos, nos ponían cara de alucinar y nos indicaban dos o tres calles que salían a una principal, que a su vez cruzaba con otra, que... bueno, que preguntásemos por allí. Volvíamos a preguntar más adelante y nos volvíamos a perder. Desde que entramos en la ciudad hasta que llegamos a la calle de Nati, pasó una hora y tres cuartos, cuando por el camino correcto se tardaba entre quince y veinte minutos. Durante el interminable trayecto urbano, cruzaron ante mis ojos edificios tan altos que daba tortícolis mirarlos y, casi a la vuelta de la esquina, barracas lastimosas levantadas con lo que sobraba de lo que sobraba. Resultaba evidente que las chabolas eran los excrementos de esos edificios lustrosos. Las aceras de Madrid eran muy distintas a las de Aguilar, no solo por lo visible -el diseño del mobiliario urbano, bocas de metro, menos jardines, más obras, más gente-, sino también por algo extraño que las recorría, una sensación de peligro difuso, de trampa; aceras movedizas, que me atraparían nada más bajar del coche. Nadie se saludaba por la calle, nadie conocía a nadie, todos a su historia, como siguiendo las instrucciones de un programa que llevasen implantado en el cerebro, con la mirada perdida en sí mismos, perfectamente conscientes de dónde iban y qué iban a hacer una vez allí. Cuando al fin embocamos la calle de Nati, emitimos un suspiro tamaño familiar. Nati nos esperaba en la acera y estaba saludando al otro lado de la ventanilla antes de que nos diese tiempo a salir del coche. Tenía la misma cara de ratoncita presumida, aunque con alguna arruga que no recordaba y unas mechas de color azul. Me bajé del coche con la absurda precaución de no hundir me en la acera. Por primera vez -todo era por primera vez- pisé Madrid. Si algo temblaba no era la acera, sino mis piernas. No obstante, me sobrepuse, le di dos besazos a Nati y pensé: «Víctor está aquí, ¡tiembla Madrid!»

Alegría en colores. La casa de mi tía era la envidia del arco iris. Un segundo

piso, pequeño, con cocina, baño, dos habitaciones, comedor y un balcón más testimonial que útil. No había un solo tabique pintado del mismo color que el de al lado. Sin embargo, quedaba armonioso, había un cierto orden en el caos. Convivían sin pelearse en una misma estancia un mueble rústico de madera y uno de metacrilato. Otra de las cosas que me llamó la atención en un primer vistazo fue que había fotos por todos los rincones de la casa, fotos de ella: sola, con trajeados compañeros de oficina, con la familia -me vi en varias-, con amigos de Aguilar, con amigos de Madrid... Imaginé que las fotos eran lo que la quedaba cuando alguna tarde se alargaba más de lo previsto y la ciudad ofrecía su filo más incisivo, e instantáneamente me reproché el no haberme acordado de sacar las mías de las cajas que dejamos en el trastero de los abuelos.

—Vamos a ver -comenzó a decir Nati, mirando hacia mis padres-. Vosotros dormiréis en mi cama. Me la compré de matrimonio, aunque yo no crea en eso. Los pequeñajos de la casa, que ya me sacáis la cabeza, dormiréis en el cuartito. La cama no es tan grande pero imagino que no tendréis reparos.

Patricia y yo resoplamos a la vez. Ninguno de los dos estaba emocionado con la idea, pero éramos invitados y hasta Patricia comprendió que no debía protestar.

—¡Un momento! -interrumpió mi madre-. Y tú , ¿dónde vas a dormir?

—En el sofá-cama del salón.

Entonces se me encendió la bombilla. La posibilidad de dormir con mi hermana se esfumaba gratamente.

—Nati, no te molestes -dije-. Duerme tú con Patricia, que yo duermo en el salón.

—Si no es molestia...

—¡Ay, sí, Nati, porfa, venga! -saltó mi hermana, eufórica por poder dormir con mi tía y evitar dormir conmigo.

Y así quedó la distribución. Mi padre se comprometió veinte veces a encontrar cuanto antes un piso. Se le veía al mismo tiempo apurado, agradecido e incómodo por tener que depender de su hermana pequeña, la cabeza loca. Esa primera noche, cuando todos estaban acostados -no sé si dormidos en sus respectivas habitaciones, yo ejercí el privilegio de dormir en el salón y me levanté para asomarme al balcón. Aparté las cortinas y abrí la puerta corredera. La noche era despejada, pero apenas se veían estrellas y la luna debía de estar hacia el otro lado. Desde el segundo piso, el suelo estaba muy cerca. En Aguilar vivíamos en un cuarto. La iluminación de la calle era escasa y en los lugares más alejados de las farolas apenas se podía distinguir el color de los coches aparcados. Los edificios de enfrente, y los pocos que se podían ver más allá, dormían, o al menos se hacían los dormidos. Bajo esa apariencia de bestia en letargo, la ciudad palpitaba, suspendida de un cielo al que no llegaban estrellas. No se puede decir que el silencio fuese como el de Aguilar, era menos puro, no terminaba de ser silencio. Un ruido sordo, subterráneo, zumbaba continuamente; cuando no se oía el motor de los coches

pasando por calles cercanas o la sirena de una ambulancia. Con la mirada desenfocada, no sé si mirando al infinito o a la punta de mi nariz, me preguntaba insistentemente por lo que me esperaría allí, cómo me desenvolvería en esa nueva ciudad que solo había visitado desde la tele o desde alguna pantalla de cine. Qué alegrías, qué contra tiempos, me aguardarían a la vuelta de tantas esquinas.

3

Llegó enseguida el primer fin de semana. Poco a poco nos íbamos recuperando de la desorientación de la llegada y en definitiva de esa patada que había desviado el rodar de nuestras vidas. Sin embargo, la inquietud de la novedad iba cediendo paso al aburrimiento de no conocer a nadie y a la desocupación propia del verano; una gran masa de tedio que se alimentaba de minutos en Babia frente al televisor. No fue de extrañar que a la voz de: «¡Levantad esos culos, que es viernes!», proferida por Nati, tanto Patricia como yo saltásemos del sofá casi sin usar las piernas para impulsarnos. No podíamos esconder cierta ansia por escuchar lo que fuera a proponernos. Cualquier iniciativa que partiese de mi tía resultaría interesante. Pero antes de decirnos nada, se dirigió a mis padres:

—¿Dais el permiso para que me los lleve por ahí a conocer Madrid?

Mis padres se miraron como diciéndose el uno al otro: «responde tú », y tuve la certeza de que ninguno iba a ser capaz de decir que no.

—¿Conocer Madrid? -fue lo único que se le ocurrió preguntar a mi padre, mirando la hora en su reloj de muñeca.

—Conocer Madrid -sentenció Nati, y mis padres comprendieron en el acto que conocer Madrid tenía un significado distinto para ellos que para nosotros.

Al instante, mi tía les preguntó si teníamos hora de vuelta. Las cosas se complicaban. Mi hermana ya no tenía, desde el primer día en que se puso a trabajar, pero la mía eran las doce, y mis padres eran bastante estrictos en ese tema. Por eso me sorprendió que ambos a la vez negasen con la cabeza, como resignados a lo inevitable.

—¡Pues a arreglarse tocan! -nos dijo Nati, dando una sonora palmada.

El primero en estar preparado fui yo. Me senté en el sofá del salón -mi cama por la noche junto a mis padres, que se entretenían tratando de acertar las preguntas de un concurso de televisión. Mientras tanto, se escuchaba a Patricia y a Nati jugando cada una a conocer facetas de la personalidad de la otra por sus cosméticos. Quizá fuese posible, aunque para mí resultaba una supina estupidez. Cuan do empezaron los anuncios, mi padre se echó hacia delante con el fin de hacerse ver y me dio los consejos habituales: cuidado con lo que hacía, ellas ya eran mayores, pero yo no -aquí sonreí, pensando en Patricia-, el dinero no nos sobraba... a los que respondí con mi no menos habitual: «tranquilos». A pesar de que las frases eran siempre del mismo estilo, esa vez sonaban distintas, arrastraban una carga adicional de inquietud. Si antes ya se preocupaban cuando salíamos por Aguilar, entendía que llevasen peor el dejarnos salir por esta ciudad inmensa y desconocida. El presentador explicaba a los concursantes que chichisbeo era una especie de galanteo o piropo cortés y continuado de un hombre a una mujer. A mí la

palabra me sugería otra cosa, y solté una pequeña carcajada que desconcertó a mis padres. En esto, aparecieron Nati y Patricia, arregladas a conciencia. Me dieron ganas de lanzarles un chichisbeo de esos. Antes de salir por la puerta, mi padre me recordó lo que me había dicho antes sin necesidad de hablar, simplemente con una mirada y apuntándome repetidas veces con el dedo. Yo asentí casi por inercia, pero mi cabeza estaba más fuera que dentro de la casa. Nada más salir por el portal, mi tía corrió hasta el borde de la acera, se coló entre dos coches aparcados y levantó un brazo.

—¡Qué suerte hemos tenido! -nos dijo, sin dejar de mirar a la calle.

Un taxi se detuvo a su altura. Nos metimos los tres atrás, mientras el conductor ponía en marcha el taxímetro. Nati le indicó que nos llevase a la Glorieta de Bilbao y se acomodó en el asiento.

—¿Y tu coche, tía? -preguntó mi hermana.

—Para la ruta que tengo pensada nos podemos tirar más tiempo intentando aparcar que en los propios garitos.

Desde el taxi, comprobé que había calles tan anchas que a los peatones no les daba tiempo a cruzarlas sin que el monigote verde del semáforo empezase a parpadear con apremio, y otras tan estrechas que pasábamos a cuatro dedos de ellos, agitando sus ropas con la estela del coche. Nati nos iba indicando por dónde pasábamos. Nos enteramos de que el Manzanares no era ni la mitad de grande de como lo veíamos, pero que con unas compuertas estancaban el caudal y así parecía algo. Escaparate puro. Pasamos también por la Gran Vía, nunca había visto tantos cines en una sola calle. Luego torcimos por una bocacalle y entramos a un barrio de calles estrechas que resultó ser una zona gay que se llamaba Chueca. Algo más adelante estaba la Glorieta de Bilbao. Gente, gente y más gente. El taxi se detuvo y, aunque Patricia y yo insistimos, Nati no nos dejó pagar. Y ahí, junto a una señal de bus, comenzó la noche. En realidad fue más informativa que de disfrute. La mayoría de los sitios nos los enseñaba por fuera y nos hacía una somera descripción para que nos hiciésemos una idea: «aquí ponen muy buena música española»; «aquí está todo muy barato, pero te dan garrafón y la cerveza está aguada»; «este es más de venir en plan pareja para sentarte»; «este tiene dos pisos, arriba música normal y abajo caña por un tubo»; «este es el típico de los que vienen a pillar cacho»... Se los conocía todos, la tía -mi tía-, y solo de vez en cuando entrábamos en alguno porque el dueño era amigo suyo, o porque el camarero era hermano de su compañera de trabajo. Más tarde nos pasamos a Alonso Martínez, a escasos diez minutos andando, y ahí se volvió a repetir la historia. Solo me faltaba una libreta y un boli para ir apuntando: «este está lleno de guiris, para cuando queráis practicar idiomas»; «en ese de ahí las chicas no pagan, así que siempre está lleno de muertos de hambre»...

Fuimos a Malasaña, después a Huertas, a Argüelles, a Moncloa -íbamos demasiado rápido para mi gusto, pero Nati se había propuesto enseñarnos casi todo-, y por último a la Avenida del Brasil. Cuando el taxi enfiló la Castellana, la ciudad mutó: la calle ensanchó, se reprodujo en carriles laterales

y los edificios crecieron de golpe decenas de pisos. ¿Era esta la misma ciudad que la del barrio de Nati? Cruzamos rotondas con estatuas en el centro que hasta me sonaban y de pronto aparecieron al fondo las dos torres de El día de la Bestia, inclinadas la una hacia la otra pero sin llegar a encontrarse, viviendo sobre los tejados de la ciudad su particular historia de amor imposible. Antes de alcanzar las torres, torcimos hacia la izquierda y me quedé con las ganas de pasar por debajo. La Avenida del Brasil era, según mi tía, cara y pija, pero era la única zona de copas por la que Andrés se dejaba sacar. ¿Andrés? ¿Quién era Andrés? Aunque me moría de ganas de saberlo, preferí ser prudente, algo que mi hermana no parecía compartir.

—Así que Andrés... -dijo al salir del taxi.

—¿No os he hablado aún de él? Ahora le conoceréis. Aunque es demasiado educado y pedante, cuando te acostumbras, resulta encantador. El día que le conocí, pensaba que me estaba gastando una broma. «Disculpe la molestia», me dijo todo serio, «pero dado que nuestras miradas se han cruzado más de lo normal entre dos personas que no se conocen, me he tomado la libertad de acercarme a usted para trascender el contacto visual. Si se ha tratado de un error de apreciación mío, no tiene más que decírmelo». Y se quedó tan pichi, esperando a que le dijese algo. Yo sonreí, me habían entrado de muchas formas, pero esa era nueva y original. Sin embargo, a medida que avanzaba la conversación me iba dando cuenta de que no era la típica gracia para conocer a una chica, sino que él era así. Estuve toda la noche intentando que no dijese palabras como nictálope, cogitar o ágamo. No lo conseguí, pero me reí un montón. Cuando llegamos hasta su coche, abrió mi puerta y me invitó a subir. De repente, en el tiempo que dura un parpadeo, descubrí, yo, la que solo veía cursilería en el amor, que había serias posibilidades de enamorar me de Andrés.

Desde que llegáramos a Madrid, no había oído a Nati hablar de algo con tanta pasión. No nos dejó meter baza hasta que le conocimos, en un pub de estilo irlandés. Para llegar, cruzamos un parque en el que, dadas las altas horas, solo quedaban los restos de la batalla: cartones de vino, botellas de cristal y de plástico, vasos desechables, bolsas de aperitivos vacías y charcos de todos los tipos y procedencias. Nada más entrar, mi tía nos indicó quién era Andrés. Estaba en la barra, dejando vagar la vista por las paredes, mientras con la mano daba vueltas a un vaso casi lleno de un refresco verde. Vestía un impecable traje gris oscuro, y Patricia le dijo a Nati que tenía una planta fenomenal. Hasta que no llegamos a su altura, no reparó en nosotros. Nati nos presentó y él correspondió con un saludo digno de una recepción en una embajada. Estuvimos allí un rato, hablando principalmente de Madrid. De toda la conversación, me quedé con una frase de Andrés que decía, en palabras normales y no las que usó él, que en Madrid lo teníamos todo para poder ser felices, que dependía más de nosotros que de la suerte. Era la típica frase que habría que poner en el techo, sobre la cama, para leerla nada más abrir los ojos y empezar el día convencidos de que no somos espectadores

sino actores principales. Nati le miraba embobada y Patricia y yo íbamos por el mismo camino. Su pedantería era evidente, pero no estaba vacía. Sus palabras no eran un simple edificio hueco; tras la recargada fachada había una estructura sólida. Todo lo que decía tenía su correspondiente razonamiento. Cuando nos enteramos de que era catedrático de Historia del Pensamiento, no nos extrañó nada, aunque la asignatura nos sonase rara. Antes de marcharnos a otro sitio, Andrés se disculpó y se fue al servicio.

—¿Qué os parece? -nos preguntó al instante Nati.

No nos cabían más elogios en la boca. Nos dirigimos hacia otro pub que había unos metros más abajo que el anterior.

—Este es de los que le gustan a Andrés -dijo Nati con ironía, y Andrés torció los labios, pero luego sonrió.

El vigilante de la puerta me pidió el carné de identidad. Yo no llevaba documentación encima. En Aguilar nunca hacía falta, siempre te acabaría re conociendo alguien en el caso de que pasase algo. Andrés se acercó al portero, le dijo unas palabras breves y este nos dejó pasar sin oponer resistencia alguna. Andrés era asquerosamente perfecto, y además tenía solución para todo. Yo siempre había pensado que quien estuviese con mi tía debería agradecerlo a la providencia, pero en este caso no sabía quién tenía que dar más gracias, si él o ella. Bajamos unas escaleras. El lugar era más oscuro, con la música mas alta y con la gente mas colocada que en el anterior. Por las paredes había brochazos de colores que fosforecían con esa extraña luz violeta que también te blanqueaba los dientes y hacía que las pelusillas del jersey pareciesen caspa. Era todo muy psicodélico, hasta la música. Mi hermana fue la primera en despegarse del grupo para ir a bailar a la pista.

—¡Qué guapa es la jodía! -me gritó Nati al oído.

Yo asentí. Era obvio. Como sucedía en casi todos los sitios a los que entrábamos, no tardó en acercársele un babas. Avanzó hacia ella con la mirada desenfocada, la camiseta sudorienta, la copa en una mano y el cigarrillo en la otra. Ahí iba el primer lanzado, directo a estrellarse. Sin mediar palabra, la tomó por la cintura y la apretó contra su apestoso cuerpo. Patricia, con cara de repugnancia, le intentó apartar, pero los brazos de este parecían un cinturón de seguridad que pegara cada vez más a Patricia al asiento resudado. Una cosa es que no me llevase bien con mi hermana y otra que fuese a permanecer quieto ante semejante agresión. Sin importarme que el sujeto en cuestión tuviese unos cuantos anos y kilos mas que yo, me acerque rápidamente a él y arranqué literalmente a mi her mana de sus zarpas. El se quedó mirando a todos los lados, desorientado, con la boca abierta. Cuando finalmente vio a Patricia a mi lado, se tiró a por mí, con una furia de cuarenta grados en sangre. Lanzó un puñetazo que apenas me rozó la mejilla y que, al no encontrar el freno de mi cara, le hizo perder el poco equilibrio que le debía quedar. Cayó al suelo entre el estrépito de su copa haciéndose añicos. Trataba de levantarse y a la vez insultarme, pero su cerebro, en ese estado, era incapaz de procesar las dos acciones de un modo simultáneo. De pronto, apareció Andrés,

acompañado de los gorilas de la puerta. Levantaron al elemento como quien recoge un bolígrafo del suelo, y se le llevaron a rastras hacia un pasillo que no era la salida. Le vimos desaparecer, maldiciendo y retorciéndose ya sin convicción.

—Muchas gracias, Víctor -me dijo Patricia. Me abrazó y sentí que me abrazaba como a un igual, no como habría abrazado por compromiso al renacuajo molesto que lo único que tenía en común con ella eran sus apellidos.

—Si es que no se puede ser tan guapa -intervino Nati.

—¿Estáis los dos bien? -se interesó Andrés.

—Sí -respondí yo-, pero me voy al servicio. Una gota de su sudor me ha rozado la cara y quiero desinfectármela.

Los dejé sonriendo. Recorrí un pasillo en curva que terminaba en los servicios. Tenían un toque futurista. Tanto los lavabos como los inodoros de pared eran semiesferas huecas de metal y las cuatro paredes estaban recubiertas de espejos, lo que producía la extraña sensación de verte desde ángulos desconocidos, como me ve el que camina detrás de mí o el que, apoyado en la parada del autobús, me ve pasar por delante. En algunos reflejos me reconocía más que en otros. Hundí la cara en el agua que había estancado en mis manos y apenas me froté. Después me sequé las manos con la secadora automática y la cara con las mangas, y volví junto a Patricia, Nati y Andrés para concluir la noche.

4

Fueron cayendo los días en Madrid, y cada mañana me sentía un poco menos extraño, menos fuera de lugar. Iba perdiendo la condición de recién llegado. Aunque la ciudad no dejaba un solo día de sorprenderme: los abundantes canales de televisión -autonómicos y locales-, las guías de teléfonos gigantes, el bochorno veraniego rebullendo entre los coches atascados, el número de inmigrantes, el cielo gris, la cantidad de tías buenas, la sequedad del acento madrileño, las noches sin estrellas...

Mi madre se había incorporado a su puesto de trabajo -Agente de Ventas, figuraba en una tarjeta que le habían dado y de momento parecía contenta. Viéndola volver cada día llegué a pensar, y no iba muy descaminado, que ella no había sido completamente feliz como ama de casa. O quizá sí lo había sido, pero solo hasta que Patricia y yo nos hicimos mayores y dejamos de depender para todo de ella. Se podía adivinar en sus gestos, en sus palabras, la ilusión que le provocaba el nuevo reto vaporosso. Y resultó que mi madre era tan tenaz como mi padre, si no más. Me di especial cuenta una mañana en la que me despertó su voz, proveniente de la cocina: «Es el sistema de limpieza para el hogar más moderno y completo que hay en el mercado», ensayaba mi madre ante una dienta imaginaria, «ideal para cualquier superficie: losas cerámicas, moquetas, alfombras, cristales, enlucidos, lo que quiera; por no hablar de la plancha. Créame, plancha sola, una suavidad..., con una pasada se queda la ropa que ni recién comprada». Me levanté y me asomé con cautela. Había colocado un espejo sobre la encimera y ensayaba no solo hablando, sino gesticulando y manipulando una vaporetta tan imaginaria como la dienta. «El ahorro es considerable porque solo necesita agua, eliminando el uso de detergentes caros y a veces nocivos para su salud y el medio ambiente. Con esta máquina transformará el agua del grifo en fuerza de vapor». No dije nada, me volví a la cama un poco inquieto. ¿Todo costaba tanto en esta vida? Mi padre se dejaba sus fuerzas buscando trabajo, y mi madre, que lo tenía, se las dejaba para hacerlo bien. Nada parecía tan sencillo como llegar y, ¡chas!, empezar.

Mi hermana mayor también parecía aclimatarse bien, a su manera. Había diseñado dos currículos distintos. Flipé cuando los vi. El primero era el real, con todos los trabajos que había desempeñado; ocupaba dos folios y medio con letra pequeña y apretujada. El segundo curriculum, por el contrario, salvo en los datos personales, era escandalosamente falso: azafata de congresos y exposiciones, academia de baile, estudios de arte dramático, actuaciones con la compañía Aguilar de teatro, cantante de la orquesta Pisuerga, presentadora de un programa de la inexistente televisión local y, para rematarlo, Miss Palencia. ¡Ole! Mi tía Nati le había hablado de unas agencias en las que

dejabas tus datos y te llamaban para figuración en un programa o en una serie, para hacer de extra en películas y si había suerte para algún casting o algún anuncio o incluso algún desfile de moda. Patricia estaba como loca, era precisamente lo que buscaba. Había conseguido una lista con todas las direcciones de esas agencias y no pensaba dejar una viva.

—No sé, no sé -le dije yo, después de leerlo.

—¿Cómo que no sabes, Víctor? -saltó ante mis dudas.

—Te pueden pillar.

—¿Tú crees que se van a poner a investigar si hay una escuela de danza o de arte dramático en Aguilar, si no sabrán ni dónde está? —¿Y lo de Miss Palencia?

—En un mismo año he visto hasta tres chicas distintas paseando sonrientes la banda de Miss Palencia, pero si hay misses hasta en la sección de contactos del periódico -lo tenía claro, iba en línea recta hacia su objetivo y sus ojos tenían un brillo de ambición.

Estaba descubriendo facetas nuevas en cada uno de mis familiares. Quizá el que menos me sorprendió fue mi padre, no por nada, simplemente porque ya me había sorprendido antes, cuando la empresa le dio la patada en el culo. Desde que llegara a Madrid estaba embebido en los dos asuntos primordiales: búsqueda de piso y de trabajo, y a ellos dedicaba todo su tiempo.

Yo era el más ocioso de la casa. Mi única preocupación era que me diesen plaza en un instituto cercano para pedir el traslado de expediente. Quizá por esa inactividad era el que más se acordaba de Aguilar. El aburrimiento es una especie de mago: extrae nostalgia de su chistera vacía. Casi todos los días me quedaba solo en casa. Cuando me despertaba, Nati y mi madre ya se habían marchado, juntas. Desayunaba con mi padre y con Patricia; y después, generalmente, cada uno tenía su plan hecho, tras sus objetivos, a por sus obsesiones. Si durante el año, la televisión resultaba un bodrio espachurraneuronas, mucho peor en vacaciones: reposiciones de reposiciones rerepuestas, películas de actores pésimos basadas en dramáticos hechos reales, debates entre gente extraña sobre temas absurdos... Total, que lo que más hacía era pasear, y mira que a mí pasear por pasear siempre me había parecido una pérdida de tiempo. Así fui conociendo el barrio de Nati: dos bares por cada establecimiento de otro tipo; un gran Centro Comercial al que siempre me apetecía ir y del que a los quince minutos sentía necesidad de salir; un polideportivo con un montón de piscinas que empezaron a frecuentar Nati y Patricia -alguna vez mi madre para pegarse baños exclusivamente de sol; una biblioteca en la que al principio me resistía a entrar, pero que luego resultó de los lugares más agradables, pues estaba llena de gente joven estudiando para los exámenes de septiembre. No llegué a conocer a nadie, pero por lo menos me veía como uno más.

En apenas tres semanas, se encauzaron algunos temas: me aceptaron en el instituto, cogieron a mi hermana de teleoperadora para vender unos cursos -ni

siquiera necesitó presentar su macrocurrículum verdadero-, y a mi padre le salió trabajo en una carpintería por el conocido de un amigo de Andrés. Parecía que las cosas empezaban a rodar.

Y así, rodando, llegó el primer día de instituto; el siempre temido primer día, para todo. Aquella mañana me adelanté al despertador, nervioso. Había gran movimiento en la casa: mi hermana duchándose, mi padre desayunando y Nati y mi madre dispuestas para salir. Me dieron sendos besos de despedida y me desearon suerte, lo cual no sirvió para atenuar mis nervios, antes al contrario. ¿Por qué necesitaba suerte? ¿A qué me tenía que enfrentar? Tranquilidad, Víctor, me dije, que esto no es nada del otro mundo. Me senté con mi padre a desayunar y me preguntó que cómo lo llevaba.

—Pues no te lo creerás, pero estoy hecho un flan.

—¿Que no me lo creeré? -sonrió-, me tenías que haber visto a mí cuando llegué a la carpintería por primera vez. Pero descuida, se te pasará pronto. Tu hermana y tú lo tenéis más fácil. Al ser jóvenes, los cambios os resultan menos traumáticos. No ha dado tiempo a que nada arraigue en vosotros.

Me pareció un poco injusta su opinión. Para Patricia y para mí, ningún problema; para él, todos. Pero no dije nada, en parte por falta de ganas y en parte porque en el fondo no estaba convencido de que no tuviese razón. Patricia salió del baño disparada y se vistió en su cuarto casi tan rápido como Superman en las cabinas de teléfono. Gritaba que llegaba tarde y mi padre le dijo que tardaba demasiado en ducharse y en arreglarse.

—¿Para hablar por teléfono hace falta ir tan peripuesta?

Por mi parte, y aunque iba sobrado de tiempo, estuve preparado enseguida. No sabía si irme ya para el instituto o hacer tiempo en casa. Decidí que darme, pero no aguanté ni cinco minutos, los que tardó mi padre en decirme que se iba.

—Espera, bajo contigo -me coloqué la mochila y salí tras él.

Tenía ganas de empezar, de que arrancase definitivamente mi rutina en Madrid. Me despedí de mi padre en el mismo portal, cada uno iba hacia un lado. El instituto no estaba lejos, diez minutos a paso ligero, ya lo había comprobado en los múltiples paseos que me había dado hasta él con anterioridad. Solía llegar y quedarme mirándole, lanzando interrogantes a las paredes, como si la fachada fuese el oráculo que albergara todas las respuestas. Pero el edificio vacío no me decía nada, y volvía a casa con la misma incertidumbre. Sin embargo, el primer día de instituto todo fue distinto. Por la calle se veía un desfile de carpetas y mochilas siguiendo mi misma dirección. Casi todos iban en grupo. Ya junto a la valla, se oía el murmullo de la multitud, y cuando me asomé al patio por el que se accedía al edificio me sorprendió ver tanta gente. Conocía el edificio del instituto, por esos paseos previos, pero ese día parecía otro, como si el roce con los alumnos le hubiese dotado de vida propia. Me impresionó ver tal marabunta casi veinte minutos antes de la hora a la que entrábamos a clase. En Aguilar no había ningún instituto tan grande. Atravesé el patio y me metí por la puerta

principal. Al lado de la ventanilla de Secretaría había un panel lleno de listas. Miré varias hasta que di con mi nombre en una. Dejé pasar el tiempo leyendo los nombres de mis compañeros, contando el número de chicas que había, imaginando quiénes podrían ser mis futuros amigos y quiénes mis futuros ligues, si es que los fuese a haber. Cuando me cansé de darle vueltas a nombres sin rostro, vacíos, volví a salir al patio. Había de todo: gente macarra, gente finolis, gente prepotente, gente agradable, gente guapa, gente extraña... gente, en definitiva. En cuanto vi que los primeros empezaban a entrar, decidí hacer lo mismo. Subí hasta el segundo piso y me metí por un pasillo largo con ventanas a la izquierda y clases a la derecha. Fuera de la clase que me correspondía había tres grupos charlando desenfadadamente, nadie sin compañía salvo yo. Entré con algunas miradas en la espalda. Comprobé que dentro había más grupos sentados en distintas zonas de pupitres -eran mesas individuales-, comentando cosas del verano o del fin de semana pasado. Buscaba en la gente alguna mirada-puente que me permitiese cruzar ese abismo de incomunicación. Me senté hacia la mitad de la clase para no parecer ni empollón ni pasota. Me fijaba más en las chicas, pero como las miradas que intercambié fueron in trascendentes, decidí dejar el hacer amigos para otro momento.

De pronto, entró en clase la perla. Venía acompañada de cuatro chicos que en un principio creí que se disputaban el protagonismo frente a sus ojos. Magnetizado, no podía dejar de mirarla, aunque fuese de reojo para que no se diera cuenta. Su pelo variaba entre ondulado y rizado, y entre castaño y cobrizo, según la parte de la cabellera que mirase. Lucía una sonrisa de las que halagan a quien la recibe, y unos ojos azules hipnóticos tan grandes que cuando parpadeaba todo se volvía oscuro. Tenía poco pecho y un culo genéticamente perfecto. Nada más entrar, examinó la clase con una ojeada rápida y saludó a distintos grupos. Creo que por tres décimas de segundo me miró. Luego se sentó casi a mi altura pero a tres filas de pupitres de mí. Con el aula casi llena, entró la que sería este año nuestra tutora. Cuando dijo su nombre, Ruperta, se me escapó una carcajada que afortunadamente no llegó a sus oídos, pero que me delató ante los que me rodeaban como nuevo en el instituto, ya que a mis compañeros no les hizo gracia. La debían de conocer de antes, quizá ya la hubiesen tenido otros años. Nos saludó, nos deseó un buen año y luego añadió:

—Veo muchas caras conocidas. ¿Tenemos alguien nuevo?

Levanté la mano y miré alrededor, buscando más manos alzadas, pero fue en vano, solo encontré ojos, y más ojos, destacando sobre todos los de la perla, que parecía mirarme con especial intensidad, o así lo imaginaba yo. Volví a mirar a la profesora y me dio la bienvenida. Parecía simpática, aunque se pasó un poco cuando me preguntó:

—¿Crees que tu aportación a la clase, si eres de los que tienen intención de venir, va a ser positiva?

—Mi aportación a lo que sea suele ser positiva.

En realidad no quería responder de esa manera tan chulesca, pero me salió así. Al instante, se multiplicaron los murmullos de sorpresa entre mis compañeros, pero la tutora debió de entender que en mi condición de nuevo necesitase mostrar seguridad. Me miraba casi toda la clase, la perla incluida.

—Así me gusta -con estas palabras, Ruperta dio por terminada nuestra conversación pública.

Los primeros días de instituto fueron de toma de contacto. Los profesores se iban presentando y nos contaban de qué iba a tratar su asignatura, cómo nos evaluarían, lo importante que era asistir a clase y portarse bien, etc. Además, como todos pasaban lista para aprenderse nuestros nombres, acabé aprendiéndome yo algunos. El primero fue el de la perla, se llamaba Lía: extraño y sugerente nombre. Las primeras conversaciones las mantuve con los que estaban alrededor de mi mesa, y poco a poco iba conociendo a todos aunque sin llegar a tener confianza con nadie. El primer hecho destacable ocurrió a la semana de empezar, cuando Ruperta dijo que había que elegir delegado. El método consistía en dos votaciones. En la primera podías votar a quien quisieses, y en la segunda se elegiría solo entre aquellos que hubiesen sacado al menos un voto en la primera. Hicimos papeles de medio folio y la profesora preguntó que si todos conocían los nombres de quien querían votar.

—No vale como voto -bromeó-: la chica del jersey rojo de la tercera mesa de la segunda fila empezando por la puerta.

Ruperta me miró a mí especialmente y yo asentí, mi voto estaba dado de antemano. Escribí el nombre y los apellidos de Lía y, antes de que me recogieran el papel, le di cinco dobleces para que no se transparentase nada. Salieron muchos más votos que alumnos, pero aun así se decidió comenzar el recuento, algo que me extrañó. Había excitación en la clase, y todos parecían saber por qué. Estaban en tensión, como aguardando a la lectura de los nombres para estallar por algún lado, me inclinaba a pensar que por el lado de la risa. Ruperta no participaba en el alboroto contenido, pero sí de jaba hacer. En cuanto comenzó el recuento, vi que casi todos habían realizado un voto real y otro de broma, con la complicidad de la tutora. Debía de tratarse de una especie de costumbre, o juego consentido que todos conocían menos yo. Hubo votos para actores, futbolistas y cantantes -risas moderadas-, votos para la inexistente «chica del jersey rojo de la tercera mesa de la segunda fila empezando por la puerta» -risas abundantes y votos utilizando juegos de palabras: «Angeles Biana», «Rebeca Gamita», «Mar Mota», «Chechu Mino», «Jorge Nitales» o los ya clásicos «Paco Jones» y «Benito Camelas» -risas desatadas-. Entre los votos válidos, la mayoría fueron para, según me comentó el del pupitre de mi izquierda, la delegada del año pasado. El resto estuvieron bastante repartidos. Lía solo obtuvo mi voto y, asombrosamente, yo obtuve otro. Cuando escuché mi nombre me quedé a cuadros. Por un instante pensé que era un juego de palabras, que no se retena a mi, pero nadie se reía. Se me descolgó la barbilla y me quedé mirando con la boca abierta cómo Ruperta escribía en la pizarra: Víctor Merino. En la segunda votación misteriosamente

volví a sacar un voto y Lía otro, el mío. Salió como delegada la del año pasado y como subdelegado un chaval bajito, de cara redonda y colorada. Yo me quedé con las ganas de saber quién me había votado; eso sí, por soñar que no quedara: me había votado Lía y además deseaba que yo la hubiese votado.

Un día, cuando llevaba casi un mes en el instituto, llegué a mi casa, calenté la comida que mi madre había dejado preparada la noche anterior y, después de comer, me tiré en el sillón a ver la tele. En un programa de cotilleos, una chica decía que venía a contar un secreto tremendo de un «famoso» al que yo ni siquiera conocía. Me quedé dormido antes de que lo revelase, y no por eso dormí peor. Me despertó el ruido de la puerta: era mi hermana. Lo de teleoperadora, al menos en su empresa, tenía un horario muy variable. Una semana era de noche, otra de mañana, otra de tarde... No había manera de aclararse, y cuando te levantabas por la mañana y Patricia no estaba, no sabías si se acababa de ir o estaba a punto de volver. Últimamente estaba muy emocionada porque la habían llamado de una de las agencias que tenían su fabuloso curriculum falso para figurante en una conocdísima serie de televisión.

El día que lo dijo en casa, todos menos Nati nos encogimos de hombros.

—¿Y qué es eso de figurante? -preguntó mi madre, como portavoz de nuestros pensamientos.

—Los figurantes son -contestó Patricia, con los ojos encendidoslos que ves en las series o en las películas o en los programas de televisión haciendo bulto. Por ejemplo, si están grabando una escena en la calle, son los que caminan por ella mientras sucede la acción. No tienen diálogo, simplemente ambientan la escena.

—Figurante, extra, comparsa, vine a ser lo mismo -explicó Nati.

—Ah... es eso -dijo mi padre, tratando de encontrar el vínculo oculto entre la ilusión de su hija y lo absurdo de trabajar haciendo bulto.

Aunque aún no había empezado a figurar, Patricia no paraba de hablar de la serie, de los escenarios, de los actores que le gustaban, de los diálogos... conseguía que cada día le cogiésemos mas asco a la serie. Sin embargo, ese día, al entrar al salón, sus primeras palabras no fueron relacionadas con ella.

—¿Estás dormido? -me preguntó.

—Es que estos programas de sobremesa te dejan traspuesto.

—No digas nada, Víctor, pero ayer escuché hablar a papá y a mamá y creo que nos mudamos. Efectivamente, ese mismo día, cuando estuvimos todos en casa, nos reunieron en el salón. Mi madre le cedió la palabra a mi padre con una mi rada, este se aclaró la garganta y nos comunicó que finalmente había encontrado un piso bueno y relativamente barato, visto lo visto, y que lo antes posible -cuestión de días, ya que los actuales dueños tenían prisa por venderlo nos mudaríamos. Y así fue. En cuanto hubieron terminado con no sé qué del Registro de la Propiedad y otras historias que tampoco entendía mucho, nos fuimos para allá. Por suerte, o porque mi padre así lo había buscado, estaba

más o menos cerca del piso de Nati, por lo que no nos dio tanta pena despedirnos de la mejor anfitriona. El nuevo piso era más grande pero menos alegre que el de Nati, ambas cosas desde luego no muy difíciles de encontrar. Era el quinto piso en una colonia particular y tenía enfrente, fuera de la colonia, un pequeño parque con bancos, hierbajos de los que nacen sin que nadie los plante, zona infantil con columpios de muchos colores y una pista de baloncesto de asfalto, vallada para que no se escapase la pelota a la calle. No tenía mala pinta, ni el piso ni la zona. El instituto y el centro comercial pillaban ahora un poco más lejos: quince minutos y diez respectivamente, pero mis padres habían hecho una buena elección. Nos instalamos rápidamente, el piso estaba amueblado y todas nuestras pertenencias cabían en las cinco maletas que habíamos traído de Aguilar.

5

La primera noche en la casa nueva, pese al cambio, dormí como un lirón. Me debía de estar acostumbrando a no tener una cama completamente mía y no sabía si era algo que me gustaba o todo lo contrario. La mañana siguiente me despertó el reloj biológico unos minutos antes que el despertador. Después de no pocos parpadeos, conseguí ubicarme. Me costaba hacerle entender a mis ojos que el salón de Nati ya no iba a ser lo primero que viesen al asomarse entre los párpados cada mañana. Me quedé unos instantes inmóvil sobre el nuevo mullido, contemplando el segundero del despertador. Recordé de pronto que desde que había llegado a Madrid no había soñado, o no me había acordado del sueño al despertar, que para el caso era lo mismo. Y me fastidiaba, porque muchas veces mis sueños me ayudaban a entender, de las formas más inverosímiles, lo que estaba sintiendo en cada momento. El despertador empezó a sonar en ese punto. Es lo que tienen los aparatos, que son tontos. Tú le dices que te despierte a una hora y él empieza a sonar a esa hora, estés o no despierto, le da igual. Se tenían que llamar sonadores, en vez de despertadores. Una vez levantado, hice lo mismo que habría hecho en casa de Nati: desayunar con mi padre, ducharme, arreglarme y salir hacia el instituto. En la calle, sentado en uno de los bancos que había junto a la pista de baloncesto, encontré a Chechu -José Antonio, para los profesores-; le identifiqué en seguida, no en vano era uno de los amigos de Lía. Nos saludamos y me explicó que estaba esperando a otro que también vivía en el mismo portal.

—¿Vives aquí? -me preguntó-. No te había visto antes, y eso que todas las mañanas estoy aquí abajo.

—Me mudé ayer.

—Yo vivo en esos pisos de ahí -señaló un bloque que había a unos doscientos metros y todas las mañanas quedo con Fer para ir... Hablando del rey de Roma.

Fer salió del portal de mi nueva casa y me miró sin demasiada sorpresa. A mitad de camino, me ofrecieron quedar con ellos a partir de entonces para ir al instituto. Yo accedí, primero, porque no tenía ningún motivo para negarme, y segundo, porque ambos formaban parte del grupo de Lía. Lía... su nombre recorría mi mente envuelto en un suspiro. Era una perla de risa fácil. Aun no había intercambiado con ella más que algunas miradas, que no sabía muy bien si realmente habían sido especiales o si mi obnubilación las había convertido en tales. Aquel día, acompañado por dos de sus amigos, me dirigía sin saberlo a tener mi primera conversación con ella; si es que cruzar dos palabras se podía considerar conversación. Llegamos al instituto con apenas diez minutos de antelación. Junto a la puerta de entrada, esperaban Luismi y Nacho,

también de clase, precisamente los dos amigos de Lía que faltaban. Yo dudé entre despedirme o quedar me con ellos, pero antes de que pudiese tomar una decisión, Luismi levantó el brazo y saludó a alguien que debía de venir por detrás de nosotros. Me giré, aunque no hubiese necesitado hacerlo para saber de quién se trataba. Una sonrisa con dos ojos en los que cabía todo se acercaba, con la carpeta debajo del brazo. Mis cejas hacían la ola. Ya a nuestra altura, pronunció un saludo general y luego se me quedó mirando, y yo tuve que desviar la vista a las ondulaciones rojas de su pelo.

—Hola, Víctor -me dijo, como si me conociese de toda la vida, como si hubiese estado esperando desde el primer día el momento de cruzar unas pa labras conmigo, como si nuestro encuentro fuese algo inevitable, predestinado, que ya se hubiese echo esperar bastante, como si...

—Qué tal, Lía -tuve que darle al pause a mis desatadas fantasías antes de poder articular el saludo.

—Se ha venido a vivir a mi mismo bloque -terció Fer-, resulta que es mi vecino de arriba.

Con la llegada de Lía ya estaban todos y decidieron entrar. Así llegaban siempre: todos juntos, aunque esta vez con uno más. Las clases de aquel día fueron una continua lucha contra mi cabeza. Mi atención a los profesores se veía constantemente interrumpida por dos palabras: «Hola, Víctor», dos inocentes palabras que llegaban a mi mente sin querer, de puntillas, pero que terminaban arrasan dolo todo. En el recreo me volví a acoplar a ellos comentando algo gracioso de uno de los profesores, muy socorrido en estos casos. Me preguntaron que de dónde era. Ninguno conocía Aguilar de Campoo -incluso alguno dudaba de dónde estaba exacta mente Palencia-, y como tampoco insistieron mucho, no me esforcé en intentar explicárselo. Me encontraba bastante bien en el grupo, se notaba, y eso hacía que ellos estuviesen mejor conmigo, lo cual me hacía sentir todavía más a gusto... y todo subía en una espiral de buen rollo.

A falta de tiempo para entrar en detalles más profundos de su personalidad, en los días siguientes fui conociendo algunas peculiaridades de cada uno. Fernando, Fer, mi recién estrenado vecino de abajo, era un tanto brusco, y su voz, sobre todo cuando se cabreaba, era capaz de traspasar los ladrillos y el hormigón que separaban nuestras casas; los portazos que daba también eran memorables. Su expresión favorita, que usaba principalmente en las despedidas, era: «Hala, a mamarla». Chechu, el que nos esperaba todas las mañanas en el portal, era el que mejor notas sacaba. Según él, se leía un tema y ya se lo había aprendido. Algunos mostraban sus dudas a ese respecto y aseguraban que se machacaba los temas a conciencia. Luego estaba Luismi. Cuando te encontrabas a solas con él y no surgía una conversación, siempre podías recurrir a su tema: los coches. Aunque le quedaban bastantes meses para poder sacarse el permiso de conducir, ya se sabía de cabo a rabo el Código de Circulación. Las paredes de su habitación, por lo que me contaron, pa recían la M-30 en pleno atasco. Donde nosotros veíamos pasar un simple

coche, él veía pasar una ficha técnica: cilindrada, potencia, consumo, velocidad punta, aceleración de o a 100, precio... Y por último, Nacho. Aun llevando más de dos tercios de su vida en Madrid, no podía ocultar, y quizá ni lo quisiese, que era de pueblo. Tenía expresiones que ninguno de nosotros había escuchado jamás. Oyéndole hablar, a veces era inevitable imaginársele con una boina y un palo a modo de bastón. Yo también era de pueblo, pero Aguilar era bastante más grande y su sector principal era la industria y no la ganadería ni la agricultura, como el de Nacho. Lo que fui descartando con el tiempo fue la impresión que me dieron el primer día que les vi entrar a clase: la de que los cuatro chicos revoloteaban en torno a Lía para ganársela. Estaba claro que había proyectado en sus amigos mis intenciones.

En ese grupo fui ingresando por voluntad propia, aunque no sé si mi voluntad me pertenecía del todo estando Lía por medio. Gesto a gesto, charla a charla, sonrisa a sonrisa, me iba acercando a ella. Había momentos en que pensaba que todo cuanto hacía era por ella, momentos en que me veía como un actor que tratase de interpretar su vida -maquillándola, endulzándola para el deleite de una sola espectadora; momentos que, por suerte para mi salud mental, no duraban mucho.

La que realmente iba camino de dejar de ser ella misma era mi hermana, o al menos eso sentí cuando la vi por primera vez en la tele. Fue una noche de miércoles, que es cuando echaban la dichosa serie. La telefonista, la figurante, la gran artista, Patricia, había reunido en casa a toda la familia, incluidos Nati y el impecable Andrés, para que ninguno se perdiese su aparición estelar. Tenía junto a la tele una pila de cintas de video vírgenes para grabar todos los episodios de la serie, porque ya se sentía parte indispensable de ella. Nos había explicado tantas veces la escena -dónde estaban situadas las cámaras, cómo era el bar donde se desarrollaba con plano en papel incluido, por qué lado de la pantalla aparecería ella, cómo iba vestida... que ya casi no necesitábamos verla. Cuando el protagonista entró en el bar, todos nos acercamos instintivamente unos centímetros hacia la pantalla y clavamos los ojos en las mesas del fondo.

—¡¡Mirad, ahí estoy!! -gritó mi hermana cuando vio en la pantalla el primer hilo de su vestido.

Patricia charlaba aparentemente de una forma desenfadada con otro figurante que estaba sentado frente a ella, pero apenas duró en imagen.

El protagonista llega a la barra. Se le ve apurado. En la pantalla alternan su cara y la de la camarera. El protagonista mira a ambos lados y, asegurándose de que nadie lo oye, suelta: «Cariño, tengo que verte cagar», ella deja de colocar los vasos sucios en la bandeja del lavavajillas y se queda mirándole, patidifusa, «necesito dejar de idealizarte cuanto antes y no se me ha ocurrido mejor manera». La camarera se ríe: «Eres la leche». «¿Por qué?» «Porque solo a ti se te pueden ocurrir esas cosas. En ese sentido yo lo he tenido más fácil que tú : dejé de idealizarte a tu tercer pedo, al cuarto eructo y al segundo

rascamiento de huevos», el protagonista no sabe qué decir ni dónde mirar. Justo cuando se dispone a irse, unos brazos le retienen y, al girarse, se encuentra con un beso de la camarera, «y por supuesto, no me vas a ver cagar, no quiero que dejes de idealizarme nunca».

Del primer plano del protagonista se pasó a un plano general que abarcaba todo el bar. Al verse de nuevo, Patricia nos deleitó con otro chillido. El figurante con el que estaba hablando en la mesa estaba ahora de pie, muy cabreado con ella. Tiró una servilleta al suelo y salió de la escena casi a la vez que el protagonista.

—Eso no nos lo habías contado –apuntó Nati–. Estaba preparado, ¿no? Para darle mayor realismo a la escena.

Patricia nos confesó avergonzada que no estaba preparado y que no nos lo había contado porque creía que no iba a salir.

—Es que el director nos dijo: «Tenéis que estar hablando constantemente, uno u otro, pero que siempre haya alguien hablando. Podéis mantener una conversación real o, si no os sale, decir lo que sea: un poema, la tabla de multiplicar, los números de teléfono que os sepáis... lo que queráis».

—Te lo pusieron difícil -no puede evitar decirlo.

—Jaaa, ja. Pues eso, que se pusieron a rodar y el chico de enfrente me dijo: «Puedo escribir los versos más tristes esta noche. Yo la quise y a veces ella también me quiso. En las noches como esta la tuve entre mis brazos. La besé tantas veces bajo el cielo infinito», y yo me quedé en blanco y no se me ocurrió otra cosa que decirle: «Tío, hay que ver lo feo que eres». El se sorprendió, pero reaccionó bien. «Qué importa que mi amor no pudiera guardarla. La noche está estrellada y ella no está conmigo», a lo que yo, sin saber lo que decía, respondí: «Pero cómo va a estar contigo, con ese careto que tienes». «Es tan corto el amor y tan largo el olvido. Porque en noches como esta la tuve entre mis brazos, mi alma no se contenta con haberla perdido». «Contigo el olvido debe durar lo que un estornudo».

Nati se reía a carcajada limpia, mis padres y Andrés parecían incómodos con la actitud de Patri cia, y yo estaba entre ambos: me empezaba a partir de risa, pero no podía seguir porque enseguida pensaba en el pobre chaval. Hasta tal punto se agobió que, como habíamos visto en la imagen, después de un par de versos más y otras tantas respuestas del mismo estilo, se olvidó de que estaban grabando, se levantó y se marchó, no sin antes mandar a Patricia a una ciudad lejana, de ubicación imprecisa, conocida con el nombre de Tomarporculo. Patricia se arrepintió al instante; tanto, que nada más oír «¡Cooorten!» se levantó para ir a pedirle disculpas.

—Además, es que no era ni feo, el pobre.

Se fue hacia él, pero no pudo llegar porque se interpuso en su camino el protagonista de la escena y, claro, toda esa aflicción se coló por un desagüe de su cabeza. Y más aun cuando, apenas hecha la presentación, le dio su teléfono.

—¿Te dio el teléfono? -saltó Nati-, ¿el protagonista? ¡Pero si está

buenísimo!

—Se llama Antonio Rebolludo. No me digáis que no tiene nombre de actor, con personalidad propia, de los que oyes una vez y ya no olvidas...

Todos nos miramos como tantas veces nos habíamos mirado ante las absurdas ocurrencias de mi hermana. Nati y ella siguieron hablando por su cuenta, mis padres se dedicaron a darle conversación a Andrés, y yo, viendo que mi presencia tampoco aportaba demasiado, decidí irme a acostar.

6

Fue un viernes cuando me sentí integrado por completo en el nuevo grupo de amigos. Antes de despedirme de Fer en el ascensor, a la vuelta del instituto, me dijo que habían quedado todos dentro de un par de horas para ir al local, que si me daba un toque. Tratando de disimular la ilusión, le dije que sí. Desde que llegara a Madrid, solo había salido el primer fin de semana, a la carrera, con Patricia y con Nati. Y no es que me lo pasase mal, pero no era lo mismo que salir con amigos. Con ellas no me encontraba tan libre. Del local había oído hablar varias veces en todo ese tiempo. Sabía que estaba ubicado en el barrio, bajo la casa de Luismi, pero no tenía muy claro qué era. Por el contexto en que lo nombraban en algunas conversaciones, a veces me había parecido una asociación de amigos, otras un bar de copas, o un punto de encuentro, o un centró lúdico-social... Solo sabía que en aquel lugar, sitio, emplazamiento, recinto, o lo que diablos fuese, solían quedar, principalmente los fines de semana, aunque también alguna tarde entre semana. Cuando a alguno de ellos, después del instituto, no le apetecía ir a casa tan pronto, trataba de convencer a cualquier otro -menos a mí, aún no había suficiente confianza de que le acompañase al local y se iban junto a Luismi.

—Y llévate algo de música si quieres -me dijo Fer.

—Buscaré algo.

—¡Hala, a mamarla! -fueron sus últimas palabras, antes de salir del ascensor.

Yo subí un piso más, hasta el quinto, y entré en mi casa con una sonrisa instalada en la cara. Iba a salir... Iba a salir con todos... Iba a salir con Lía... ¡Dios! Tenía la impresión de que me faltaba tiempo para arreglarme, así que me puse a ello con celeridad. Sin embargo, en apenas media hora ya estaba más que tocado y retocado. Aunque lo hubiese intentado, no habría podido tardar más; no era cuestión de ducharme otra vez o de volver a lavarme los dientes, aunque estuve tentado de hacerlo. El aburrimiento consiguiente me llevó al salón a ver la tele: no sé qué sería de los programas de televisión si la gente no se aburriese tanto. Deambulé por varios canales: «Si él no es mala persona, solo tiene prontos», decía una mujer con el rostro amoratado de golpes; «La Bolsa ha arrojado hoy un mínimo histórico, en consonancia con la bajada del Dow Jones, que ha retrocedido hasta niveles del año...», narraba un presentador; «Hoy soy un cuarenta por ciento más feliz», decía alguien en un anuncio repelente, porque ese era el descuento que tenía en el producto anunciado, como si la felicidad se pudiese medir con porcentajes. Finalmente di con un canal que emitía videos musicales. Subí el volumen de la tele y me tumbé en el sofá para disfrutar a tope de esa hora y pico que me quedaba todavía para irme. Sin embargo, recién tumbado, escuché unos ruidos en casa

y, cuando empezaba a inquietarme, apareció mi hermana en el salón, con el pelo alborotado, entornando los ojos como si aun no se hubiese acostumbrado a la luz. Iba en bragas y con la parte de arriba del pijama.

—¡Patricia! -me asusté al verla.

—¡Queeeeé! -se burló ella.

—Creía que no había nadie en casa.

—Pues menos mal que solo te he pillado viendo la tele -me dijo.

—¡Qué graciosa!

—Estaba durmiendo, en mi cuarto.

—No hace falta que lo jures.

Cuando le conté que iba a salir, hasta me dio la enhorabuena porque, según ella, lo iba necesitando. Yo le respondí que sí, y ella consideró que ya me había escuchado bastante y empezó a hablar de sí misma sin parar: de sus castings, de la frase que le habían prometido en la serie, de lo pronto que iba a dejar lo de teleoperadora, de lo orgullosa que iba a estar la familia cuando fuese famosa, de que un día su vida merecería ser escrita por alguien... en fin, de lo único que sabía hablar en los últimos tiempos. Desconecté enseguida y volví a ver la tele, aunque ella siguiese hablando. Yo hacía que la escuchaba y me limitaba a asentir cuando oía que subía un poco el tono. Si de pronto la escuchaba decir: «¿A que sí?», yo respondía: «Ya ves»; si decía: «¿No crees, Víctor?», yo improvisaba un «Claro, claro». Al rato, se levantó y ya me vi en la obligación de escuchar sus últimas palabras.

—Bueno, me voy a arreglar yo también. He quedado con Antonio.

—¿Antonio?

—Antonio Rebolludo.

—¿Antonio Rebolludo?

—El protagonista de la serie. Me ha invitado a cenar.

—Ah, sí, ese. Pues nada, que te vaya bien.

Sonrió antes de salir del salón. Sabía perfectamente que le iba a ir bien. Conocía demasiado a los chicos y el efecto que en ellos causaba su físico demoledor. Tristemente, así funciona esto: si el escaparate es llamativo, entras a la tienda; si está llena de gente, también entras. Aunque los artículos de dentro ni siquiera te sirvan, aunque dentro te atiendan mal, aunque sea la más cara de la zona. La belleza, la atracción, el interior y el exterior de las personas, el dejarse llevar por los gustos de otros... Mis pensamientos, de una forma aparentemente casual y como tantas otras veces, desembocaron en Lía, se diluyeron entre las olas de su pelo, en el ir y venir de sus ojos, en la marea de su sonrisa. En este punto, me resultaba imposible retomar el cauce que me había llevado hasta ella, volver hasta el momento anterior a que apareciese en mi mente, cuando pensar aun no se había con vertido en soñar. En cuanto a la belleza de Lía, ha bía opiniones para todos los gustos: desde los que no la veían nada guapa hasta los que pensaban que sí lo era -entre los que destacaba yo, como el más radical-, pasando por los que ni fu ni fa, no sabe no contesta. Aunque me resultase difícil ser objetivo con Lía, a veces llegaba a reconocer

que Lía no era la chica más guapa del mundo, ni siquiera del instituto, y de clase... se podía discutir. Podía llegar a admitir eso, pero instantáneamente saltaba una alarma en mi cabeza: Pero Víctor, ¿desde cuándo la chica que te gusta no es la más hermosa del universo conocido y desconocido? Y así me reconciliaba conmigo y volvía a caer en el embrujo de Lía.

El timbre de la puerta interrumpió mi ensoñación. Ya había terminado el programa de videos musicales y ni me había dado cuenta. Miré el reloj, ese sería Fer. Me incorporé de un salto y fui a abrir. Al verle, comprobé que no iba a ser yo el único que saliese arreglado.

—Espera un segundo -le dije, mientras le hacía pasar con un gesto. Cerré la puerta y llamé a mi hermana, que salió del baño a medio maquillar, con el pintalabios en la mano-. Patricia, ¿sabes cuándo van a venir papá y mamá? -ella se encogió de hombros-. Entonces les voy a dejar una nota, por si te vas antes de que ellos lleguen. Ah, mira, este es Fer, un compañero de clase; esta es mi hermana, Patricia.

Apenas intercambiados sendos «hola», mi hermana volvió al baño. Yo, aprovechando que mis padres no estaban delante para ponerme pegas, les escribí que salía con unos amigos y que llegaría a la hora que todos volviesen, una hora elástica que me permitiría llegar a la hora que quisiese. Y si me echaban la bronca, ya sería mañana, el delito ya estaría perpetrado. Nada más salir de casa, y por la cara que puso Fer, adiviné sus palabras antes de que saliesen de su boca.

—¡Joder, qué buena está tu hermana!

Sonreí, y le indiqué con un gesto la puerta del ascensor. Habíamos quedado con el resto en el local, y hacia allí nos encaminamos. A medida que nos íbamos acercando, mi nerviosismo aumentaba. Odiaba estar nervioso, me incapacitaba temporal mente, no me dejaba ser del todo yo, pero no podía evitarlo. Lía ya estará allí, iba pensando. O puede que no, que llegue en unos pocos minutos. O quizá más tarde, media hora, una hora, o más, lo cual puede deberse bien a que quiere hacerse la interesante o bien a que realmente no le interesa mucho la cita. O, bueno, también, puede deberse, claro, a que no ha podido llegar a la hora, simplemente, sin intención ninguna. Pero también puede que lleve un montón de tiempo esperando, lo cual significaría que...

—¡Joder, qué buena está tu hermana! -reiteró Fer, y yo di un respingo; casi me había olvidado de que iba con él.

—Sí, es guapa.

—¿Tiene novio?

Me pareció muy pesado explicarle lo de Antonio Rebolludo y a la vez decirle que ella nunca se fijaría en un simple mortal, estudiante, con pocas posibilidades de salir en la tele y con nada que ofrecerle; menos aun si era cinco años menor que ella. Así que preferí abreviar con un simple:

—Sí, tiene novio.

Y bastaron dos segundos de silencio para volver a liarme. Menos mal que llegamos pronto al local y aparqué la tesis doctoral sobre los hábitos de

puntualidad de Lía.

—Es aquí -Fer apuntó a una reja cerrada que protegía un local comercial en desuso-, somos los primeros.

La cristalera de la fachada estaba tapada desde dentro con unos cartones hasta la altura de nuestras cabezas, por lo que solo se podía ver desde fuera un trozo de techo. Sobre la cristalera, sobrevivían algunas letras sueltas de lo que en su día debió de ser un letrero: S—E—ER—DO. Un poco más abajo, pegado en la parte interior del cristal, había otro cartel más reciente de cartón duro o algún otro material rígido que decía: SE VENDE, y debajo el consiguiente número de teléfono. Fer se acercó al portal contiguo y llamó al telefonillo. Se oyó la voz de Luismi:

—¿Quién es?

—Estamos Víctor y yo aquí abajo.

—Solo me falta vestirme y lavarme los dientes.

—Anda, tira las llaves por la ventana.

—Vale -y colgó.

Fer se separó del portal y, miró hacia arriba.

—Este todavía no ha empezado a ducharse -me dijo-, si le conoceré yo.

Luismi se asomó por la ventana que había justo encima de las últimas letras del rótulo, hizo el gesto de dejar caer las llaves y, sin embargo, levantó la vista y las lanzó más lejos, sobre nuestras cabezas. Seguí la trayectoria parabólica de las llaves hasta que concluyó en las manos de Lía. Las atrapó con un ligero saltito y después alegró el mundo con una espléndida sonrisa. Lía se acercó hasta Fer y hasta mí. Nos saludamos, mejilla con mejilla. Según lo que comentaron ellos, no era extraño que Luismi llegase tarde, entraba dentro de todas las previsiones, aunque solo tuviese que bajar las escaleras para llegar, o quizá se retrasara precisamente por eso. Chechu y Nacho no tardaron en llegar, justo cuando Fer terminó de pelearse con el candado. Venían con más gente, un grupo de chicos y chicas que me sonaban del instituto. Ayudé a Fer a abrir las rejas, que chirriaron como si las estuviésemos haciendo daño. Se saludaron todos. Nacho me hizo una presentación general:

—Este es Víctor.

Luego enumeró los nombres de los que no conocía, pero yo crucé una mirada con Lía y se me olvidaron de golpe.

7

El local nos recibió con una bocanada de aire estancado y caliente. Era más grande de lo que imaginaba al ver la fachada y estaba vacío, diáfano. La gente fue entrando; incluso los que no conocía se desenvolvían con soltura dentro, sentándose en el suelo, apoyándose en las paredes, incluso echándose una carrerita. Era obvio que habían estado allí antes. Por curiosidad, seguí a Fer, que aun no había guardado las llaves. Llegamos hasta el fondo y comprobé que el habitáculo torcía a la izquierda. Tenía forma de L y en la parte más lejana a la entrada -al final del palito corto de la L- había dos puertas. Una daba a una despensa grande, atravesada por pequeños rayos de sol que se colaban por los minúsculos huecos que había en un cierre metálico, la salida trasera. Se guardaban allí, entre otras cosas, discos compactos, un reproductor con grandes orejas en forma de altavoz, vasos de plástico, juegos de mesa o una pelota flácida. Y la otra puerta era la del servicio. Alguien había colocado en ella un cartel de DAMAS junto a otro de CABALLEROS, y alrededor de ambos, escritas a boli, a rotulador, o raspadas directamente en la pintura, toda suerte de combinaciones: CABALLERO CON DAMA, DAMA CON CABALLEROS, CABALLEROS CON CABALLEROS, DAMAS CON CABALLERO, DAMA CON DAMA, etc. De pronto, arrancó la música y voló la pelota. Volví al palo largo de la L y me uní al grupo en el que más conocidos había. Entretanto, llegó Luismi, Fer le dio las llaves y pidieron bote para ir a pillar algo. Esta forma de salir me venía de maravilla por el tema de las pelas, con el que última mente sufría severas restricciones por parte de mis padres.

Con el transcurrir de la noche me enteré de que en el letrero de fuera, cuando tenía todas las letras, ponía: SUPERMERCADO, y que los propietarios eran los padres de Luismi. Fueron ellos quienes lo explotaron durante bastantes años. Inocente de mí, le pregunté a Luismi si se habían jubilado ya y me dijo que no, que el gran Centro Comercial que habían abierto en el barrio los había prejubilado. Aguantaron un par de años desde que abriera pero no pudieron con el empuje. Al final del todo, proba ron incluso a poner absolutamente todos los productos más baratos que en el Centro Comercial, y ni así venía la gente. Increíble.

—El monstruo se lo comió todo -concluyó Luismi.

Un lejano olor a galleta me llegó de pronto y sentí una afinidad instantánea con Luismi. A núestros padres les unía una aversión por las multinacionales plenamente justificada, y a nosotros nos unía el haber sufrido las consecuencias. Le conté mi experiencia e hicimos un trato -ni él comería esas galletas ni yo compraría en ese Centro Comercial y bromeamos con que si me ayudaba a quemar la fábrica de galletas de Aguilar yo le ayudaría a quemar el

Centro Comercial.

—De todas formas -le dije-, no todo lo que viene después tiene por qué ser malo -e instintivamente miré a Lía.

Luismi me guiñó un ojo y se fue a otra zona del local. Lía estaba bailando, y verla me produjo una sensación de libertad absoluta, como si hasta ese momento la hubiese visto encorsetada. No era que bailase al son de la música, sino que ella era la misma música, la creadora de los acordes que desprendía con sus movimientos. Imponía el ritmo a la noche. Tenía la impresión de que cuando dejase de bailar, todo se iba a detener, a suspender, la música, las carcajadas, los gritos. Chechu se interpuso entre mis ojos y sus caderas, me colocó un vaso de cerveza en la mano y, al tiempo, me subió la barbilla hasta que mi boca quedó cerrada. Yo sonreí un poco cortado, se había dado cuenta. Hice un serio intento de tomar tierra, pero fue fulminantemente desbaratado por Lía, que se acercó hasta mí con un paso entre el caminar y el bailar. Fueron escasos los segundos que tardó en llegar hasta mí y decirme «¿qué tal?», pero me sobraron para darme cuenta de algunas cosas: la tenía demasiado idealizada y su destello no me dejaba acercarme hasta ella sin tener que entornar los ojos. Me resultaba imposible verla como a cualquier otra chica; siempre había algo dentro de mí, como una mano incandescente, que agarraba mi voluntad hasta derretirla. Tenía que aprovechar esta oportunidad, estos segundos de razonamiento frío, para -en palabras de ciertos guionistas verla cagar. Aun así, cuando la tuve a mi lado esperando que dijese algo, me costó no engolfarme con sus ojos tamaño moneda de las grandes.

—Pues aquí, conociendo el local -le dije, pero inmediatamente comprendí que esa era la respuesta que daría el Víctor deslumhrado, tenía que ir un poco más allá-. Por cierto, Lía, como sigas toda la noche bailando, aquí puede haber una inundación de babas.

Me regaló una sonrisa y una caricia en la mejilla. Entonces el suelo se abrió a mis pies y empecé a caer por un abismo sin fondo; o si no fue así, mi estómago lo sintió de esa forma.

—Cuéntame algo -me dijo.

—Mientras te acercabas estaba pensando que nos vemos mucho pero hablamos poco -me arranqué a decir-, y yo no puedo conformarme con ser un simple espectador. No quiero solo verte pasar. Lía levantó las cejas, como impresionada por mi efusión. «Aquí la he fastidiado», pensé, y señalé sus manos vacías y me ofrecí para traerle un vaso de lo que quisiera. El caso era ganar tiempo para pensar en mis palabras. Tan pronto y ya se me iba a notar todo. Los nervios y las dudas se multiplicaron hasta el infinito, como si bailasen agarrados en medio de un salón con las paredes de espejo. Tenía que recomponerme, no dejarme llevar. Al fondo, junto al barreño de calimocho, una chica de las que había conocido ese día, con un disco en la mano, le decía a Nacho que ya había puesto la misma canción tres veces y que iba a poner la suya. Nacho hacía como que no la dejaba y se metía con ella y con el artista que quería poner. Era otra variante del juego del ligue: decirle a la persona

que te gusta exactamente lo contrario a lo que piensas -mira que eres fea... y además pesada, a ver si te vas ya y dejas de dar el coñazo; no te soporto...-, y si ella, o él, te responde de la misma forma, es que hay grandes posibilidades de triunfo; y si se llega a los empujones, a los tirones de pelo, en fin, a lo físico, entonces solo una catástrofe podría evitarlo. Era un camino más sencillo y menos comprometido que el que, quizá erróneamente, había tomado yo, pero ya era tarde para darme la vuelta. Cogí un vaso y lo llené con un cazo que había colgado del borde del barreño. Me di media vuelta y atisba hacia donde se había quedado Lía. Allí seguía, esperándome. Había desaparecido de su rostro el gesto de sorpresa que me había llevado grapado a mi inseguridad y su lugar lo había ocupado uno de júbilo. Hizo un amago de bailar y yo me llevé un dedo a la comisura de los labios y le dejé resbalar hasta la barbilla, dibujando el imaginario ca mino que seguirían mis babas. Noté en el estómago la misma sensación de vértigo que antes, pero esta vez no caía por un abismo sin fondo, sino que me deslizaba por un tobogán cuya rampa se suavizaba hasta terminar a los pies de Lía.

Le di el vaso, nuestros dedos se rozaron y nuestras palabras ya no pudieron separarse en toda la noche. Llegaba gente nueva, me la presentaba; se iba gente, me despedía; pedían de nuevo bote, lo ponía; alguien me preguntaba la hora, se la decía sin sorprenderme de que fuese tan tarde; se acercaba la pelota rodando, la devolvía; me entraban ganas de ir al servicio, me levantaba e iba; Fer se acercaba con otros chicos para que corroborase que mi hermana estaba buenísima, yo asentía con resignación... pero todo eran acciones secundarias que sucedían en otra dimensión espacio-tiempo, a otra velocidad, en otro mundo, fuera del que acababamos de crear Lía y yo, el uno frente al otro, sentados en el pulido suelo. Hablamos exclusivamente de nosotros porque era lo único que en ese momento nos interesaba. Me contó que se llamaba así por la cabezonería de sus padres; el padre la quería haber llamado Cecilia, y la madre, Noelia, y como ninguno de los dos dio el brazo a torcer, al final se quedó con lo que los dos nombres tenían en común: Lía.

—Me encanta tu nombre -le declaré-. Es un nombre que lía, enreda, envuelve, ata, engaña, anuda, amanceba... y ya no me acuerdo de más, pero en el diccionario de sinónimos había cantidad.

Aunque no siempre me saliese, trataba de dotar a todas mis frases con esa doble lectura: que se riese, y cuanto más, mejor, pero que al final pensase algo parecido a «joder, ha mirado mi nombre en un diccionario de sinónimos».

Me preguntó si Patricia era tan guapa como decían y le dije que más aun.

—Casi tanto como yo -bromeé, pero al instante me puse serio-. Y esa es precisamente su miseria, que solo es guapa y que todo lo que consiga será exclusivamente por eso. Oye, Lía, ¿tú conoces a un tal Antonio Rebolludo?

—Pues claro, el actor de...

—¡Ese! -la interrumpí porque me sorprendió que le conociese-. Pues mi hermana ha quedado hoy con él.

—¡Hala! Pero si es muy conocido, y además está buenísimo. Si te fijas en

las carpetas de las chicas del instituto, seguro que acabas viéndole en más de una. Sí que debe de ser guapa tu hermana, sí. Cuando me repuse de la pequeña punzada de celos, le expliqué cómo Patricia había llegado a conocerle. Y seguimos hablando y hablando y, aunque me resultase raro, mientras lo hacíamos no pensé en lanzarme; al menos no con la urgencia de otras veces en Aguilar. Tenía más ganas de conocerla, de hablar todo lo que no habíamos hablado hasta ese día, de empaparme de su vida. Ella quería estudiar Turismo o Filosofía o Periodismo o Psicología o Bellas Artes o Física o Filología o.... vamos, que no tenía muy claro lo que quería estudiar, pero al menos le atraían muchas opciones. Tenía dos hermanas más pequeñas que ella, gemelas.

—¿Cecilia y Noelia? -le pregunté.

—Qué va -contestó entre risas-, Beatriz y Sonia, tienen doce años. Imagínate como están, con la tontería elevada al cuadrado.

Cada vez hablábamos más cerca, como si quisiésemos alojar las palabras directamente en la mente del otro, sin pasar ni siquiera por el aire. Especialmente notaba que lo hacíamos cuando hablabamos de cosas serias, como complejos, el despido de mi padre, inseguridades... El grado de con fianza con ella se disparó esa noche de cero a cien. Estaba pasando de ser una conocida a la que adoraba en silencio, a ser una gran amiga, eso sí, sin dejar de tenerme trastornado. Al principio, la oía hablar de sus complejos como quien oye hablar a un esquimal del desierto del Sahara, pero poco a poco me di cuenta de que quizá ella había captado el mensaje que lanzaban mis ojos y se estaba tratando de mostrar como lo que era: una chica normal, y no como yo la veía.

En el espacio exterior, la gente empezaba a marcharse. Nosotros ni nos levantábamos, saludábamos con un gesto desde el suelo. Alguno, creo que Fer, me guiñó el ojo sin que Lía se diese cuenta y yo tuve que contenerme para no hacerle un gesto de victoria. Las despedidas derivaron la conversación al grupo de amigos. Ambos coincidíamos en encontrarnos muy a gusto en él, y en este punto me atreví a preguntarle algo que me había venido rondan do desde que la conocí:

—¿Y cómo es que eres la única chica?

—Qué pasa, ¿que no tienes suficiente conmigo? -me encantó cómo dijo eso-. Yo tenía mi grupo de amigas del alma, y ellos eran unos conocidos de clase. A veces nos juntábamos todos. Entonces Gemma, una amiga mía, se pilló por Luismi, pero no sabes hasta qué punto. Empezamos a quedar con ellos bastante más a menudo. Y muy buen rollito con todos. Eso sí, no nos librábamos del monográfico diario de Gemma: «¡Hoy le he preguntado a Luismi que con cuántas chicas se ha enrollado y me ha dicho que con menos de las que querría, tía!, ¿vosotras creéis que me ha querido decir algo?», y tonterías de ese calibre. Incluso empezó a comprarse revistas de coches para tener conversaciones más largas con él. El resto de amigas se involucró bastante, con un interés muy superior al que el tema merecía, parecía un asunto de Estado. Aunque más bien era marear la perdiz, quizá por miedo a co

nocer la realidad. Me costó, pero al final convencí a Gemma para que me dejase hacer mis averiguaciones, «discretamente, claro», y un día, en un des canso entre clases, le pregunté a Luismi indiscretamente que si le gustaba Gemma. Así, de sopetón, que es lo mejor para saber la verdad, porque te diga lo que te diga, el primer gesto jamás engaña. Y el primer gesto de Luismi no me engañó...

En este punto, la música cesó, Luismi y Chechu llamaron a las puertas de nuestro planeta y nos dimos cuenta de que allí solo quedaban ellos dos y nosotros. Era tardísimo, y su intención debía de ser que nos marchásemos los cuatro y que Luismi echase el cerrojo, pero a mí la hora del reloj no me importaba. En mi horario paralelo era temprano, el tiempo junto a Lía no había hecho más que empezar. Así que, como ella me miraba esperando una reacción, me aventuré a decir:

—Luismi, ¿te importaría dejarnos las llaves? Es que me he traído un disco que quería que oyese Lía, y con todo el jaleo, no he podido ponerlo.

Quizá la última explicación sobró, pero me sentí mejor al decirla, aunque los cuatro supiésemos que era falsa. Sin dudarlo, Luismi sacó las llaves y se las dio a Lía. Aún había jerarquías en eso de la confianza, era natural. Les acompañamos hasta la puerta y cuando salieron, Lía cerró por dentro. El silencio recorría el local. De la explicación interrumpida de por qué había roto con sus amigas solo me quedó la última idea: «de sopetón, que es lo mejor para saber la verdad... el primer gesto jamás engaña», el resto de la conversación se desvaneció, se perdió en el rincón de lo intrascendente.

—Cierra los ojos, Lía, vas a escuchar una canción sin música -bajó los párpados y yo hice lo mismo, para que compartiésemos las palabras bajo la misma oscuridad-: es la vibración de una voz, en un local vacío, resonando en sus paredes. Estar en el que será el escenario perpetuo de tus recuerdos más felices. Dos personas que se miran, con los ojos cerrados, soñando la misma noche. El centro del mundo viene señalado con una gran L: de Local, de Lía, de Locura, de Libertad, de Latido, de Laberinto, de Labios...

Extrañamente, no me sorprendieron mis palabras. Nacían en mi inconsciencia, en cumbres de vértigo, y fluían con naturalidad hasta mi boca. Volví a abrir los ojos y encontré los párpados de Lía tan cerca que ni siquiera podía enfocarlos bien. Esa imagen borrosa fue lo último que vi antes de que el roce de sus labios eclipsara el resto de mis sentidos.

8

Estábamos Lía y yo, el uno frente al otro, flotando ingrávidos en una niebla algodonosa. Nos mirábamos como si nos estuviésemos creando mutuamente. De pronto me entró sed y sin decir nada, ella alargó su mano hacia un lado y de la bru ma extrajo un vaso de agua que se llevó a la boca. A cada trago de ella mi sed iba remitiendo y cuando terminó, saciado yo, devolvió el vaso a la nada. Una mariposa multicolor revoloteaba en torno a nosotros, entre nosotros, dentro de nosotros. El pequeño cuerpecillo solo era un elemento necesario para que estuviesen unidas sus dos magníficas alas, compuestas por diminutas escamas de distintos colores sobre un fondo negro. De un modo inexplicable, si no se tratase de un sueño, podía seguir las piruetas de la mariposa y a la vez mirar fijamente a los ojos de Lía. Después de un intervalo indefinido, noté en mi estómago el apetito de Lía. Estiré el brazo y, con la certeza irracional de los sueños, supe que si cerraba la mano, en ese punto al que mi vista no alcanzaba, cogería un trozo de pan. Empecé a comerlo despacio, y cuando mi estómago aplacó el hambre de Lía, dejé el pedazo que sobraba flotando en el lugar de donde provenía. A mí me picaba la nariz y la garganta, estornudaba Lía; a Lía le entraba sueño, bostezaba y me estiraba yo... Mientras, la mariposa seguía haciendo y deshaciendo nudos de aire.

Abrí los ojos. Lía me había devuelto la facultad de soñar. Esa mañana, la sonrisa no me cabía en la cara. Por esas cosas que no sabes de dónde te vienen, mi mente asoció sonrisa con sunrise, una pa labra que nos habían enseñado en clase de inglés y que significaba amanecer. Amanecer con una sonrisa, así debía ser siempre. Estaba deseando volver a ver la mariposa que Lía tenía tatuada en la parte posterior del hombro izquierdo. La vida era de colorines y nada, ni la bronca de mis padres por haber llegado tarde, podía ensombrecerla. Mientras desayunaba, me enteré de que mi hermana no había venido a dormir a casa. Me reí, acordándome de Antonio Rebolludo, pero no presté más atención. Hice la cama, me duché y me vestí a toda velocidad y salí a la calle. Deshice los pasos que la noche anterior me habían traído a casa y, en unos minutos, llegué al portal de Lía. Pese a que era de día y llegaba con una mirada más limpia, sentí que allí quedaban, suspendidas en el aire, partículas de nuestra despedida. Llamé al telefonillo.

—¿Sí? -respondió una voz alegre que no era la de Lía.

—¿Está Lía? -pregunté.

—Está durmiendo.

—¿Quién eres, Beatriz o Sonia? -me atreví a preguntar, no se muy bien por que, o quizá porque desde el primer día quería ganarme no solo a Lía sino a cualquiera que tuviese relación con ella.

—Soy Bea -contestó extrañada-, ¿y tú ?

—Soy el admirador secreto de Lía.

Bea se rió.

—¿Quieres que la avise?

—No, déjalo. Cuando se despierte dile que ha venido Víctor y que se ha ido a comprar un caza-mariposas.

Bea volvió a reírse.

De camino a casa miré el reloj por primera vez esa mañana: no habían pasado ni seis horas desde que nos despidiésemos la noche anterior. En cierto modo era lógico que Lía estuviese dormida, pero solo en cierto modo, pues yo me había acostado incluso más tarde que ella y no había aguantado dormido más de cinco horas. ¿Y si para Lía no había sido más que una noche de besos y palabras cursis? ¿Y si ese día, al despertar, yo no iba a ser su primer pensamiento? ¿Y si jamás se iba a repetir una noche así?

Con el paso de los días, los interrogantes se fueron disipando de forma favorable: había disfrutado casi tanto como yo -más era imposiblede besos y palabras no escritos; y sí, volvimos a enrollarnos, aunque no tan pronto ni tan a menudo como me hubiese gustado a mí. Yo trataba de vencer mi impulso de ir a verla todos los días, de llevarle mil regalos, de llenar sus oídos de palabras deliciosas, de no dejarla respirar más que mis besos, de ser el niño de sus inmensos ojos azules... A menudo tenía que agarrarme a mí mismo para no lanzarme, para contenerme, porque cuando me pasaba de plasta notaba en el fondo de su gesto algo parecido a un rechazo. Ella protegía con fuerza su independencia y aunque eso chocase con mis deseos, era algo que me gustaba. Cuando Chechu y Fer me preguntaron un día, de camino al instituto, que si estaba saliendo con ella, lo único que pude hacer fue encogerme de hombros. Aun así, parecía que en el grupo nos empezaban a ver como pareja, y eso me alegraba, pues su visión era bastante mas objetiva que la mía.

Al local cada vez acudía más gente: amigos de amigos de amigos... Había días en que estaba real mente lleno. Cuando los del grupo manifestaban que nunca habían visto tanta gente dentro, yo les preguntaba con fingida vanidad que si no se habían dado cuenta de que sucedía desde que había empezado a ir yo. El local se iba convirtiendo en algo necesario, al menos para mí. Albergaba mis mejores momentos hasta entonces en Madrid y la posibilidad futura de otros aun mejores. Salvo una noche en El Penta, en la zona Malasaña, el resto de las veces Lía y yo nos enrollábamos en el local. A solas o delante de todo el mundo, según lo inspirados que estuviésemos.

Al mes, aproximadamente, del comienzo de nuestra relación, o lo que fuese eso que había comenzado, me di cuenta de que tenía un problema: el dinero. No solo pulía semana a semana el que me daban mis padres, sino que había hecho lo mismo con el pequeño fondo que me traje ahorrado de Aguilar. La verdad es que el dinero se me fue casi sin darme cuenta, pero es que pasaba por una tienda y tenía la impresión de que todos los bolsos, collares, peluches, pulseras, camisetas, carcasas para el móvil... estaban especialmente hechos

para Lía. Precisamente me di cuenta de que me estaba que dando pelado el día en que decidí comprarme un móvil. Desde el principio me había sorprendido que todos mis amigos tuviesen uno, algunos incluso dos. Yo no lo veía muy útil: tenía teléfono en casa y, además, veía a Lía y a los amigos todos los días en clase. Sin embargo, en noches en que el sueño se hacía de rogar, imaginaba el cuarto de Lía, a oscuras, ella tumbada en la cama, su móvil sobre la mesilla, encendido -me había dicho que no lo apagaba nunca-; de pronto, suena el aviso de que ha recibido un mensaje, alarga el brazo hasta coger el móvil y entre sueños lee mis palabras; sonríe y con ese gesto se vuelve a dormir, unida a mí en la distancia por un cordón de palabras. Tantas veces se repetía esa visión, u otras similares, que un día me desperté con la necesidad real, física, vital, de comprarme un móvil. Bajé de la estantería el bote don de tenía los ahorros de Aguilar, del que había ido tirando sin control cuando me había hecho falta, y me di cuenta de que con lo que quedaba apenas llegaba para comprar una carcasa. Coincidí, como todas las mañanas, en la cocina con mi padre y mientras desayunábamos, me atreví a pedirle dinero.

—¿Para qué? -me preguntó.

—Es que quiero comprarme un móvil. Así me tendréis localizado. Y para cualquier emergencia. Y... -no se me ocurrían más razones, al menos razones que quisiese confesar a mi padre.

—Desde luego, culo veo, culo quiero.

Su primera respuesta fue no, pero con mi insistencia, logré que accediese a consultarlo con mi madre. Algo era. Por la tarde, cuando estuvieron juntos mis padres, les saqué el tema. Comenzaron diciéndome que Madrid era una ciudad muy cara, que estaban pagando una hipoteca, que el dinero no nos sobraba, que yo últimamente salía demasiado y llevaba un ritmo por encima de mis posibilidades, que esos caprichos debería pagarlos con lo que me daban semanalmente... Cuando creía que todo estaba perdido, mi madre me preguntó que cuánto costaba un móvil barato. Se lo dije. Ella se fue a su habitación y volvió con el dinero. Lo cogí un poco avergonzado, todo lo que me habían dicho era cierto.

—No nos importa dártelo -me dijo mi padre-, pero queremos que seas consciente de las cosas, que las valores. El dinero no cae del cielo. Cuesta mucho ganarlo y nada perderlo.

Al soltar los billetes en la tienda de telefonía, sentí cierto remordimiento: el eco de las palabras de mis padres; si bien no fue tan intenso como para ocultar la alegría de tener el móvil en mis manos. En casa, le di veinte vueltas a las instrucciones hasta que pude ponerlo en funcionamiento. Tan pequeño y con tantas cosas, con lo fácil que era el teléfono fijo: descolgar, llamar, hablar y colgar. Lo primero que hice, aun con la ayuda del libro de instrucciones, fue mandar un mensaje a esa chica tumbada, a ese móvil encendido reposando en la mesilla -el número me lo sabía de memoria, lo apunté a la vez en una hoja y en la región de mi cerebro donde se guardan las cosas imborrables-, a esa sonrisa durmiente: «Me gustaría que soñásemos el mismo sueño para

encontrarnos esta noche». A lo que ella casi inmediatamente me contestó: «A mi tb m gstria xxx», mensaje que no entendí del todo hasta que me lo tradujo ella el día siguiente.

—Pero que no te cobran el mensaje por las letras que tenga -le dije.

—La costumbre -dijo Lía, y se encogió de hombros, sonriendo.

Sin embargo, el problema seguía ahí, agravado por el hecho de que ahora había que añadir a los gastos el de las frecuentes recargas del móvil. Mis padres me decían que me controlase un poco, que solo hiciese las llamadas y mandase los mensajes necesarios. Imposible explicarles que todas las llamadas y mensajes a Lía -desde la calle, desde la cama, desde los bancos de debajo de casa, desde el local... eran necesarios, que había momentos en que si no me llevaba su voz al oído me podía dar algo. Cuando la situación económica parecía tocar fondo; cuando ya no se me ocurrían más excusas para escaquearme de poner bote con los amigos; cuando las expresiones que más escuchaba de mis padres eran: «cerrar el grifo», «apretarse el cinturón», «rascarse el bolsillo»...; cuando me dolía ver en la tienda ese disco del que ella me había hablado y no poder comprarlo; apareció el milagro.

9

Le vimos llegar desde dentro del local, en un coche deportivo gris oscuro, tan limpio que resultaba difícil distinguir entre los cristales y la chapa. Era una noche de viernes, y el local estaba repleto. «¡Al loro con el coche que ha parado enfrente!», la voz se corrió como una mecha encendida. Tratándose de coches, no fue de extrañar que Luismi saliese el primero y cruzase la calle casi sin mirar. Los demás salimos detrás, pero nos quedamos en la puerta. Nacho se abrió paso entre nosotros.

—¡Coño, pero si es mi primo! -dijo, y cruzó con el pecho hinchado de orgullo.

Del espejo con ruedas salieron dos chicos mayores, de veintitantos años. Iban con sendos trajes, y el primo de Nacho llevaba unas gafas de sol muy sofisticadas a juego, en cuanto al brillo, con su pelo negro engominado. Cerró el coche con el mando y apenas pudo saludar a Nacho porque enseguida se interpuso Luismi, al que veíamos desde la acera de enfrente, gesticular, hablar, señalar al coche, resoplar ante un comentario del primo de Nacho. A mi espalda se sucedían comentarios femeninos: «¿Y ese quién es?», «No sé, pero está de un bueno», «Por lo visto es el primo de Nacho», «Podía haber avisado de que tenía un primo así», «¿Habéis visto lo mazas que está el otro? Casi no cabe en el traje». Mientras los cuatro cruzaban la calle, recordé súbitamente un diálogo cuyo origen desconocía, quizá fuese de una serie de humor, o de algún cómico de la tele, no sé, el caso es que un hombre le preguntaba a una mujer: «¿Pero qué tiene ese que no tenga yo?», y la mujer respondía, toda digna y casi ofendida: «Parece mentira que no te des cuenta, tiene eso que las mujeres llamamos cochazo». Nacho nos lo presentó a los amigos más cercanos como Ton.

—Con n, no con m -puntualizó Nacho, y Ton asintió.

Me pareció que saludaba a Lía con excesivo cumplimiento, pero deseché al instante la idea, y la achaqué a la sugestión causada por los comentarios enfervorizados que las chicas habían hecho de él. Entramos todos salvo el armario que venía con él, que sorprendentemente se quedó fuera. Ton hizo un aparte con nosotros, para envidia de muchas.

—¿Qué quieres tomar, cerveza o calimocho? -le preguntó Luismi, en cuyos ojos brillaba la fascinación-. No es que haya mucha variedad.

—Tráeme un vaso con hielos -le dijo Ton. Cuando lo tuvo en la mano, sacó una petaca de un bolsillo interior y lo rellenó con su propia bebida.

—Solo los cuatro dedos de este whisky que he echado en el vaso valen más que toda la bebida que tenéis aquí para esta noche.

Ese día no expuso sus intenciones, simplemente se tomó la copa, charló lo

justo con nosotros y, antes de irse, dio dos vueltas: la primera fijándose en el local en sí, y la segunda fijándose en las chicas, hasta que se acercó a una vecina de Chechu que era de lo mejor que había entrado ese día, le dijo cuatro pa labras en el oído, la chica dudó, pero finalmente asintió y los dos se marcharon, acompañados por el extraño personaje que había estado esperando fuera. Todos nos quedamos boquiabiertos.

—Arrampla con todas -nos dijo Nacho, que lúego nos explicó que le había hablado del local a su primo la semana pasada, y que le había dicho que se pasase algún día, pero que no creía que iba a ser tan pronto-. Está forrado, el mamón.

—Ya nos hemos dado cuenta -dijo Lía.

—¿Vosotros sabéis lo que vale ese coche? -nos preguntó Luismi.

—Pues casi como mi casa, me imagino -respondió Chechu.

Ese viernes no expuso sus intenciones, pero sí el sábado. Volvió al local, y esta vez no nos pilló de sorpresa. Nacho nos había avisado de que venía para hablar de negocios. Todos estábamos intrigados, incluido Nacho, que lo único que decía era que no sabía nada, pero que su primo era un crack para los negocios. Ton llegó como el día anterior: mismo coche, mismo acompañante, mismas gafas de sol y mismo peinado; solo había cambiado el traje. Esta vez entraron los dos. Al musculitos nos lo presentó como Andy. Estuve tentado de preguntar si con y o con i, pero me contuve por la seriedad con que se manejaban los dos. Ton pidió que bajasen un poco la música para hablar mejor y a Fer le faltaron piernas para correr hasta el reproductor. Cuando estuvimos de nuevo todos, Ton empezó a hablar y nos dimos cuenta de que la parquedad de palabras que había exhibido el viernes era debida a que no había tenido nada que decirnos hasta entonces. Empezó diciendo que no nos engañásemos, que todo en este mundo se reducía a una cosa: el dinero.

—¿Para qué estudiáis e intentáis sacar buenas notas? ¿A qué aspiráis en el futuro? ¿Cuál es la llave que abre todos vuestros deseos? ¿Cómo se mide el triunfo? Tanto tienes, tanto vales. ¿Por qué estoy yo hoy aquí? ¿Por el placer de tomarme unas copas con vosotros? Hace tiempo que no hago nada por otro placer que no sea el dinero. No he encontrado nada que me llene más. Buscarlo como un sabueso, encontrarlo, acumularlo, invertirlo, multiplicarlo...

Nos quedamos multiplicándolo en nuestras cabezas, pues de pronto sonó su móvil, lo sacó del bolsillo -obviamente, era un modelo que jamás habíamos visto y que debía de costar como mil barras de pan-, nos hizo un gesto de que esperásemos y empezó a hablar en voz alta para que, a pesar del ruido del ambiente, la otra persona pudiese escucharle.

—¿Sí? (...) ¡Hombre, Charly! ¿Cómo lo llevas? (...) Ya sabes, si no es imposible, podré hacerlo. A ver, dime. (...) ¿Dos para dentro y tres invisibles? ¿Esta misma noche? Uff, ¿y cómo no me los has pedido antes? (...) Bueno, un descuido lo tiene cualquiera. Dalo casi por hecho. Si los tengo, en una hora están allí; si no, ya te llamaría. (...) Bueno, tío. (...) Sí, tienes razón, a ver si

una noche saco un hueco y me paso por tu súper discoteca. Resérvame a la gogó del último día para cuando vaya. (...) Vaya golfa. Venga, Charly, hasta pronto -colgó y, señalando al móvil, nos dijo que el tal Charly era un gilipollas y su súper discoteca, un antro de mala muerte, pero que como pagaba había que hacerle creer lo contrario.

Acto seguido, le pasó el móvil a Andy y le indicó cinco nombres a los que tenía que llamar inmediatamente para que en una hora estuviesen en la discoteca de Charly.

—Si alguno te pone pegas, me lo pasas -concluyó con Andy, que se salió a la calle y Ton volvió a dirigirse a nosotros-. ¿Por dónde iba?

—Por el dinero -apuntó Fer y todos, incluido Ton, nos reímos.

—Pues sí, lo que os decía. Ahora vosotros no podéis llegar a entenderlo, o quizá sí, no lo sé, pero el dinero es la mejor de las drogas. Sin duda. Como un adicto, planeas cada una de tus acciones con ese único fin, cada vez quieres más, no descansas hasta obtenerlo, pero una vez conseguido, te parece nada; y vuelta a empezar. Y si con cualquier otra droga cada vez que repites ese círculo te vas hundiendo un poco más en la mierda, con el dinero lo que vas haciendo es ascender a la gloria. A mis escasos veinticinco años, tengo una empresa de seguridad -por un instante pensé que Ton se refería a una empresa de «seguridad en uno mismo», por cómo hablaba-, seguridad para discotecas, tiendas, personas, naves, obras... Es mi principal fuente de ingresos y si sigue creciendo al mismo ritmo que ahora, para cuando me jubile podrán vivir de mis rentas hasta mis tataranietos. Pero eso para mí es nada, hay algo en mi interior, un gen con instinto depredador, que me hace seguir buscando. No puedo ver pasar dinero frente a mis ojos y no meter la mano.

Andy volvió de la calle y con un gesto le hizo saber a Ton que no había tenido ningún problema. Este hizo una pausa para dar un trago a su vaso y aproveché para mirar a Lía y a los demás, y lo único que encontré fue mi expresión de desconcierto reflejada en cada uno de ellos. ¿Qué pretendía, reclutarnos para su empresa?

—No os quiero aburrir más con mi adicción, así que vamos a concretar el motivo de mi visita. Si miramos a nuestro alrededor ahora mismo estoy seguro de que yo veo algo distinto a vosotros. Donde vosotros veis amigos, gente conocida, la posibilidad de pasar una noche agradable, yo veo dinero. Tengo entendido que este local es de los padres de uno de vosotros.

—De los míos -apuntó Luismi. Ton le miró, con un leve gesto de complacencia.

—Todo empezaría por tus padres. ¿Cuánto tiempo llevan intentando venderlo? —Casi un año.

—Eso es que piden demasiado. Ya hablaríamos del precio. Mi idea es comprar el local y montar un bar de copas. En cuanto a las licencias de obra, de actividad, etc. no habría ningún problema, conozco gente en el Ayuntamiento a la que le gusta el dinero casi tanto como a mí. Todo el proyecto supondría un desembolso importante, por eso necesito saber que

puedo contar con vosotros.

—¿Pero aquí, Ton? -le preguntó Nacho a su primo-. Si esto no es zona de copas ni nada.

—Ahí es donde entráis vosotros en juego -dijo Ton-. Sin casi proponéroslo, habéis conseguido llenar un local de... no sé, doscientos o trescientos metros cuadrados.

—Doscientos setenta -puntualizó Luismi.

—Si habéis sido capaces de eso solo por amor al arte, ¿qué no conseguiríais si de por medio hubiese una gratificación económica?

Gratificación económica, es decir, dinero; dinero para nosotros, dinero para no parar de hablar con Lía por el móvil, para comprarle todos esos regalos que quedaban huérfanos en el escaparate cuando los veía y me metía la mano en el bolsillo del pantalón y solo sacaba una pelusilla de algodón. Hasta entonces Ton me había parecido un iluminado de la vida, y sus teorías sobre el dinero, descabelladas. Pero cuando todo se volvió real, es decir, cuando casi me podía ver con los billetes en la mano, mis apreciaciones sobre Ton cambiaron, o al menos se suavizaron. Y por el rumor que recorrió el grupo sin llegar a convertirse en comentario, descubrí que no era el único en reconocer a Ton su disposición a apostar por nosotros. Pese a que en muchas cosas perdíamos el hilo, por el uso de términos que desconocíamos, la idea general era que nosotros íbamos a trabajar de Relaciones Públicas. El contrataría un par de camareros de confianza, que serían los que figurasen dados de alta en la Seguridad Social, y nosotros cobraríamos «un variable en negro», algo que, al ver nuestras caras de incomprensión, nos explicó:

—«El variable» quiere decir que no cobraríais un sueldo fijo, sino que sería un porcentaje de lo que se sacase en caja. Y «en negro» significa que no tendríais contrato, ni nómina, ni cotizaríais a la Seguridad Social, ni os retendría nada. Lo que os corresponda, os lo lleváis en un sobre y aquí no ha pasado nada -parecía tan fácil que por mí habríamos subido en ese mismo momento a casa de Luis-mi a despertar a sus padres-. Lo que quiero que entendáis es que si aceptáis, estáis asumiendo una responsabilidad. Vais a ser vosotros los que decidáis el futuro del negocio. Yo, en el peor de los casos, falsearía las cuentas del local, lo vendería como un negocio rentable y lo comido por lo servido. Vamos, que perder os aseguro que no voy a perder. La posibilidad de sacar más está en vosotros y depende solo de vuestro compromiso. Capacidad tenéis, lo que no habéis probado es hasta dónde podéis llegar. Así que antes de que mañana llame a sus padres -señaló a Luismi-, y como condición necesaria para que lo haga, quiero saber qué os parece lo que os he planteado y si lo veis viable. Es decir, si os veis capacitados para llenar este local cada fin de semana, si no os queda grande el proyecto, si estáis dispuestos a sacrificar vuestros fines de semana, si no os vais a cansar a las primeras de cambio y vais a dejar el local sin el alma, o sea, sin vosotros.

Ton sabía perfectamente cómo mover los resortes de nuestras mentes. Esa

mezcla de halago y de reto nos encendía por dentro, así que no fue ninguna sorpresa que todos aceptásemos que si llegaba a un acuerdo con los padres de Luismi, asumiríamos el compromiso. Nos dijo que entre caballeros la palabra era como la firma, así que contaba con nosotros. Antes de irse -Ton no era de los que perdiese más tiempo que el estrictamente necesario-, le dijo a Andy que apuntase el teléfono de Luismi y a una pregunta de Fer nos contestó que el bar se llamaría como quisiésemos nosotros. De camino a la puerta, le salió al paso, sonriente, la vecina de Chechu con la que se había ido el día anterior. Ella le dijo algo y al escuchar la respuesta de Ton, su gesto mudó y le lanzó unas palabras cargadas de desprecio que parecieron resbalar por el traje de Ton, quien antes de salir repitió con otra chica una operación similar a la del viernes. Para nuestra estupefacción, el resultado fue el mismo, y la chica abandonó el grupo con el que había venido para subirse al coche con Ton y con Andy.

Y allí nos quedamos todos, en el local, que acababa de adquirir una dimensión extraordinaria, unas posibilidades ilimitadas. No pudimos dejar de fantasear en toda la noche: «la barra a la izquierda», «no, mejor a la derecha, así ves desde la barra las dos alas del local», «con sillones y mesas», «sin sillones ni mesas», «luz suave, uniforme», «luz intensa en unas zonas e inexistente en otras», «una bola grande de espejitos en el techo», «ni de coña», «con pista de baile», «que todo el bar sea pista de baile», «si hay cabina de pincha, tiene que estar al fondo», «y un corcho con fotos de toda la peña», «y podemos poner una foto en un marco con ‘el cliente del mes’», «música cañera», «se puede llamar El Local», «o El Manicomio, y que tenga las paredes acolchadas», «o La Mariposa», «o La La, no te digo, hay que pensar un nombre mejor». Me recordaba en algo a esa conversación que todo el mundo ha tenido: la de qué harían si les tocase la lotería. Estábamos eufóricos, pletóricos, en plena ebullición de ideas. Al final de la noche, planeamos para el día siguiente una cadena de llamadas que empezaría por Luismi y recorrería todo el grupo. Así nos enteraríamos al momento de la primera im presión de sus padres cuando se lo contase.

10

—Han dicho que no.

Fueron las primeras palabras que escuché ese domingo. Era Lía, el eslabón previo a mí en la cadena.

—No me digas -solté, con esa voz de recién despertado que aún arrastra el sueño del que le han sacado-. Se rompió el cántaro, salió otro número en la lotería.

—Están deseando vender el local, pero lo que no quieren es que Luismi trabaje de Relaciones Públicas. Ya sabes lo de los padres: que si los estudios, que si la noche... El me ha dicho que les va a dar la chapa hasta que accedan. De todas formas, todavía no les ha llamado Ton, y a Ton le veo capaz de convencer a cualquiera, de vender agua incluso al mar -Lía lanzó las últimas palabras sobre una sonrisa.

—A ver si es verdad... -y bostecé-. Anoche, después de mandarte el mensaje, todavía estuve despierto cerca de una hora.

—¡Pero tío, si era tardísimo!

—No me podía dormir. No sé, debe de ser que mi mente había estado trabajando tan rápido, pensando tantas cosas a la vez, que se negaba a parar tan bruscamente. Así que, en vez de contar ovejitas, me dediqué como tantas otras veces a ti. A recordarte, a imaginarte, a abrazar tu cintura, a subir y bajar por las ondulaciones de tu pelo, a dejarme impresionar por el horizonte redondo de tus ojos. Era como estar tumbado en el mar, convirtiéndome en cada una de la olas que me recorrían hasta abandonarme con una ligera sacudida -hice una pausa y me eché a reír.

—¿Víctor?

—Cuando empiece a ponerme así, hazme un fa vor, Lía, ¡párame!, que si lo pienso me doy vergüenza a mí mismo.

—Pues no lo pienses.

De pronto, entró mi hermana en la habitación.

—¡Huy, perdona! Creía que no estabas -Patricia se giró hacia un rostro que había aparecido por el marco de la puerta y que no tardé en reconocer como el de Antonio Rebolludo-. Este es el cuarto de mi hermano y evidentemente ese es mi hermano, Víctor -me miró a mí, y yo le señalé el móvil-. Este es Antonio, ya te lo presentaré cuando termines de hablar.

—¿Víctor? -escuché la voz de Lía en el móvil mientras levantaba una mano para corresponder al saludo de Antonio.

Le expliqué la situación, creyendo que diría: «¿Antonio Rebolludo? Espérame que voy para allá». Pero no, simplemente le hizo gracia. Y encima me propuso no quedar ese día porque llevábamos toda la semana viéndonos y al día siguiente, lunes, nos íbamos a volver a ver. Yo hice como que estaba de

acuerdo, qué remedio. Sin que apenas me diese tiempo a pensar, llamé a Chechu.

—Han dicho que no, pero no está todo perdido, es mas, yo veo mas cercano el si que el no -aventure.

Mi intuición no me falló, y a los catorce días exactos -contábamos los días casi como los presos-, Ton y los padres de Luismi estaban ante el notario firmando las escrituras. Dos días antes de la firma, se produjo un pequeño gran acontecimiento. Habíamos quedado todos los amigos junto al Local, incluso cancelando otros compromisos, para presenciarlo in situ. El padre de Luismi salió del portal con un cubo de agua, un bote de un producto de limpieza y varios estropajos. Le saludaron todos, a mí me le presentaron, y le seguimos cuando abrió el local y se metió dentro. Como si estuviésemos presenciando algo extraordinario, aplaudimos cuando comprobamos que el cartel de SE VENDE se quitaba con facilidad y no había necesidad de usar todo lo que había traído. Ya no se vendía, ya estaba hecho, solo faltaban las firmas. Era el pistoletazo de salida de nuestros sueños. Volvimos a la calle y el padre de Luismi se dirigió de nuevo al portal, pero antes de entrar se volvió hacia Nacho.

—Tu primo se ha comprometido conmigo a in sonorizarlo bien, pero me ha dicho que va a depender de vosotros que no haya gente en la calle -nos miró uno a uno-. Espero que así sea -nosotros asentimos con seguridad y él sonrió-. Por un lado, a mi mujer y a mí no nos gusta nada que os metáis en esto, ya lo sabéis, pero por otro hemos dicho, hombre, vamos a tener a nuestro hijo todos los fines de semana en el piso de abajo. Y eso es una tranquilidad, tal y como está la noche de Madrid.

Corrían los días, y cada uno de ellos traía alguna novedad acerca del local. Volvíamos a enfrascarnos en el mismo tema, nos encantaba darle cien vueltas a todo. La firma de los padres de Luismi y Ton en la notaría se llevó a cabo sin problemas. En cuanto nos enteramos, no pudimos contenernos y obligamos a Nacho, que no opuso mucha resistencia, a que llamase a su primo. Estuvo hablando con él y quedamos para el siguiente sábado. Nos dijo que llevásemos una idea más o menos clara de lo que queríamos para que, entre nosotros, un arquitecto de su confianza y él, dejásemos zanjado ese mismo día el tema. A Ton no parecía gustarle esperar. Nacho le preguntó si debíamos dejar de traer gente hasta que estuviese todo listo, pero le dijo que ni se nos ocurriese, que hasta el mismo día que empezasen las obras siguiésemos llenándolo, que los clientes cuesta mucho hacerlos y nada perderlos. Eso sí, debíamos ir explicándoselo, haciéndoles apetecible el cambio. Nos resultaba raro oírle hablar de amigos y conocidos como clientes, pero entendíamos que para él no eran más que eso.

Ese sábado nos esmeramos en llenar el local a conciencia, para que viese que había hecho bien en apostar por nosotros. Ton, Andy y otro que debía ser el arquitecto, llegaron veinticinco eternos minutos tarde. Nos tuvimos que

reunir en la despensa del fondo, la que estaba al lado de los servicios y daba a la puerta trasera, para estar un poco más tranquilos. A la voz de «Bueno, ¿qué habéis pensado?», nos lanzamos a hablar todos a la vez, interrumpiéndonos, atropellándonos, hasta que Ton pidió calma y, sorprendentemente, nombró representante del grupo a Lía. Como ya iba conociendo sus gestos, noté que le había dado corte.

—Que ella exponga lo que habéis pensado. Si tenéis algo importante que puntualizar a sus palabras, lo hacéis sin problemas, pero que no sean chorradas, por favor -y se miró el reloj como remate no verbal a su explicación.

Lía comenzó a describir la idea que más o menos habíamos acordado, pero Ton la detuvo, se le había olvidado plantearnos dos cosas: primero, que él quería un pequeño cuarto reservado para poder tomarse algo allí tranquilamente con quien quisiese; y segundo, que él podía conseguir una máquina de dardos, un futbolín y una máquina de pantalla táctil. Lía, que ya había vencido el rubor inicial y que ahora mostraba más convicción, se hizo instantáneamente una nueva composición que mantuviese el espíritu de lo que queríamos pero con el añadido del reservado y de las máquinas, y retomó la explicación. Finalmente, tras unos cambios propuestos por el arquitecto -algunos eran legalmente necesarios y otros de pura lógica-, acordamos la distribución del espacio. Lía utilizó el símil de la L -de Local, de Lía, de Locura, de Libertad, de Latido, de Laberinto, de Labios... para entendernos mejor. El palo largo sería la parte abierta al público y en la pared de la derecha, hacia la mitad, comenzaría una barra que llegaría hasta el fondo, donde se uniría con una mesa de mezclas. A la izquierda de la entrada, nada más entrar, estaría la máquina de dar dos, y a la derecha, el futbolín y la máquina de pantalla táctil. Cuando Nacho le dijo a su primo que esas máquinas eran muy caras, Ton sonrió con un punto de malicia y nos dejó una frase enigmática sobre la que no nos atrevimos a preguntar más:

—Cuando un cliente no te paga, hay otras formas de cobrarle hasta los intereses que no te debe, ¿eh, Andy? -Andy se unió a la sonrisa de Ton.

El palito corto de la L iba a ser atravesado por un pasillo que desembocase en la salida de emergencia -la puerta de atrás-, y a un lado estarían los servicios y al otro la despensa y el reservado que había solicitado Ton. Como de luces no entendíamos ninguno, lo dejamos a elección del arquitecto, nos bastaba con que hubiese algo más de luz en la entrada y menos en el fondo. A partir de ahí, Ton estaba abierto a todo tipo de sugerencias, por estrafalarias que pareciesen, siempre que no le supusiesen un desembolso económico mayor. Es decir, le daba igual que hubiese un póster enorme de un deportivo despampanante, una pelota de ping-pong en el váter de los chicos para que se entretuviesen dándola vueltas y no measen fuera, brochazos de pintura fluorescente por las zonas más oscuras, un gran corcho lleno de fotos y en medio la foto del cliente del mes...

«El Manicomio», «El Señor de los Mamaillos», «El Local», «Sorbos», «La

Cabaña del Tío Ton», «La Ele», «Fashion Power», «Yom emamo», «¡Paf!», «Bar Bardad», «El Super», «El Codo de Oro»... Fueron muchos, y, para mi gusto, bastante buenos, los nombres que estuvimos barajando. Sin embargo, el que decidimos al final fue uno de los que yo había propuesto: «El Lío». Ya estaba viendo el letrero sobre la puerta con grandes letras luminosas. El nombre mezclaba la concisión que buscábamos y un homenaje a la única chica implicada en este asunto, quizá fue eso último lo que le hizo destacar del resto, pues no era ni de lejos el más original ni el más impactante.

Para concluir, Ton nos preguntó si queríamos cobrar el porcentaje a partes iguales, o sea que todos cobrásemos lo mismo; o que se repartiera según la gente que trajese cada uno, contado como el número de tarjetas firmadas que llegasen a la barra, es decir, según lo que consumiesen los clientes de cada uno. Nos explicó que si esto fuese una empresa normal, ni siquiera nos habría dado la opción de elegir, que cada uno se llevaría lo que le tocase según los clientes que consiguiese, pero que al ser un grupo de amigos, la cosa cambiaba, porque éramos nosotros como grupo los que captábamos gente.

Elegimos la primera sin dudarlo, no queríamos competir entre nosotros, y Ton nos advirtió:

—Me parece muy bien vuestra seguridad, y si así lo habéis decidido, así será. No hay más que hablar, salvo que sepáis que esta forma de operar tiene una pega muy grande, y es que la responsabilidad se diluye entre todos vosotros, con lo que se fomenta que alguno o algunos se escaqueen y vivan del trabajo de los otros. Yo os aviso solo para que estéis atentos.

Sentadas las bases de lo que sería El Lío, solo quedaba ponerse manos a la obra con los posibles futuros clientes. Esa noche explicamos a muchos el cambio, recalcando que la esencia del local -música, gente, buen rollo... no se vería alterada. A la mayoría les parecía bien si no nos subíamos a la parra con los precios, algunos preferían no decir nada hasta verlo montado, otras nos dijeron que si venía «el tío del traje» ellas no faltarían. Solo unos cuantos se negaron de lleno: que si el espíritu del local morirá, que si bares de copas hay a patadas pero locales como este muy pocos, que si es imposible tener en un bar de copas la libertad que se tiene aquí... Aguafiestas los hay en todas partes.

El proceso de conseguir las licencias pertinentes y llevar a cabo la obra duró apenas mes y medio, y no hubo un solo día que no fuésemos al local, como poco para verlo desde fuera. Y si de casualidad encontrábamos dentro a los albañiles, no dudábamos en meternos, al principio solo a observar y luego a ayudar: os llevamos esto, os acercamos eso otro... O eso creíamos hacer, ayudar, hasta que un día, el que debía de ser el encargado de la obra, saltó:

—Vamos a ver, ¿alguno de vosotros sabe abrir rozas? -todos negamos con la cabeza ¿y enfoscar?, ¿y aplomar?, ¿y alicatar?, ¿y retranquear?, ¿y estucar?, ¿y dar de llana?... -siguió enumerando acciones de las que, en el mejor de los casos, solo nos sonaba la palabra-. Os dejamos estar aquí porque nos lo ha dicho el jefe, pero dejad de tocarnos los cojones con ayuditas que no nos

hacen falta -instantáneamente miró al resto de su cuadrilla y son rió orgulloso, el tío borde.

Pese a todo, no nos dejamos impresionar y seguimos yendo a ver la evolución del local, de nuestro local, de El Lío. Resultaba curioso: para empezar a hacer algo, antes había que destrozar lo anterior. Así, los primeros días se dedicaron a dejar las paredes en ladrillo vivo, a quitar las losetas viejas del suelo, a tirar los tabiques de la despensa y del baño. Luego, poco a poco, se fueron viendo los resultados. Un día aparecía un muro del pasillo, otro día la barra del bar, otro día unas repisas que irían en la pared opuesta a la barra para dejar las consu miciones. Cada vez se asemejaba más a lo que tantas veces habíamos imaginado. Aunque al proceso se nos hizo largo, al final ocurrió lo que ocurre siempre que se espera algo con ansia, que cuando llega ni te acuerdas de todo lo que ha tardado en llegar. Fue un martes cuando Ton nos anunció que El Lío estaba listo, solo faltaba el rótulo de fuera y lo instalarían en breve. El viernes por la noche teníamos que dejar todo absolutamente preparado para la inauguración, el sábado.

11

Ese fin de semana prometía ser inolvidable, y dedicaba en exclusiva todas mis energías y toda mi creatividad a El Lío. Creía que nada podría arrancar mi mente del local. ¡Qué equivocado estaba! El jueves, antes de entrar a clase de Lenguaje, Lía recibió un mensaje en el móvil y, tras leerlo, me dijo:

—Este finde me quedo sola, ¿te vienes a dormir a mi casa?

—Por supuesto -respondí mucho antes de pensarlo; aunque si lo hubiese pensado, habría respondido lo mismo.

Lía sonrió con un punto de picardía —Podemos inaugurar dos líos en un mismo fin de semana.

No era el primer fin de semana que se quedaba sola, pero sí el primero que me invitaba a dormir en su casa. Me costó horrores que no se me notasen los nervios. Si finalmente pasaba, iba a ser mi primera vez. La inseguridad me llevaba a pensar que todo el mundo era testigo de lo que acababa de hablar con Lía. Que se me notaba en la cara, en la expresión. Instintivamente, rehuía la mirada de los demás. Ese fin de semana podría conocer eso de lo que tanto se habla, eso a lo que Lía y yo nos íbamos acercando cada día un poco más, eso que tanto se espera, eso que no piensas que te pueda asustar hasta que no lo ves tan cerca. Nunca se me habían cruzado sentimientos tan contradictorios en apariencia: alegría inmensa y miedo infinito. Sorprendentemente, o quizá no tanto, pues era mezclar las dos obsesiones, mi mente asoció el local con mi relación con Lía: ambos habían requerido un tra bajo previo para llegar a la inauguración. Dentro de la clase de Lenguaje, seguía sin poder concentrarme. A tres filas de pupitres del mío, Lía seguía las explicaciones, o al menos miraba hacia la pizarra, y no mostraba nerviosismo. Yo, en cambio, pintaba monigotes y trazos sin sentido en el libro de texto, recolocaba la posición de los bolis en el tablero cada veinte segundos aproximadamente y volaba por cielos desconocidos. Ella ya lo había hecho «alguna vez», según sus propias palabras, por eso debía de estar tan relajada. De pronto, caprichos del destino, una frase de la profesora me arrojó de nuevo a la clase; creí que mis peores presagios se habían cumplido y que se estaba dedicando a explicar al resto de los alumnos lo mío:

—«Víctor vino a casa y me trajo un regalo». Este es un ejemplo de oración coordinada copulativa -se escucharon algunas risas y comentarios del estilo de «ya te digo, es totalmente copulativa»-. Son las que se unen con las conjunciones y locuciones coordinantes copulativas -y siguió leyendo de su libro otros tipos de frases que afortunadamente dejaron de tener que ver conmigo.

Ni a la salida del instituto, ni en casa, podía dejar de darle vueltas al fin de semana que me esperaba. Al día siguiente iba a dormir con Lía y, sin tiempo

para recuperarme de lo que pasara, el sábado, la inauguración. En el salón de casa estaban Patricia y Antonio Rebolludo, viendo una grabación de la famosa serie. Pensé fugazmente que Antonio estaba más guapo al natural, o acaso ni lo llegué a pensar, simplemente lo constaté. Mi hermana me hizo quedarme con ellos y me contó lo contenta que estaba porque la frase que le habían prometido en la serie se iba a convertir en todo un diálogo, y que, según cómo la vieran, podrían plantearse incorporarla como un nuevo personaje. No paraba de hablar. Antonio, entretanto, asentía, ratificaba sus palabras, sonreía, aconsejaba, la miraba encandila do... Tuve que recomponer la idea que me había hecho de él al verle en la serie, pues en absoluto era el típico guaperas chulángano. De hecho, fue él quien se dio cuenta de que yo, aunque lo intentase, era incapaz de prestar atención a mi hermana.

—Patricia, no sigas, que tu hermano parece que está en otro sitio -le dijo, y luego se dirigió a mí-. Víctor, perdóname la osadía, pero se te nota bastante preocupado. No nos conocemos mucho, pero si es algo en lo que te pueda ayudar.

Patricia me sonrió como diciendo: ¿has visto qué chico? Por un instante me pareció que Antonio estaba ensayando un papel, pero en seguida me di cuenta de que hablaba en serio. Me sorprendió y a la vez me agradó esa confianza que me mostraba. Pero yo no estaba preparado para confesarle todas mis zozobras aunque el cuerpo me lo pidiese, y menos con mi hermana delante. Así que me centré en el tema menos comprometido: la inauguración del local. Le mostré mi inquietud acerca de ese sábado, y de cómo saldrían las cosas después, y a medida que se lo iba contando, él iba asimilando lo que oía e iba planeando algo que sin duda cambiaría sustancialmente la inauguración:

—Víctor -me dijo, mientras negaba con la cabeza y con el movimiento de sus manos-. No te preocupes más por eso. Solo encárgate en estos dos días que te quedan de hacer correr la voz de que el sábado va a asistir Antonio Rebolludo a la inauguración.

—¡Hala! -intervino Patricia, poniendo voz a mis pensamientos.

Yo no sabía cómo agradecérselo. Esta era la segunda vez que le veía y me acababa de hacer un favor descomunal. Qué mejor carta de presentación para un Relaciones Públicas que traer a un actor conocido y con un tirón enorme con las chicas. Le repetía los agradecimientos y él no le daba tanta importancia.

—Eso sí, nos tenéis que invitar a alguna copa.

—A todas las que queráis -me faltó tiempo para decir.

—Que sepas, Víctor -me dijo Patricia-, que a Antonio normalmente le pagan por asistir a ese tipo de eventos.

—Si quieres, lo puedo hablar con Ton -dije yo.

—Ni lo sueñes -sentenció Antonio. Al cabo de un rato, cuando ya no encontré más maneras de agradecérselo, les dejé en el salón con su serie.

—Por cierto, Antonio -le dije antes de salir-. Lo bordaste en la escena esa en que le decías a la camarera que querías verla cagar.

Los dejé riéndose y me fui a mi cuarto. Necesitaba tumbarme un rato, intentar desacelerar mi mente y disfrutar de todo lo bueno que me esperaba. Pero no podía sentirme plenamente feliz aunque lo intentase. ¿Es que no iba a ser posible disfrutar de algo sin tener que pagar un precio a cambio? ¿Todo paraíso encerraba su condena? ¿Existiría algo de lo que se pudiese disfrutar sin más? Mi nerviosismo aumentaba en una progresión geométrica. Necesitaba hablar del tema y no sabía a quién recurrir. Lo más normal habría sido llamar a Lía, o incluso a alguno de mis amigos, pero no me atrevía. Así que después de darle mil vueltas, me dirigí al mueble donde guardaban mis padres las guías telefónicas. Saqué una de ellas y miré en las primeras páginas, en la sección de teléfonos de utilidad ciudadana: ambulancias, bomberos, po licía, Cruz Roja, defensa al consumidor, ayudas a discapacitados, oficinas de empleo... seguía avanzando y no veía nada de lo que buscaba; asociaciones empresariales, información sobre impuestos, inmigrantes y refugiados, ayudas a la empresa, hasta que llegué a la sección de jóvenes. Ahí estaba: información sexual. Grabé el número en la agenda del móvil y me fui al cuarto, no sin antes comprobar que Patricia y Antonio seguían sin intención de moverse del salón. También me daba vergüenza llamar, pero no tanta, al fin y al cabo para quien aten diese el teléfono yo era uno más de todos lo que llamarían a lo largo del día. ¿Pero esto serviría para algo? Ya era tarde para colgar. Me atendió una mujer y, con una voz serenamente alegre, me indicó dónde había llamado y, tras preguntar mi nombre, me instó a que le contase mi caso. Se lo expliqué con detalle, y después ella empezó a hablarme. Se notaba que sabía de lo que hablaba, y además lo hacía de una forma que te daba confianza.

—Ante todo, tienes que saber una cosa, Víctor. Lo que te pasa es algo mucho más frecuente de lo que te imaginas, aunque por esa tontería del machito quede mal comentarlo con los amigos. Vamos, que no pienses que eres más miedica por estar nervioso el día antes de tener tu primera relación sexual.

—No, si yo no...

—De hecho, Víctor, llamando aquí has mostrado cierto grado de valentía y madurez. Si te alivia, piensa que es algo que habéis decidido los dos, entiendo que de mutuo acuerdo y por mutuo deseo. Lo más importante es no crearte falsas expectativas: uno no es experto en nada a la primera. Así que salga como salga, no será un fracaso, sino el primer paso de un camino. Y en esto no hay un libro de instrucciones, porque cada pareja es un mundo.

—Claro, claro.

—Lo que sí tenéis que hacer estoqueteearos mucho, descubrir sensaciones, hablar sin tapujos de lo que os gusta, no hacer nada con prisa, jugar, porque esto no es más que un juego, con la peculiaridad de que en él ganan los dos participantes. Ya verás, cuando estés en el momento, qué fácil es todo, no tienes más que dejarte llevar por lo que sientas. Ten en cuenta que estamos hablando de un instinto, así que es algo más que un simple entretenimiento, es

algo que está en la naturaleza de cada uno de los animales, incluidos los humanos. Solo hay una cosa en la que tienes que mantener la cabeza fría: el uso del preservativo. Eso es innegociable: ya sabes, embarazos, SIDA, otras enfermedades... Aunque para ti sea un mundo los casi tres meses que llevas con ella, y aunque, como dices, sea la mujer de tu vida y de todas tus reencarnaciones, no sois de momento una pareja estable y ella ha tenido otras relaciones previamente.

—Tienes razón -concedí, aunque no del todo convencido de que no fuésemos una pareja estable.

—Para que no se te haga muy pesado esto, Víctor, quiero concluir diciéndote que no estás obligado a hacerlo mañana. Si crees que no estás preparado, puedes dejarlo para otro día, no pasa nada. Tienes diecisiete años, si algo te sobra ahora es tiempo. Si lo haces es para disfrutar.

Finalmente me aconsejó unas respiraciones especiales para relajarme y me dijo que si quería saber cualquier cosa más, que se lo preguntase.

—No -le dije, pero no pude evitar rematarlo-. Simplemente felicitarle por lo bien que hace usted su trabajo. Muchas gracias.

Cuando me separé el móvil de la mejilla, noté el sudor que se había formado entre ambos. Hice las respiraciones más o menos como ella me había dicho y recordé sus palabras varias veces. Pese a que no las tenía todas conmigo al llamar, no me quedó más remedio que reconocer que había funcionado. No es que hubiesen desaparecido por completo los nervios, pero me sentía capaz de controlarlos. Le mandé al momento un mensaje a Lía: «Me acuesto siempre con besos de menos. Este finde te los reclamaré todos».

El viernes, la noticia de que Antonio Rebolludo iba a asistir a la inauguración de El Lío se propagó como un incendio descontrolado. Fue decirlo a pri mera hora, y a la salida no hablarse de otra cosa. De buenas a primeras, me había convertido en el centro de todos los comentarios. Yo me limitaba a decir que le conocía y que era un tío genial, no quería desvelar su relación con mi hermana porque yo no era nadie para hacerlo. De camino a casa, Chechu, Fer y yo no pudimos dejar de hablar de El Lío. Iba a estar el sábado a reventar. Cada uno había llamado a gente que hacía bastante que no veía -yo eso no pude hacerlo, no iba a hacer venir a mis amigos de Aguilar, pero había compensado con lo de Antonio-, incluso Chechu nos contó que había llamado a su exnovia para que se pasase con las amigas.

—Los negocios son los negocios.

Llegamos al portal y Chechu siguió hacia su casa. Fer y yo ya estábamos dentro, cuando de pronto le dije que se me había olvidado comprar unas cosas que me habían encargado. Aunque me hice el despistado, era algo que llevaba planeando todo el camino. Fer se ofreció a acompañarme, pero le convencí de que no era necesario. Así que me dijo que me pasaba a buscar en un par de horas -habíamos quedado todos para dar los últimos re toques a El Lío y luego me mandó «a mamarla». Con el dinero que el día anterior le había pedido

prestado a mi hermana, compré un enorme y precioso ramo de flores -«Víctor vino a casa y me trajo un regalo», frase copulativa y después me dirigí a la farmacia, donde, aunque traté de pedirlos discretamente, todo el mundo se enteró de la marca de preservativos y del número de unidades de la caja que compré.

12

La tarde del viernes la pasamos en El Lío, entusiasmados con la inminencia de la inauguración. Allí acudió Ton, acompañado de Andy, su sombra, y de los que serían los camareros, un chico y una chica. Nos los presentó. Andarían por los veinti pocos años y me parecieron un poco iluminados de la vida, pero su trato era agradable. Tenían alguna experiencia en pubs y discotecas y serían ellos los encargados, a parte de servir las copas, de la logística del local: abrirlo y cerrarlo, hacer los pedidos a los proveedores, cuadrar la caja al final de la noche... Nos reunimos en la sala reservada de Ton. La puerta tenía cerradura y en un cartel se podía leer: PRIVADO. Constaba de un amplio sofá de tres cuerpos colocados en forma de U y una mesa en el centro. Acordamos entre todos que nuestras consumiciones, exclusivamente las nuestras, serían gratis, y que para invitar a alguien a una copa se tendría que haber tomado antes no menos de cuatro. Aunque el día de la inauguración podríamos estiramos un poco más con la gente, eso sí, dejándoles claro que por ser el primer día.

Así fuimos rematando flecos sueltos. Y mientras, al otro lado de los nuevos cristales de la entrada ya oscurecidos de por sí, la noche estaría comenzando a caer. Todos los detalles iban quedando meridianamente claros. Y yo estaba más transitan do esa noche incierta, llegando a la brumosa casa de Lía, que en el cómodo sofá del reservado. Ton nos preguntaba que si teníamos alguna duda más, pero nadie sabía ya qué preguntar. Se acercaba el acercamiento. Yo miraba a Lía y lanzaba una des controlada risa nerviosa, y tenía que acudir disimuladamente a las respiraciones para recuperar cierta tranquilidad. Antes de levantarnos, Ton nos pidió nuestras direcciones y teléfonos para tenernos localizados. Me resultó curioso escuchar de boca de Lía números que llevaba grabados en las yemas de mis dedos, y después la dirección: esa calle, en la que está ese portal, por el que se sube a ese piso en el que está esa puerta... Después Fernando le dijo su dirección y de paso la mía.

—La de Víctor es exactamente igual, solo que en vez del cuarto piso, pones el quinto.

—Muy cerca de donde vivís tengo yo un cliente. ¿Conocéis una discoteca que se llama La Sala? -a mí me sonaba, pero Fer, y el resto, enseguida asintieron, habían ido varias veces-. Es un cliente importante. Tengo allí siete trabajadores míos.

—¿Siete? -se extrañó Chechu-, pero si normalmente solo hay dos tíos en la puerta y otros dos dando vueltas por dentro.

Ton sonrió, Andy y los camareros también. Como siempre, nosotros éramos los últimos en enterarnos de las cosas.

—¡Qué pipiólos sois! -exclamó Ton-. Esto que os voy a contar no penséis

que lo voy contando por ahí. Es algo que en el mundillo de la noche se sabe, pero claro, vosotros acabáis de llegar a él. En algunas discotecas y en algunos pubs grandes tienen dos tipos de empleados de seguridad: primero están los legales, los contratados, a los que veis en la puerta y por dentro, vamos, los gorilas de toda la vida. Y luego están los invisibles, las sombras, o como se les quiera llamar. Son los que están fuera del local, al acecho, los no contratados, los que pasaban por ahí. Son más violentos y tienen menos escrúpulos que los de dentro.

—¿Y para qué sirven? -preguntó Nacho, casi sin dar crédito a lo que escuchaba de su primo.

—La jugada consiste en que si hay problemas con algún cliente, los oficialmente contratados, los legales, se limitan a echarlo a la calle, preferentemente por la puerta trasera. Y ahí, en la calle, fuera del ámbito del local y a ser posible lejos del mismo, es donde aparecen los invisibles y se ocupan de él. Así el local se limpia las manos.

—¡Joder! -exclamamos varios.

—La mayoría de las empresas de seguridad ofrecen los legales. Yo ofrezco ambos. Casi la mitad de mi plantilla cobra «en negro».

—Pero, ¿para qué quieren darle una paliza si ya les han echado del local? -preguntó Lía.

—Para evitar que la basura vuelva -respondió Ton.

En El Lío de momento no iba a haber seguridad, aunque Ton no lo descartaba si empezaba a haber jaleo. Pero si algún día, puntualmente, necesitabamos a alguien por alguna urgencia, no tendríamos más que llamar a Ton y él se encargaría de hacer llegar a varios gorilas casi inmediatamente. Me sentí protegido como aquellos que tienen un hermano mayor en el mismo colegio. Y esto fue de lo último que hablamos. Salimos del cuarto privado, Ton y Andy se fueron y nos quedamos brindando por el futuro éxito de El Lío con un chupito de una mezcla deliciosa que nos prepararon los camareros. Nada más apurar las últimas gotas, Lía y yo nos miramos y esa fue la señal.

Tomamos el camino de la casa de Lía. Y cuando estábamos cerca del portal, le dije que fuese subiendo ella, que yo tenía que ir a por unas cosas a mi casa.

—Tardo cero coma cero -y le di un beso.

A un paso más que ligero llegué a mi casa, cogí el ramo de flores, los preservativos y un disco compacto que le había regalado Nati a mi hermana y del que había oído una canción que realmente me gustaba. Me despedí de mis padres. Pensé que cuando pasase este fin de semana y me relajase un poco, debería agradecerles que me estuviesen permitiendo tantas cosas: no volver esa noche a dormir, implicarme en lo del local, salir más de lo que lo hacía en Aguilar... Siempre a regañadientes, pero finalmente accedían.

No me había llevado el inmenso ramo al local para evitar dar el cante, y resultó que lo di en el portal de Lía. Había reunión de la comunidad de vecinos y estaba repleto. Así que tuve que cruzar con la mayor naturalidad que pude fingir por el medio de una acalorada discusión sobre si aprobaban o

no un presupuesto. Pero me olvidé enseguida del apuro, lo que tardó Lía en abrirme la puerta. Ahí estaba su sonrisa, sus ojos azules como faros señalando el camino a seguir en la oscuridad, el agradecimiento en forma de interminable beso por el ramo. En la mesita del salón, sobre un mantel de plástico, había servilletas, cubiertos, vasos, botellas de distintos refrescos y un par de latas de cerveza.

—Siéntate -me dijo, señalando el sofá-, voy a ver si está preparada la pizza que tengo en el horno.

Tardé en darme cuenta de que la televisión estaba encendida: «Los primeros cien pedidos se llevarán además este magnífico cuchillo jamonero». Lía volvió al salón con la humeante pizza y pensé en la frase que nos dijera Andrés el día que le conocimos, que en Madrid lo teníamos todo para poder ser felices, que dependía más de nosotros que de la suerte. Estaba comiendo pizza con mi chica en el salón de su casa, hablando de El Lío, recordando cuando nos conocimos y cuando -me enteré ese día nos votamos mutuamente en la elección del delegado. No podía sentirme más feliz. Mi lugar en el mundo era aquel al que estuviese mirando Lía. Cuando terminamos de cenar, le ayudé a llevar las cosas a la cocina y le dije que quería poner una canción que había traído. Apagamos la tele y metió el disco en la cadena.

—¿Antonio Vega? -preguntó Lía, mirando la carátula-. Me suena.

—A mí también me sonaba antes, pero a partir de ahora voy a intentar pillar más cosas de él. Pon la número dos. Habla precisamente de dos personas que beben juntos el Elixir de Juventud, o sea, el amor. No es que sea la típica canción lenta para la ocasión, pero lo que dice es tan... no sé.

Lía pulsó el play: «Fue el día en que escuché su voz, seguí su eco hasta un rincón, y allí tomó la forma de canción». Los dos nos quedamos inmóviles, el uno frente al otro, envueltos en la magia de las palabras, de las guitarras y de la batería que acababa de arrancar: «Hoy no hay ley que pueda atarte a mí, por eso sueño junto a ti, pues nunca dices nada por decir. Es sensible y racional, yo me ocupo en descubrir toda su facilidad para entender me y sonreír». Abracé a Lía y ella hizo lo propio. Dos personas habitando un solo cuerpo que comenzaba a bailar. «Ella es mujer, niña, ella es mi chica, pues sin moverse me trae el levante y el sol; queriendo y sin darme cuenta, como un espejo reflejo su brillo y color». Estábamos recorriendo el camino que nos llevaba a nuestro mundo particular y ex elusivo, al otro lado de la realidad. «Y es que hoy, aun quedan ojos que mirar, no se oiga ni una queja más», eran las palabras que precedían al estribillo: «Del elixir de juventud bebimos juntos prometiéndonos la vida. Quién nos llamó, qué pudo ser, nos puso de la mano desde el primer día». Como siguiendo los dictados de la canción, nos pusimos a beber del elixir de juventud en los labios del otro. Todo lo demás se amortiguó, por no decir que desapareció, la música, el salón, el barrio, El Lío, la ciudad, nuestras vidas... Lo último que escuché fue: «Del elixir de juventud bebimos juntos prometiéndonos la vida. Quién nos llamó, qué pudo ser, de nuestro juramento juez el primer día».

Fundidos, más que abrazados, llegamos a su cuarto. Las palabras de la orientadora telefónica evitaron que me abalanzase sobre Lía. No había prisa, teníamos todo el tiempo, nadie nos perseguía. Mis labios se dedicaban a extraer todo el sabor de su cuello mientras ella me acariciaba la espalda por dentro de la camiseta con una suavidad que erizaba mi piel. Besos, sonrisas, caricias, todo era verdadero y a la vez fantástico, un cúmulo de sensaciones reales que te transportaban a un estado irreal. Nos dejamos caer en la cama, tumbados de lado, el uno frente al otro, besándonos con los ojos, mirándonos con la piel. Solo después de un buen rato comenzamos a quitarnos la ropa, el uno al otro, pausada y cuidadosamente como si estuviésemos retirando las gasas que protegen una herida. Dejé los pantalones justo al pie de la cama para tener los preservativos a mano. En un momento determinado, Lía se colocó sobre mí y comenzó a besarme con especial intensidad, luego se dirigió al lóbulo y siguió con el resto de mi oreja izquierda. De pronto entreabrílos ojos y frente a ellos, a apenas un palmo de distancia, había dos mariposas multicolores: una real y otra imaginaria. Justo encima de la mariposa tatuada de Lía se había posado una mariposa viva. Era majestuosa en su batir lento de alas. Aunque no veía sus ojos, me la imaginaba mirando a su congénere, con la cabecita inclinada hacia abajo. A ratos, se daba un vuelo sobre los rizos cobrizos de Lía, pero siempre regresaba al mismo punto. Lía pasó de mi oreja al cuello. La mariposa se posaba con una delicadeza exquisita y doblaba sus patas, casi tan finas como pelos, hasta que su cuerpo se apoyaba sobre la mariposa de tinta, como si se re costase en ella, como si ese fuese su lugar en el mundo. De nuevo volaba y de nuevo volvía, y cada nuevo acercamiento era más intenso, pero a la vez más desesperado. Quizá se iba dando cuenta, poco a poco, de que su amada mariposa estaba encerrada en una cárcel de piel de la que jamás podría salir. Por mucho que arrastrase su menudo abdomen sobre los colorines, por mucho que la observase desde todos los ángulos posibles, no podía llegar hasta ella, y cada nuevo vuelo se hacía más dramático. Finalmente, optó por abandonarla, y remontando sobre los remolinos cobrizos de Lía se perdió por la puerta. Yo extendí la mano hacia donde acababa de desaparecer y, viendo que no volvía, la bajé hasta las caderas de Lía que se movían con un ritmo lento y constante sobre mi cuerpo. Volví a cerrar los ojos y a ciegas saqué un preservativo del bolsillo. No estaba nada nervioso, nuestro amor no era imposible como el que acababa de presenciar.

No sonaron campanas, ni el cielo se llenó de fuegos artificiales ni de relámpagos, ni se paró el mundo, ni la luna brilló con especial intensidad, pero eso sí, fue una noche inolvidable. La torpeza, la impericia, incluso la ineptitud en algunos momentos, no fueron capaces de eclipsar la pasión que sustentó cada uno de nuestros movimientos. Me desperté al día siguiente antes que Lía, y no pude dejar de mirarla con una sonrisa encantada, entre las sábanas que mantenían entremezclado el calor de nuestros cuerpos. La luz de la mañana entraba en la habitación encendiendo sus cabellos, los rizos caían por la



almohada como una cascada de fuego.

13

Sonó en mi móvil el aviso de la llegada de un mensaje. Lía se desperezó en la cama y abrió los ojos. Era mi hermana, que a ver a qué hora que dábamos esa tarde y que también iban a venir Nati y Andrés. El mensaje al mismo tiempo sirvió para despertar a Lía y para devolverme a la realidad que había abandonado: la inauguración de El Lío estaba a la vuelta de la esquina. Lía me miró. En sus ojos había restos de sueño. Luego se alzó un poco sobre el colchón para llegar a la altura del espejo.

—¡Qué cara de terrorista tengo!

Me dedicó su mejor sonrisa y, señalando a mi móvil, me preguntó que quién era. Me costó responder, porque verla de nuevo despierta, en movimiento, articulando palabras, era la confirmación definitiva de que Lía existía. Nada de lo que había sucedido, por increíble que me pareciese, era fruto de mi imaginación.

—Era mi hermana, para ver cuándo quedamos con ellos. ¿Te apetece venir esta tarde a mi casa y ya vamos todos para allá?

—¿Van a estar tus padres?

—Me imagino que sí.

—Es que no me apetece ir.

—Venga, Lía, ¿qué va a pasar?

—Ya, pero a mí me corta, no sé -se detuvo y por el gesto que puso deduje que iba a soltar alguna burrada-, ahí delante de ellos pensando: esta noche me he tirado a vuestro hijo -Lía esperó a que me riese para reírse, y las carcajadas retumbaron en la habitación.

Me costó trabajo convencerla, y no es que acabase yendo de muy buena gana, pero una vez allí, no sé si fingiendo o no, sonrió y habló con todos como si se encontrase a gusto. Patricia, Antonio y Nati se mostraban encantados de conocerla y a mis padres y a Andrés, siempre más contenidos que los otros, no pareció caerles mal. Además, habíamos llegado a mi casa con la hora bastante justa para no tener que estar mucho tiempo allí. Chechu y Fer no venían con nosotros esta vez. Habían ido antes a El Lío, junto con Nacho y Luismi, por pura impaciencia, a pesar de que los camareros les habían dicho que no había absolutamente nada que hacer. Salimos los seis de casa y las chicas bajaron en el ascensor. Lía a solas con Patricia y con Nati, cinco largos pisos... Nosotros bajamos andando. Era el primer momento del día que nos separábamos más de dos metros. Cuando llegamos abajo, yo en cabeza con unos cuantos escalones de ventaja sobre Antonio y Andrés, estaban las tres hablando como si tal cosa. Salimos a la calle y por primera vez desde que llegara a Madrid tuve la agradable y algo ilusoria sensación de que los Merino nos habíamos

afianzado en la capital como una especie de clan dentro del cual empezaba a sentirme cómodo y protegido.

Nunca había ido por la calle con un famoso y desde luego era una situación un tanto desagradable. Hay gente paranoica que se siente perseguida, observada, vigilada. En el caso de Antonio no era una paranoia. Aunque muchos viandantes ni se enteraban, otros tantos -principalmente otras tantas- sí. En el corto trayecto que separaba mi casa de El Lío pude observar distintas reacciones en la gente: murmurar, silbarle, volverse, darse codazos para avisarse entre sí, piropearle, llamarle por el nombre de su personaje en la serie... Antonio debía tener una paciencia a prueba de bombas. Patricia, mientras tanto, iba a su lado más ancha que larga. Le encantaba que la mirasen, aunque en este caso fuese de rebote por Antonio. Intuyo que iría pensando: algún día seré yo la que acapararé todas las miradas, o alguna chorrada similar made in Patricia.

Llegamos a El Lío y dentro estaban todos: Luismi, Nacho, Chechu, Fer, Ton, Andy, la camarera y el camarero tras la barra, y un par de grupos de clientes tempraneros. La música estaba bastante alta, pero la calidad del sonido era impecable. Debía de ser un buen equipo de música el que se llevaron del local del cliente moroso. Nos juntamos todos e hice las oportunas presentaciones. Como si tuviesen un lenguaje especial o conversaciones a las que no pudiésemos llegar nosotros, los mayores se juntaron entre sí. Entre nosotros, el equipo completo de Relaciones Públicas de El Lío -qué bien sonaba se percibía ilusión y nerviosismo a partes iguales. Nos situamos al fondo, junto a la mampara de vidrio que protegía la mesa de mezclas. Era el primer día, aunque para mí fuese el segundo primer día.

De que El Lío iba a estar hasta la bandera en la inauguración, ya no le quedaban dudas a nadie. Te despistabas un momento, volvías a mirar hacia el local y la gente se había multiplicado. Al principio era más o menos controlable: se acercaban los amigos -clientes-, nos saludaban y les despachábamos con un simple «ahora nos vemos», pero luego vino Ton y nos dijo que más que Relaciones Públicas parecíamos Relaciones Privadas. Tenía razón, a que esperábamos para mezclarnos con la gente. Sin que se notase mucho que actuábamos según la disposición de Ton, nos fuimos diseminando por el local. Como yo había sido el último en llegar al grupo de amigos, y por tanto el último en conocer a la gente del local, pensé que me iba a costar más relacionarme. Pero solo fue en los primeros instantes. La idea se esfumó de mi cabeza en un suspiro y antes de darme cuenta ya estaba en el centro de un grupo charlando como si les conociese desde la incubadora. Al cabo de un rato otra duda me asaltó: ¿y si tanto buen rollo solo era para que les invitase a algo? No, qué va, se notaba que no. Mis bromas hacían gracia, mis anécdotas interesaban, todo cuanto decía era escuchado con atención... En el transcurso de la noche me fui sintiendo más seguro de mí mismo, capaz de cosas que ni imaginaba en mí. Quizá estuviese influido subliminalmente por Ton, pero me veía en una posición de cierta superioridad con respecto a los simples clientes,

un peldaño por encima de ellos, al menos dentro de El Lío. No es que fuese del todo consciente de ello, simplemente veía sus resultados en mi forma de actuar. De vez en cuando Antonio se acercaba a mí y saludaba a los que estuviesen conmigo en ese momento. El sí que era un buen Relaciones Públicas, aunque bien es cierto que siendo guapo y famoso partía con una ventaja importante sobre nosotros. La primera vez que se había acercado, antes de volver con Patricia y los demás, me pasó la mano sobre el hombro:

—Gracias, Antonio -fue lo único que se me ocurrió decirle.

—Otro en tu lugar, Víctor, no se habría despegado de mí en toda la noche -me dijo-. Pero tampoco dejes que nadie se equivoque. La gente tiene que saber quién es el que me ha traído aquí.

—¡Eso es!, que se note -me reafirmé yo, mientras le llevaba a la barra para invitarle a una copa-. Que nos vean bien. Antonio Rebolludo está aquí por un servidor.

A veces nos encontrábamos entre los Relaciones, pero siempre teníamos que procurar no estar más de dos en un mismo grupo. Esa era la regla general que nos habíamos impuesto, pero la mía particular con Lía era la de no coincidir en el mismo grupo. La propuso ella, y cuando yo mostré mis dudas, ella me explicó:

—Para desenvolverte bien con la gente, tienes que contar con cierta independencia -me encantaba que fuese independiente, sí, pero cada vez que salía la dichosa palabra de su boca era para convencerme de aceptar algo que no era de mi agrado-, y con tu novio o con tu novia escuchándote no estás igual de a gusto -y lo decía así, como si nada-. Ten en cuenta que vamos a estar en la misma clase entre semana y en el mismo local los fines de semana.

—Pues casi como hasta ahora.

—Ya, pero no es lo mismo.

Total, que o era así o no era, así que solo me quedaba decirle: amén. De todas formas, alguna vez me hice el despistado y aparecí por el grupo en que estaba Lía. La única frase que llegué a escuchar de su conversación, esa que tan incómoda podía resultar si estaba yo delante, fue:

—Sí, se llama El Lío por mí.

—El nombre se me ocurrió a mí -intervine, y Lía me hizo un gesto fugaz, invisible para el resto, para que cumpliese el pacto, su pacto.

En un momento en que la camarera se acercó a pinchar, llegué hasta su posición y le dije:

—Ponme Elixir de Juventud.

—No conozco esa bebida, ¿qué lleva? -me dijo.

Yo tuve que reírme. Le iba a responder que solo lleva amor, pero no quería que malinterpretase mis palabras y creyese que estaba ligando con ella.

—No es una bebida, es una canción, de Antonio Vega.

—No creo que esa canción esté aquí.

—Sí está, la he traído yo. Está en esa columna de la izquierda.

—Pero esa música no pega con la que llevamos poniendo toda la noche.

Era uno de los pocos inconvenientes de El Lío. En el antiguo local la habría puesto directamente sin consultar a nadie. Según nos había dicho Ton días antes, aquí podíamos proponer toda la música que quisiéramos, podíamos traer los discos que nos diese la gana, de hecho no era solo que pudiésemos, sino que debíamos hacerlo porque El Lío éramos nosotros. Palabras, palabras. Me di cuenta entonces. Si nosotros no podíamos pinchar, nuestra música siempre acabaría pasando por la criba de quien en ese momento estuviese poniendo los discos. Me acerqué a Ton con la intención de decirle que no habían querido poner una canción que había pedido, pero cuando llegué a su altura decidí no contárselo. Al fin y al cabo, no era más que una tontería. Estaba junto a él y Ton ni siquiera se daba cuenta de mi presencia. Permanecía quieto, absorto, contemplando el local. En sus ojos se podía leer perfectamente su único pensamiento.

El pobre Andrés estaba bastante desubicado. Entre que mi tía Nati se perdía por ahí y se ponía a hablar con quien fuese y que Patricia y Antonio eran la pareja más solicitada del local, había veces que se le veía solo con su habitual refresco verde. Quizá mirase a los clientes del local y pensase: ¿habrá alguien en el futuro que se interese por la Filosofía, y por la Historia del Pensamiento? Varias veces pensé en acercarme a él para darle las gracias por haber venido a pesar de que no le gustasen nada los saraos, pero siempre se me cruzaba alguien con un comentario halagador de El Lío, o una chica que quería conocerme, y al final me olvidaba de Andrés. Hablé un poco con él cuando se marchó junto con Nati, Patricia y Antonio, que estaba verdaderamente asediado, pues las copas iban haciendo algo de efecto y las chicas que al principio se conformaban con mirarle o saludarle brevemente, luego se lo comían a besos, le pedían autógrafos para ellas, para las amigas que no habían podido venir, para sus madres, para sus primas, hasta para «la de la tienda de chuches, que está loquita por tus huesos». Yo los acompañé fuera para poder despedirlos mejor.

—¿Qué os ha parecido? -les pregunté.

—Está muy chulo, sí, sí -opinó Nati.

—El que se pasa de sobrao es ese tal Ton -me dijo Patricia-. Me he ido a despedir de él, por simple educación, y va y me dice: «esta noche no, que vienes acompañada, pero que sepas que en mi reservado siempre habrá un sitio para ti». Mira, no le he mandado a la mierda porque estaba en su negocio y nos ha estado invitando toda la noche, que si no...

Antonio parecía conocer ya lo que acababa de contar Patricia y no le daba mayor importancia.

—Ese sujeto -intervino Andrés está desprovisto del mínimo sentido moral. Su código de conducta, el prisma que hay entre sus ojos y el mundo, es un billete.

Todos apoyamos la opinión de Andrés -incluso Patricia, sin haberla entendido-, que era la misma que tenían todos acerca de Ton, hasta el propio

Ton. Cuando sí salí al paso fue cuando me aconsejaron que en lo posible me mantuviese lejos de él.

—Pero vosotros pensadlo -les contesté-. Será todo lo fanfarrón y prepotente que queráis, pero ha confiado en nosotros. ¿Que le gusta el dinero? Claro, a mí también. Además, ahora él es nuestro jefe y si tenemos algún problema con alguien, no hay más que llamarle y enseguida nos manda a algunos de sus esbirros para protegernos. En este punto salió Lía.

—¿Ya os vais? -les preguntó con una sonrisa inventada para atraer clientes.

Le dijeron que sí, pero que a ver si volvían a verla pronto.

—Cuando queráis -dijo Lía-. Ya sabéis donde estamos -y se giró, señalando el letrero de EL LIO.

—¿Habéis visto lo en serio que se ha tomado su trabajo? -bromeé yo.

—Ah, Antonio -añadió Lía-. Recuerda lo del póster.

Antonio asintió y nos despedimos.

—¿El póster? -le pregunté a Lía. Lía me guiñó un ojo.

—Va a traer un póster suyo dedicado para ponerlo en El Lío.

Volvimos dentro. Fer estaba algo molesto, pues Ton se había metido en la sala privada con la chica a la que llevaba tirando los tejos varios días. Miramos hacia allí y vimos a Andy, con sus hercúleos brazos cruzados, plantado a la entrada del pasillo. Traté de consolar a Fer, pero enseguida me di cuenta de que tampoco es que estuviese realmente afectado, así que lo que hicimos fue echarle el ojo a otra candidata, a la que no tardó en acercarse. Che chu y Luismi, acodados en la barra, paliqueaban más que amigablemente con sendas amigas. Cada vez que les miraba, estaban un poco más cerca de ellas, o cogiéndoles del brazo, o retirándoles el pelo de la cara... A las trincheras, el ataque era inminente. Al que más me costó encontrar fue a Nacho. Le reconocí por lo único que se veía de él: el flequillolo y las manos, pegadas como dos ventosas al culo de una chica que le había acorralado entre el futbolín y la máquina. Ninguna noche habían echo pleno, es decir, que nunca habían pillado todos a la vez, en realidad lo difícil era que pillase alguno. El día de la inauguración fue el primero y no sería el último. Hasta Fer, que había entrado tarde a la candidata después de que Ton le trastocase los planes, triunfó. Porque teníamos la moral a alturas de vertigo, por el simple hecho de ser Relaciones Públicas, o por alguna conjunción rara de los astros... el caso era que la inauguración de El Lío había sido un éxito rotundo en todo: la gente acudió en tropel, pillaron todos mis amigos -yo ya venía pillado de casa y, por el dinero que nos repartieron, la caja debía haber echado humo pese a las invitaciones. Por poner alguna pequeña pega: que no me pusieron Elixir de Juventud y que apenas estuve con Lía.

14

Eran días de locura colectiva. Los reyes del mambo, al lado de nosotros, unos simples aficionados. Cada fin de semana nos divertíamos más en El Lío y para colmo nos pagaban por hacerlo. Lo que más trabajo costaba era recordar los nombres de toda la gente nueva que íbamos conociendo. Por la cantidad de saludos que recibía, no solo en El Lío sino también en el instituto o en la propia calle, parecía que llevase en Madrid toda mi vida y que no me hubiese dedicado a otra cosa que a conocer gente. El póster dedicado de Antonio no tardó en llegar: Para todos los Liantes con mi cariño más sincero, Antonio Rebolludo. Lo colgamos en uno de los lugares más visibles: la pared de detrás de la barra. Ton -sobra decir que junto con Andy vino los cuatro días siguientes a la inauguración y los tres primeros terminó en el cuarto privado en compañía femenina. No solo era un auténtico depredador con el dinero, con la chicas tampoco se quedaba corto. El cuarto día también terminó en el reservado, esta vez con nosotros. Nos dijo que como veía que el local marchaba bien, a partir de entonces vendría ocasionalmente. Nos volvió a dar un discurso de los suyos para motivarnos, que se resumía en: con dinero, todo bien; sin dinero, todo mal. Yo pensé que ya nada me podría motivar más, pero realmente lo consiguió al hablarnos de que si el negocio seguía más o menos a los niveles de esos días, no tendría ningún inconveniente en invertir en otro y que de nuevo fuésemos nosotros los que lo llevásemos. Era insaciable, el tío. Además, era único a la hora de tenernos trabajando con la zanahoria inalcanzable delante de los ojos. En este caso la zanahoria era un sobre con billetes dentro, y cuanto más trabajásemos, más gordo podía ser el sobre.

—Eso sí, de momento no os hagáis pajas mentales. Llevamos solamente cuatro días, esto no ha hecho más que comenzar. Y los negocios pueden ir para arriba, mantenerse o caer. Yo tengo el honor de poder decir que todos los negocios en que me he metido han ido para arriba. Pero ojo, eso no garantiza nada. De buenas a primeras puede empezar a dejar de venir la gente y como se vacíe, luego no hay un dios que lo llene. De todas formas, aunque no venga, voy a estar diariamente al tanto de la caja que se haga para, en caso de que tome una tendencia constantemente negativa, tomar medidas drásticas -esto último sonó casi a amenaza, aunque a nosotros no nos preocupó, nos sentíamos capaces de sostener este local y los que hiciesen falta.

Antes de despedirse, nos pidió un favor: que si alguno de nosotros podía llevarle un sobre a un cliente suyo.

— Tenía pensado haberlo llevado al salir de aquí -se miró el reloj-, pero se me ha echado la hora encima y tengo una reunión bastante importante. Como veis, los mejores negocios se cierran a partir de medianoche.

Nos ofrecimos todos y Ton miró a Lía. Entonces me levanté y casi impuse

que lo llevaría yo. Ton sonrió y me dio un sobre con una dirección. Luego rebuscó en su cartera y me dio dos billetes «para el taxi». Miré el sobre con recelo. No me había parado a pensar que podía tratarse de algo con lo que no conviniese que te pillasen encima, y Ton, que se dio cuenta, me dijo:

—No te asustes, que es un contrato. Ábrelo si quieres -me lo metí en un bolsillo-. Cuando llegues a la puerta, le dices a los porteros que vienes de mi parte para entregarle este sobre a Alicia. Alicia es la dueña. Ya verás qué cañón de tía. Me hubiese gustado ir a llevárselo yo, con más tiempo, personalmente -nos guiñó un ojo-, ya sabéis. Pero también conocéis mis prioridades, y entre un buen negocio y una buena mujer, está claro quién tiene que esperar.

Me despedí del grupo en el local, y de Ton y de Andy en la calle. Comencé a andar en dirección a la plaza del metro, que era donde calculaba que más taxis pasarían. Varias veces me sentí tentado de abrir el sobre y varias veces me frené, hasta que no pude aguantar más, me quemaba en el bolsillo, y busqué una solución intermedia. Despegué solo una esquina y dentro pude leer en un papel:... reconociéndose ambas partes capacidad y legitimación suficientes para la celebración del presente contrato de prestación de servicios... Más tranquilo, seguí caminando. Un grupo de chicas se cruzaron conmigo y me saludaron. Yo me giré hacia ellas y cuando vi varios rostros conocidos, correspondí.

—¿Dónde irás, alma perdida? -me dijo una, que creía recordar que se llamaba Inés.

—Si te lo contase, tendría que matarte -le dije con voz de tipo duro de película de espías.

Reanudé el camino y llegué hasta la plaza. Al ver el rombo iluminado con la palabra METRO en su interior, se me ocurrió una idea: ¿Y si en vez de ir en taxi, cogía el metro y me quedaba con el dinero? Ni siquiera me paré a pensarlo. Bajé las escaleras y pasé el billete de diez viajes que tenía sin usar desde que llegara a Madrid. Apenas usaba el transporte público, pues no salía del barrio. Llegué al andén. El metro tardó unos minutos en llegar. Cuando se abrieron las puertas, entró junto a mí un hombre en quien no había reparado hasta que una vez dentro comenzó a hablar en voz alta:

—Buenas noches tengan ustedes, señores pasajeros, y ante todo disculpen las molestias. Me encuentro en una situación a la que jamás pensé que iba a llegar. No les aburriré con mi historia, simplemente están presenciando el desenlace. Tampoco quiero adornar mi súplica con una voz susurrada al borde del llanto, mientras bajo la vista y alargo la mano esperando notar en la palma el contacto de una moneda, no. Yo también he ido a clase y luego a trabajar, a mí también me han pedido limosna y a veces he tenido que encoger el gesto ante la fetidez de algún mendigo que olía más a muerto que a vivo. Pero ahora soy yo el que entra al vagón, el que carraspea para empezar a pedir que colaboren desinteresadamente con él, siempre en la medida de sus posibilidades. Que tengan un feliz día y reitero mis disculpas por las

molestias. Ah, no se admiten billetes, talones, tarjetas de crédito, transferencias ni stock options. Muchas gracias.

Me quedé asombrado por cómo había expuesto su petición. Parecía un hombre preparado, formado, serio, y me impresionó que alguien así tuviese que estar pidiendo en el metro a esas horas. Le di una moneda, la más pequeña que encontré en el bolsillo.

—Muchas gracias -me dijo, mirándome a los ojos con una franqueza que me subyugó.

Y avanzó por el vagón, con gran dignidad, acercándose a cada persona a una distancia prudencial para no violentar. Varios le dieron algo. Nada más abrirse las puertas en la estación, salió disparado al vagón siguiente. No me lo pude sacar de la cabeza hasta que, de nuevo en el exterior, tuve que utilizarla para otra cosa: encontrar la calle de la discoteca. Estaba cerca. En la acera había una cola larga de gente esperando para entrar y yo me acerqué por un lateral hasta la puerta. Los porteros, con esa cara de mala leche que deben traer de serie, me vieron acercarme y ya me iban a detener cuando les expliqué el motivo de mi visita. Entonces intentaron sonreír, aunque no les salió bien por la falta de costumbre, y me dejaron pasar. Se oyeron entre los que esperaban algunos gritos quejándose de que me hubiese colado. Uno de los vigilantes me acompañó por dentro de la discoteca. Estaba repleta de gente y la música era de la que te retumbaba por dentro. Llegamos a una puerta. El cachas sacó una llave y la abrió. Dentro había un largo pasillo por el que se iba amortiguando la música según avanzábamos. Al fondo había otra puerta. Mi acompañante llamó y una voz de mujer desde dentro dijo: «adelante». Entramos a una estancia que era mitad oficina: con su mesa, su ordenador y sus estanterías llenas de archivadores; y mitad reservado, con un sofá enorme y una mesa baja en la que solo había dos vasos vacíos y una botella llena. Alicia estaba recostada, con una pose muy sugerente que cambió en el instante en que me vio entrar. Ton tenía razón. Pese a que rondaría los treinta años, era una mujer impresionante. No pudo disimular su decepción cuando se enteró de que Ton no había podido venir. Recogió el sobre de mala gana y le dijo al gorila que se llevase uno de los vasos.

Me despedí de los porteros de la discoteca y me dieron recuerdos para Ton. Antes de volver, me di una vuelta a la manzana para ver si conseguía ver a los invisibles, por curiosidad, pero no vi nada. Quizá esa discoteca no tuviese, o quizá estuviesen bien escondidos. Anduve hasta la boca del metro y ya había empezado a bajar las escaleras cuando algo me detuvo. Me quedé con un pie en un escalón y otro en el siguiente. No quería encontrarme de nuevo con el señor que estaba pidiendo. No era que él me desagradase, en absoluto, lo que me provocaba cierto rechazo era que los dos nos encontrásemos en el mismo vagón por el mismo motivo: el dinero. Hice un amago de subir para coger un taxi, pero al final me dije que era casi imposible volver a encontrármelo y que las pelas me venían de lujo.

Llegué al local y lo contemplé unos segundos desde fuera como quien

observa un dibujo después de haberlo terminado. Sobre la fachada, lucían eléctricas las cinco letras de EL LIO. Y más abajo, los cristales a medio empañar dejaban entrever un mar de cabezas oscuro y vivo. La gente bailaba, consumía, jugaba, charlaba, iba y venía... No pude evitar sentirme orgulloso. Entré sabiéndome observado, y lo atravesé hasta el fondo. Como había tardado más de lo esperado -no les dije a estos que había ido y vuelto en metro-, y como además les confirmé que Alicia estaba de muerte, la broma estaba servida, y se pasaron lo que quedaba de noche preguntando me qué había hecho con ella.

15

Los fines de semana se sucedían casi sin darnos cuenta y el negocio se mantenía al máximo nivel. La caja echaba chispas y nuestros sobres venían bien surtidos. No solo nos venía bien el trabajo por ganar pasta, sino también por no gastarla. Teníamos consumiciones gratis, máquina de dardos gratis, futbolín gratis, máquina de pantalla táctil gratis. Quién podía pedir más. Así que cada fin de semana se llenaba un poco más la caja donde guardaba mis ahorros. De vez en cuando, me permitía algún capricho: una pequeña tele para mi cuarto, ropa de marca, un móvil de los mejores... Como el mío estaba casi nuevo, se lo vendí a uno de nuestros clientes casi por lo que lo había comprado. Sin darme cuenta, comenzaba a entender la filosofía de Ton y cada vez me parecía menos descabellada.

Tema aparte era el de ligar. Me había llegado el momento de arrasar cuando ya no podía hacerlo. De vez en cuando alguna chica me ponía a prueba, como aquella que me propuso que la acompañase al servicio de chicas porque no sabía llegar sola; o la que un día me empezó a hablar de que todos se habían dado cuenta de lo mal que estaba mi relación con Lía y que con «alguna otra» estaría mucho mejor; o la que me arrebató mi móvil y se llamó a sí misma para tener mi número, que me estuvo dando la plasta unos días con mensajitos, pero desistió al no recibir respuesta alguna. Se puede decir que las iba superando, pero cada prueba dejaba en mí un sedimento de malestar, un murmullo en la cabeza que me repetía: ¿y si...? Otras veces era yo mismo el que me ponía a prueba, y jugaba a seducir a alguna chica, a hablar con ella como si Lía no estuviese en el mismo local que yo, como si ni siquiera tuviese novia. Aunque a priori no tenía intención de llegar a nada con ellas, el juego no dejaba de ser peligroso y a la vez apasionante. Como caminar por el borde de un precipicio, sabes que no tienes que estar allí, sabes que lo único que puedes desencadenar es una catástrofe, pero aun así, el abismo te llama. Al final siempre encontraba el camino de vuelta, sano y salvo, y conseguía dejar en la chica tanta confusión como la que yo me llevaba. Sí, a ratos sentía una punzada de envidia de mis amigos, libres para llevar la seducción hasta sus últimas consecuencias. Su frecuencia de rollos había aumentado exponencialmente, aunque no fuese algo diario. El que parecía a punto de caer con una chica era Chechu. Ya se había liado con ella tres noches seguidas, desoyendo los consejos que todos le dábamos.

—Te vas a arrepentir -le decía.

—¿Te arrepientes tú de estar con Lía? Mira, que voy y se lo cuento.

Yo sonreía, incluso me llegaba a reír, y mi risa sofocaba pensamientos a los que no quería o no me atrevía a llegar. Aunque lo tratase de esconder era cierto lo que me había dicho esa chica: llevaba días en que mi relación con

Lía titubeaba, se resentía de algo imperceptible, pero apartaba las dudas de un manotazo y me iba a hablar con cualquiera para desconectar. El Maracas era de los mejores que podía encontrar para eso. Estaba bastante pasado de vueltas. El día que le conocí me contó cómo engañar a la compañía telefónica.

—Que sí, Víctor, tío, hazme caso -siempre hablaba como si estuviese atacado de los nervios, como si en ese momento estuviese recibiendo una descarga eléctrica—. Mira, por ejemplo, a las once de la mañana tienes que llamar a alguien, ¿no?, y hasta las cuatro no empieza tu hora buena, eh, Víctor, tu hora de llamar más barato, ¿vale? Pues cambias la hora en el móvil y ya está. Si es que la gente no piensa.

Era inútil discutir con él, simplemente había que escucharle. Te contaba unas anécdotas que nunca sabías si le habían pasado realmente o si eran producto de su mente descabalgada. Empecé a creer sus historias el día que se quitó la camiseta en medio de El Lío y me enseñó un piercing en el ombligo y luego se dio la vuelta y vi que tenía tatuado el nombre de NURIA en la parte superior de la espalda, de hombro a hombro. Sin dejarme tiempo a preguntar, me empezó a contar que la semana pasada había ido con unos colegas y con la tienda de campaña a cuestas a un macroconcierto que había durado de viernes a domingo. Por lo visto, había distintos escenarios y grupos tocando, barras por todos los lados y puestos de todo tipo.

—¡Qué fuerte!, tío, Víctor, tío. Iba yo con un pedo de esos que no te tienes. Pin, pan, pun. De acá palla y voy, tío, y me pierdo de los colegas. Buffff. Allí, Víctor. No tenía un sitio mejor para perderme que un recinto inmenso con, yo que sé, cien mil millones de personas. Y estaba yo en un estado como para encontrar nuestra tienda. ¡Si eran todas iguales! Pero allí hay gente muy enrollada, sí, tío, y me junté con unos, con otros, y seguí soplando pero a lo bestia, no te puedes hacer una idea. Allí rulaban litros, petas, pirulas... yo que sé. ¡Qué fuerte! Total, que me despertaron al día siguiente unos tíos que no conocía de nada porque querían desmontar la tienda, su tienda, claro, en la que me había quedado dormido. Me levanté a duras penas. Me dolía todo el cuerpo así que no me fijé en ninguna parte en especial, pero cuando llegué a mi casa y me metí en la ducha, lo ñipé -se señaló el piercing del ombligo y el tatuaje de la espalda-. ¿De dónde había salido esto? ¿Y quién cono era Nuria? ¡Qué caña tío! Ahora no sé, tendré buscar solo pibas que se llamen Nuria, por que si no, ya me cuentas tú el plan.

Desde luego, era difícil pensar en otra cosa después de hablar con El Maracas. Y así pasaba las noches. Buscando palabras de otros para no escuchar las mías. Y si, me reía mucho, quizá mas que nunca, aprendía un montón de cosas, conocía cantidad de gente y en la caja de mis ahorros había más billetes que nunca. Pero en el fondo, sabía que algo no estaba en su sitio. En un momento dado había tomado algún desvío equivocado y no sabía cuándo ni qué hacer para volver al camino original. Paradójicamente, por un lado me sentía infinitamente más seguro de mí mismo: no tenía más que mirar a la gente para recibir saludos, choques de manos y algún guiño; en el

instituto, aunque esté mal decirlo, éramos los reyes. Pero era una seguridad fácilmente desmontable, bastaba que cruzase frente a mis ojos Lía, para resquebrajarse. Llevábamos varios días en un proceso de lento e invisible enfriamiento, como si tuviésemos tantas cosas en qué pensar que no pudiésemos pensar el uno en el otro.

En clase hablaba con ella como podía hablar con cualquiera de estos. Y ninguna tarde nos quedaba mos después del instituto para, como antes, tomar algo y decirnos tonterías, sino que cada uno tomaba el camino hacia su casa. A veces nos despedíamos con un beso y otras ni siquiera. Y lo peor es que ninguno de los dos proponía nada para cambiar. Era como un pacto amistoso de mutuo alejamiento. De nuevo volvía cada tarde a casa con Fer y con Chechu. Me fastidiaba no estar aprovechando el dinero que ganábamos en irnos al cine, o a algún concierto, o a donde quisiésemos. Llevábamos tiempo sin intercambiar siquiera mensajes por el móvil. La tarde en que Patricia, exultante, me dijo que ya había grabado el diálogo para la serie y que según todos le había salido fenomenal, no pude ni alegrarme pese a que hice un gran esfuerzo. De todas formas, ella siguió hablando como si la hubiese respondido emocionado. Patricia no se enteraba de nada, solo tenía ojos para ella misma, y un poquito para Antonio. Me encerré en mi cuarto rendido a la evidencia: no había voces suficientes en el mundo para acallar la mía. Me dediqué a conciencia a examinar la situación, pero solo tenía mi punto de vista, me faltaba el suyo, con lo que todo razonamiento quedaría cojo. Aun así, seguí con la tarea de al menos entender mi parte. Empecé por lo básico, con una pregunta que aunque hasta entonces la consideraba obvia, quizá no lo fuese tanto. ¿Estaba aun enamorado de Lía? Si dudaba, era que no lo estaba; pero, claro, si sufría, era que sí lo estaba. Recorrí unas cuantas veces el mismo círculo vicioso para llegar a la absurda conclusión de que estaba y a la vez no estaba enamorado de ella. Ya podían inventar algún aparato que en unos minutos te lo confirmase; podía ser como un termómetro que te colocases en la axila, o como un alcoholímetro por cuyo pitorro hubiese que soplar, o incluso como un test de embarazo, que tuvieses que mear sobre una tira de plástico. Fuese como fuese, me lo habría comprado con los ojos cerrados. Pero no existía, y me resultaba difícil decantarme. Aunque las últimas evidencias apuntaban a que no debía de estar tan enamorado, algo en mí se resistía a pensarlo. Si no sintiese algo por ella, por qué seguía dándole vueltas al mismo enigma, por qué sentía un ahogo solo con imaginarla lejos de mí.

Si hubiese sabido lo poco que duraban los momentos de felicidad plena, los habría exprimido al máximo. Uno de mis errores había sido pensar en el amor como en una pelota rodando por una cuesta, que solo había que dejarla caer y ya no paraba. Debería haber entendido que más que una pelota era un ladrillo, que no se mueve a menos que seas tú quien lo empujes. No hay inercia que valga con esto. Pero no me di cuenta. Dejé el ladrillo en la cuesta y cerré los ojos, convencido de que seguiría su camino. Pero allí se quedó, quieto, en medio de la cuesta. También hasta entonces creía que las relaciones se

estropeaban por cosas concretas: discusiones constantes, infidelidades, malos tratos, celos... Por eso me resultaba tan difícil entender lo que nos estaba pasando.

Una de las tardes, cuando volvíamos del instituto, Fer me preguntó lo que quizá todos, incluido yo, querían saber:

—Víctor, ¿Lía y tú seguís juntos?

Yo suspiré y me encogí de hombros. Ni Fer ni Chechu insistieron. No es que no quisiese decírselo, es que era la respuesta que me daba a mí mismo cuando, a menudo, me hacía esa pregunta. Aunque pudiese parecer que ya no estábamos juntos, algunos días nos enrollábamos, casi con rabia como si tuviésemos que recuperar el tiempo dejado atrás. Pero en esos instantes arrancados al desastre había un pacto tácito: sin palabras. Ambos éramos conscientes de la extrema fragilidad de nuestra relación y de que si empezábamos a hablar, desaparecerían las últimas chispas de magia que todavía a veces, sin saber muy bien por qué, llegaban a encenderse.

Uno de esos días tuve un sueño bastante esclarecedor. Aunque más bien fue una pesadilla. Era el reverso angustioso del que tuviera la noche que me enrollé con Lía por primera vez. Volvíamos a estar ella y yo flotando en medio de una nube de algo donoso vapor. Nos mirábamos encandilados. De vez en cuando, un jirón de niebla cruzaba entre nuestros ojos. Ambos sabíamos perfectamente lo que iba a pasar: me entraría sed, pero se me quitaría a medida que ella se fuese bebiendo el vaso de agua extraído de la bruma; luego a ella le entraría hambre, y yo comería para aplacársela; me picaría la nariz, ella estornudaría; Lía tendría sueño, yo bostezaría; todo alegrado por el revoloteo incesante de la mariposa multicolor. Ambos lo sabíamos y esperábamos ansiosos a que apareciese la mariposa para que arrancase el sueño. Pero allí no pasaba nada, salvo vaharadas de niebla que cada vez se hacían más densas entre nosotros. Trataba de buscar dentro de mí la sensación de tener sed, pero era algo imposible de encontrar y mucho menos de provocar. La figura de Lía se empañaba por momentos y yo no conseguía hacer aparecer a la mariposa ni en mi propio sueño. De pronto, la suave bruma que nos sustentaba se volvió oscura, como si la nube se nublase a sí misma. Más que flotar, nos sacudíamos, suspendidos en el punto exacto del que arrancaban todas las tormentas. Una bofetada de aire arrastró hasta nosotros la niebla más densa y oscura que jamás había visto ni soñado. Lía desapareció ante mis ojos. Alargué mi mano hasta donde un instante antes estaba la suya, pero allí no había nada. Agité a ciegas los brazos, con desesperación, alargándolos hasta casi dislocarlos de mis hombros... El vacío. Frente a mí se extendía la mismísima Nada, que me estuvo devorando hasta que finalmente conseguí despertar.

16

Un reproductor DVD, una minicadena de música, dos trilogías -la de El Señor de los Anillos y la de Matrix-, que estaban en oferta, y otras tantas películas y discos de música. Con lo que me sobraba del dinero que había traído al Centro Comercial no me llegaba para la consola de videojuegos. Ya caería otro día. Necesitaba aprovisionarme de entretenimiento para el largo invierno que se avecinaba. Después de pagar, con bolsas en ambas manos y una caja debajo del brazo, salí del edificio. Fuera, en la acera, había un pasillo delimitado por sábanas extendidas en las que se vendían discos, películas y juegos pirateados, prendas de marcas falsificadas, guantes, bufandas, calcetines, paraguas... Y detrás de cada una había un inmigrante mirando bien a la gente que recorría el pasillo, bien más allá por si la policía hacía acto de presencia. Hasta ese día no me había detenido en ningún puesto de esos, pero cuando vi los precios que tenían, me gasté lo que me había sobrado en más discos y más películas. No conocía mi faceta regateando precios y comprobé que era todo un profesional. Lo que había que tener claro era que lo que no regateases, se lo llevaba el otro y lo perdías tú .

De camino a casa -parecía un videoclub andan te-, me acordé de lo que había pactado con Luismi el primer día que fui al local: ni él comería esas galletas ni yo compraría en ese lugar. Estuve tentado de regresar para devolverlo todo, pero me daba pereza hacerlo. Iba muy cargado y ya estaba más cerca de mi casa que del Centro Comercial. Además, si lo devolvía, luego tendría que comprar el reproductor y la cadena en una tienda de electrodomés ticos, y las películas y los discos en otra tienda distinta, en la que seguro que no estaban tan baratos. Con no contárselo a Luismi, todo solucionado.

Entré en casa y mis padres me llamaron desde el salón. Dejé las bolsas sobre mi cama y me dirigí hacia allí. Qué mosca les habría picado. Desde que empezara a trabajar en El Lío, se habían mostrado preocupados, no les gustaba nada, como a la mayoría de los padres de mis amigos, pero su machaque no había podido contra mi seguridad. Si transigieron, todo hay que decirlo, no fue exclusivamente por mí, sino también porque Patricia, Antonio, Nati y Andrés les dijeron que mis amigos eran gente muy maja y muy «sana», y también ayudó, sorprendentemente, el hecho de que estuviese con una chica. Era síntoma de madurez, de responsabilidad, o al menos así lo veían ellos.

—Víctor, llevas un tiempo huraño, apático -comenzó hablando mi madre-. ¿Qué te pasa? Estamos preocupados.

Odiaba estas conversaciones en las que los padres se hacían los dialogantes, los comprensivos y los preocupados. Aunque reconocía que era su cometido, y lo hacían lo mejor que podían, a mí no dejaba de parecerme ridículo.

—El Lío marcha de lujo. Fijaos hasta qué punto, que me acabo de comprar

un DVD y una minicadena y todavía tengo pasta para una consola de videojuegos.

—Te hemos preguntado cómo estás tú, no cómo va El Lío ni el dinero que has ganado -arremetió mi padre.

—No me pasa nada, al revés, estoy fenomenal -mis padres negaron con la cabeza, como dos marionetas movidas por las mismas cuerdas-. Ya me he integrado en el instituto, en el barrio. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí? ¿Unos cuatro meses? Pues en ese tiempo he conocido más gente que en toda mi vida en Aguilar.

—Ya, Víctor -dijo mi madre-, pero nosotros te conocemos y notamos que no estás bien. Hasta Patricia se ha dado cuenta -añadió, como dándome a entender que era algo más que evidente.

—Pues no sé en qué lo podéis notar.

Insistieron en lo mismo varias veces, hasta que se cansaron de que yo tratase de poner una mueca lo más parecida a una sonrisa y les dijese que todo iba de maravilla, que estaba mucho mejor de lo que podía haber imaginado al llegar a Madrid y que sus sensaciones eran equivocadas.

—Ya hablaremos -fueron las últimas palabras de mi padre antes de dejarme ir a mi cuarto.

Instalé el reproductor y la minicadena para que la tele también se escuchase por sus altavoces. Me costó tiempo, pero así no pensé en nada hasta que llegó la hora de salir para El Lío. Bajé las escaleras hasta el cuarto y llamé a Fer. Antes Chechu llamaba al telefonillo de Fer y al mío y bajábamos los dos, si no había quedado yo antes con Lía. Pero últi mámente las cosas habían cambiado. Yo ya no iba nunca con Lía y era Chechu el que a veces nos decía que fuésemos Fer y yo por nuestra cuenta... Estaba enamorado.

Junto a la barra, Lía charlaba con el camarero, con Andy y con Ton, que había venido ese día por no sé qué problemas con unos proveedores de cerveza. Llegamos hasta donde se encontraban ellos y, como tantos otros días, me acerqué a ella ligeramente por si acaso se le escapaba un beso. Pero no, nos saludamos con sendos «hola», y ella siguió con la conversación que estaba manteniendo, casi dándome la espalda. Me sentí un poco nadie. Nacho, que había observado la reacción de Lía, se acercó a mí y me dijo:

—No se que decirte porque tampoco se mucho más de lo que veo y no soy quién para preguntar. Pero sea lo que sea, ánimo. Tenemos que reventar el local y atropar toda la pasta que podamos.

La música, aunque tuviese todo el ritmo del mundo, no dejaba de sonarme a marcha fúnebre. Al comienzo de mi relación con Lía fueron mis amigos los que daban por hecho que estaba con ella, cuando ni siquiera yo lo sabía con certeza. Y en el punto en que parecía que mi relación con Lía se evaporaba, volvían a ser mis amigos los que lo daban por hecho antes que yo. Resulta más fácil saber lo que le pasa a otro que lo que te pasa a ti, uno no es tan objetivo consigo mismo.

El remate fue cuando me acerqué a la camarera y le supliqué que me pusiese Elixir de Juventud. Se volvió a hacer la remolona, pero yo insistí:

—Venga, ahora que todavía no hay mucha gente.

Al final, accedió, quizá para que no volviese a darle la plasta, y cuando empezó a sonar miré a Lía. «Fue el día en que escuché su voz, seguí su eco hasta un rincón y allí tomó la forma de canción». Pero ella ni siquiera cambió el gesto, era posible que ni se acordase de la canción. Me pareció la prueba más infalible del fin, aunque ella solo la hubiese oído una vez y aunque ya hubiesen pasado casi dos meses desde entonces. Con su indiferencia, Lía acababa de profanar mi recuerdo más sagrado. Antonio Vega parecía llorar cantando: «Hoy no hay ley que pueda atarte a mí». No tenía que haber pedido esa canción en ese momento. Me di cuenta enseguida. Tenía que haberla guardado intacta como la banda sonora de nuestro primer encuentro, a salvo de recuerdos sucios como el que esa noche se estaba creando. De pronto, cuando ya estaba dispuesto a pedirle a la camarera que quitase la can ción para que no se manchase más, una mano apa recio frente a mis ojos y se empezó a agitar.

—¿Qué estarás pensando, alma perdida? -era Inés.

Me costó reaccionar.

—Si te lo dijese, tendrías que matarme.

Inés era una chica muy maja, de trato y sonrisa fácil. Últimamente notaba que mientras la distancia con Lía se hacía más larga, en la misma medida se acortaba con Inés. Siempre me había encontrado a gusto con ella y aunque nunca había pensado en llegar a nada, ese día al menos dudé. Estuvimos un buen rato hablando, incluso tonteando, diciéndonos en broma cosas que no nos atreveríamos a decir en serio. Hablábamos en general, como si no fuese con nosotros la conversación: «en la vida a veces el camino correcto es el desvío que tomas por equivocación», «hay gente que no se da cuenta de que se está enamorando hasta que el amor le cubre por la nariz, y entonces ya es tarde, no puede respirar y se ahoga», «ya sabes lo que le queda a la rutina si le quitas la t», «los espejismos son lo peor, crees que hay algo donde solo hay aire»... Estaba tan confuso que no sabía si lo que intentaba era ligar con Inés o darle celos a Lía. Ton se acercó un momento a nosotros y, sin venir a cuento, le empezó a decir a Inés que yo era el mejor Relaciones Públicas que tenía, que no se arrepentiría de conocerme y otros halagos desmesurados que en absoluto entendí. Primero, porque no creía merecerlos, y segundo, porque en todo caso Inés no era la chica a la que tendría que habérselos dicho. Ton nos dejó a solas de nuevo y yo prolongué artificialmente la conversación unos minutos, pero mi mente había resuelto mis dudas, se había vuelto a liar. Le dije a Inés que me iba a hablar con otros.

—Es mi trabajo -fue la excusa.

Eché un vistazo por el local. Lía seguía en el mismo sitio donde la encontré al entrar. En cuanto vio que la miraba, giró la vista hacia otro lado, con un atisbo de enfado, y siguió hablando con Ton y con Andy Estuve tentado de

acercarme a ella, de preguntarle por su comportamiento, pero no me veía con ganas, o con fuerzas. Así que me uní al grupo donde estaba Luismi. Hablaban de cómo se puntuaba en los exámenes teóricos de conducir, un tema apasionante. Cada cierto tiempo, echaba una ojeada hacia Lía. Una de las veces, observé que faltaba Ton. Al momento, le vi salir del reservado. Venía hacia mí. Me separé del grupo para ver qué quería y me dijo que me notaba un poco tenso. Se había enterado de que las cosas no me iban del todo bien con Lía —No es que no me vayan del todo bien, es que me van del todo mal.

Ton parecía otro, más comprensivo, hasta humano, diría yo. Me dijo que se sentía mal cuando veía a la gente de mal rollo.

—Había pensado que si me podrías hacer un favor, más que nada para que desconectes un rato.

El favor consistía en llevar otro sobre con otro contrato a otro de sus clientes. En la parte de fuera venía la dirección. Ya sabía yo que este no hacía nada sin ningún interés, pero tenía razón, me estaba intoxicando con mis propios pensamientos y quizá necesitase salir de El Lío un rato. Me dio casi el doble de dinero que la otra vez. Yo hice intención de devolverle parte, pero él se negó, casi ofendido. Ya en la puerta del local, me giré y vi a Ton en la barra, que gesticulaba pegado a su móvil; a Lía, que le miraba extrañado; a Chechu y a su chica hombro con hombro, la pantalla de la máquina iluminándoles la cara, jactándose él de sus conocimientos en el Trivial; a Fer y a Nacho llorando de risa porque Luismi había clavado el dardo en la ranura donde se echaban las monedas, casi medio metro por debajo de la diana. Volví a mirar a Lía. Acababa de pedir una copa y se bebió de un trago casi la mitad. Si antes no había apreciado bien su gesto, ahora no me cabía duda, era de tremendo cabreo. Me dieron ganas de volver a entrar y darle las pelas a Ton para que llevase otro el contrato, pero qué más daba, había tiempo. ¿Tiempo para qué? Salí a la calle. Había dejado el Lío con algo extraño flotando en el ambiente. Mi mente daba vueltas sobre muchas cosas, pero no llegaba a nada concreto. Un malestar difuso me fue envolviendo. No era solo un malestar mental, sino también físico. Caminaba sin fuerzas, sin seguridad, como si de pronto hubiese aparecido en una calle extraña y ya me hubiese hartado de correr sin encontrar nada conocido a lo que aferrarme. Al final iba a ser real lo de las aceras movedizas.

Esta vez no tuve ni que pensar si iba en metro o en taxi, tenía que recuperarme cuanto antes del bajón que había sufrido mi tesorería con la compra de esa tarde. Pasé el billete por el torno y el taquillera se me quedó mirando. Se creería que iba bebido por mi forma excesivamente desganada de andar. Dejé que las escaleras automáticas me bajasen hasta el andén y nada más llegar sonó el pitido que avisaba de que se iban a cerrar las puertas. Corrí y entré por los pelos. No tenía ninguna prisa, pero ya se me debía de haber metido en el cuerpo la prisa constante de Madrid. Me senté al lado de una chica que vestía con ropa demasiado colorida, incluso llegué a pensar que fuera a una fiesta de disfraces o algo por el estilo. Nada más engullirnos el

túnel, un tipo se levantó en la otra punta del vagón y vino corriendo hacia mí, o eso creía yo, hasta que se detuvo frente a la chica.

—¡Amalia! -me asusté del grito que pegó, y no fui el único del vagón.

—¡Rodrigo! -gritó ella, casi tan fuerte como él.

Ella se levantó y se abrazaron con fuerza.

—¿Por qué no acudiste a la cita? -él seguía hablando para que le escuchase todo el mundo.

—Sí acudí, pero no estabas -declamó ella.

Tenían acento argentino, y no bajaban la voz. Además gesticulaban exageradamente. Pronto caí en la cuenta de que estaban interpretando un papel para nosotros, los viajeros. La historia consistía en una terrible confusión que les había llevado a no saber más el uno del otro, allí en Argentina. Por caprichos del destino, y sin saberlo, los dos se habían trasladado a España y nos hacían creer que se habían encontrado justo ese día y que nosotros éramos los privilegiados de presenciarlo. Terminaron la representación con un beso muy exagerado y teatral.

Antes de llegar a la siguiente estación, se dieron la mano, saludaron al improvisado respetable y él se dirigió al vagón:

—Como habrán observado, somos una pareja de actores argentinos en busca de un hueco aquí, en España. Si pudiesen colaborar con nosotros, quedaríamos eternamente agradecidos.

Yo no daba crédito, las dos veces que había bajado al metro me había encontrado con gente pidiendo dinero, y en ningún caso habían sido arrastrados de la vida, colgados del aire. ¿Qué pasaba aquí?

Esta vez decidí no darles. Llegamos a la siguiente estación y salieron del vagón. Me giré y a través del cristal los vi regalándose mutuamente un beso tan real que casi lo sentí en mis labios. Sin pensarlo salí corriendo del vagón aunque no fuese la estación donde me tenía que bajar, sino la siguiente a la que me había subido. Acababa de presenciar, en marcada por el hueco de la ventana, la verdadera historia de amor, más hermosa aun que la que re presentaban de vagón en vagón. Nada de encuentros fortuitos, nada de casualidades inverosímiles, nada de amores de un día que no puedes olvidar en una vida; eran dos enamorados de carne y hueso en un país que no era el suyo luchando juntos cada día por el mismo sueño. Juntos...

Llegué a su altura cuando estaban a punto de entrar en el siguiente vagón, donde repetirían por enésima vez el encuentro con el azar, y les di todo el dinero que me había dado Ton. Me miraron in crédulos.

—Pero pibe, no seas boludo -me dijo la chica, haciendo intención de devolvérmelo-. Te hará falta la plata.

—Quedáoslo, por favor -sonó el pitido-, y meteos ya en el vagón, que si lo perdéis nunca sabréis a quién os podríais haber encontrado en él.

Me quedé solo en el andén. Solo... una parada más allá de la mía, sobrecogido aun por la escena de amor. Sabía que tenía que incorporarla a mi

revoltijo de pensamientos incompletos, que me ayudaría a algo, pero no sabía a qué. En el letrero del centro de la estación ponía que el siguiente metro llegaría en siete minutos. Mi cabeza trabajaba en un laberinto. Mientras, mis manos jugueteaban con el sobre que me había dado Ton. Pasaban los minutos, pasaba la gente por delante de mí, pasaban los pensamientos sin llegar a quedarse, atravesándome. Cuando se oyó el sonido del metro entrando en el andén, me levanté instintivamente. Al devolver el sobre a mi bolsillo, noté algo extraño: era bastante más fino que el que llevara el otro día. Las puertas del metro se abrieron, pero yo no entré. Inquieto, repetí la operación de separar la solapa por una esquina. No veía nada. El pitido recorrió el andén. Lo abrí un poco más. Nada. Otro poco más. En blanco. Se cerraron las puertas de todos los vagones a la vez, volvía a estar solo. Rasgué el sobre, desdoblé la única hoja que había dentro y estaba completa mente en blanco. El metro se perdió en el túnel.

Un túnel oscuro, una hoja en blanco, un muro, la niebla, el vacío, un eclipse de mente, el límite de mi memoria, el borde mismo de mis recuerdos. Como si me hubiese acercado tanto la hoja a los ojos que el blanco lo hubiese abarcado todo. Una pasta densa, viscosa, tragándose mi memoria.

ABRIR LOS OJOS

Me sacan de la maldita sala de despertar tumbado en una camilla. Me conducen por un pasillo. Desfilan ante mis ojos fluorescentes, cabezas y puertas. En el ascensor, el botón del tercer piso se enciende con el simple roce del dedo del camillero. Descendemos. La palabra ascensor es tan mentirosa como la luna, o como la palabra despertador. Se tenía que llamar ascensor cuando sube y descensor cuando baja, o en una palabra: asdescensor. ¿Qué estoy diciendo? Mi cabeza sí que sube, baja, va y viene. Suena un tilín antes de abrirse las puertas en la tercera planta. De nuevo la sensación de velocidad en un tubo de luces, cabezas y puertas. Al torcer, chirría una de las ruedas de la camilla. Ya verás como ahora se rompe una pata, yo me caigo por los suelos y hacemos el apaño completo. Alguien abre una puerta en la que hay un cartelito que pone: 337. Atravieso la puerta. Estoy volviéndome a marear. Tengo nauseas. Creo que ya estoy dentro de mi habitación, que era la 37, la 373, la 3337, la 773... Trato de no enredarme en algo tan inútil como recordar un número.

Esto ya se parece más a la típica habitación de hospital. Frente a mí, cerca del techo, hay un pequeño televisor apagado, sujeto por un soporte que va a la pared, y con una ranura al lado para que eche dinero el que quiera verla. Giro los ojos -y el cuello, lo poco que me permiten el collarín y el dolor hacia mi derecha. Veo dos puertas, una más cercana, que debe de ser la del servicio y otra un poco más alejada, que debe de ser la salida al pasillo. A mi izquierda hay una mujer tumbada en una camilla a escasos tres metros de mí. Tiene una tremenda costura en el cráneo, y alrededor, una melena con mechas de sangre reseca. Tose y a continuación emite un quejido de dolor ahogado que no encuentra fuerzas para llegar a los labios. Al instante, se incorpora un hombre que debía de estar sentado tras la camilla. Su silueta inmóvil, al contraluz del amanecer en la ventana, parece una pegatina negra en el cristal. Tras unos momentos de duda, se despega, toma un vaso de agua y lo acerca a los labios de la mujer, con pulso tembloroso.

—¡¡Víctor!! -oigo la voz de mi madre, irrumpiendo en la habitación como un trueno.

Del sobresalto, me pongo tenso y el dolor me agarra por todo el cuerpo. Al hombre casi se le cae el vaso del susto y mi madre le pide disculpas con la mano sin apartar su mirada de mí. Tiene sus ojos clavados en mi cara. Mi padre y mi hermana acaban de entrar. Parece que los tres están bien. La única forma que tengo de verme es en sus gestos. Noto que, aunque se contienen, están muy impresionados, me asusta pensar qué estarán viendo. Cada vez que me miran, les lanzo una medio son risa de dolor, para intentar que se tranquilicen.

—¡Dios mío! -mi madre me coge una mano, la aprieta y la suelta al instante, por miedo a hacerme daño.

Y me mira, no deja de mirarme; mi padre tambien, y se muerde el labio inferior y aprieta los puños; Patricia derrama una lágrima que busca un camino en su rostro contraído. Y a mí me entran unas ganas asfixiantes de llorar, más por ellos que por mí, precisamente por ser yo el que les está originando este sufrimiento. Mi madre murmura que no teníamos que haber venido a Madrid y al oírlo se me escapa el alma por los poros. No puede pensar eso.

—¿Quién se va a recuperar en un periquete?

La puerta de la habitación se abre de nuevo. Es Nati, con su nariz de ratoncita presumida, sus mechas azules y su tono de voz estridente y optimista poco adecuado para funerales, iglesias y hospitales.

—Yooo -intento decir.

Andrés viene detrás. Compruebo que puedo levantar unos pocos centímetros el brazo pese a la escayola y entienden que con ese mínimo movimiento los estoy saludando. Nati transmite fuerza, lo noto. Es la que mejor ha aguantado el golpe de verme como debo de estar. Mi padre y mi madre conversan ahora en voz baja, sin apartar sus ojos de mí. Suena el móvil de mis padres y lo coge mi madre. Es una prima suya, interesándose por mi estado. Mi madre sale al pasillo para hablar más a gusto y, quizá, para poder mirar otra cosa que no sea yo.

De mil formas distintas me preguntan por lo que me había pasado, y les intento explicar que no lo sé de otras mil formas distintas: medio hablando, medio gesticulando, con la mirada, venciendo en dolor de cada movimiento. Pese a tener mi mente en un estado precario, he podido sacar varias conclusiones entre lo que me dicen y las conversaciones que mantienen entre sí creyendo que no los oigo. Ingresé en el hospital la noche de anteayer, viernes, o ya sábado, la misma noche en que la hoja en blanco me atrapó, y la misma en que, por lo visto, sonó el telefonillo en mi casa sin que nadie respondiese cuando mi madre preguntó que quién era. Hoy es lunes por la mañana y todos han faltado a sus respectivos trabajos para estar conmigo, salvo Andrés, que tiene las clases por la tarde, y Antonio, que no ha venido porque tenía que grabar la serie sí o sí. Patricia ha hablado con todos los amigos, incluso con Lía, y nadie sabe nada de lo que me ha ocurrido. Incluso el sábado se pasaron Antonio y ella por El Lío, pero allí solo estaban los camareros y unos pocos clientes -sorprendentemente, ni Lía ni ninguno de mis amigos-, y obtuvieron la misma respuesta de todos: «ni idea». Lía y los demás han bajado al bar a desayunar, ayer estuvieron todo el día en el hospital y hoy han llegado a primerísima hora de la mañana. Entre varios, me han pegado una paliza de muerte, con saña, pero afortunadamente mi vida no corre peligro. No obstante, como poco tengo la nariz partida, ambos brazos fracturados, no sé cuántas costillas rotas, varias vértebras dislocadas, dos

navajazos en una pierna y contusiones en cada palmo de mi cuerpo. Vamos, que estoy aquí de milagro.

¿Quién me puede odiar tanto para dejarme así? ¿O acaso habrá sido sin venir a cuento, por unos desconocidos que tuviesen ganas de destrozar a alguien sin motivo? ¿Y si nunca llego a saber qué me ha pasado? De todo lo que he escuchado, nada parece arrojar luz.

Patricia se acerca a mí. Le cuesta mirarme directamente a la cara. Me dice cariñosamente que parezco un monstruito.

—Por si recibir buenas noticias te ayuda a recuperarte, que sepas que vas a tener una hermana famosa. ¡Me han dado un papel en la serie!

Si no lo suelta, revienta, la tía. Dejar de pensar en ella misma le podría afectar tanto o más que dejar de respirar. De pronto, una enfermera se abre paso entre mis familiares y les pide que abandonen por un instante la habitación. Me sonríe con dulzura. Qué bien sienta en un momento como este que alguien no solo no se asuste al verte, sino que te transmita ternura. Revisa la bolsa del suero, que se vacía gota a gota, me coloca una pastilla entre los labios, que trago con ayuda del agua que me acerca en un vaso y, antes de salir de la habitación, me da ánimos. Tomando aire por la boca, no me salen tan bien las respiraciones. Trato de relajarme lo máximo posible dadas las circunstancias. Cierro los ojos y descubro que el blanco y el negro tienen algo en común: el vacío, la nada. Se me acumulan tantas cosas que pienso que no soy capaz de empezar por ninguna. De pronto, vuelve a mí, rescatada de las sombras, la imagen que tuviera en la sala de despertar. Mi figura corriendo entre destellos de farolas, reflejada en un cristal. Corro hacia mi reflejo, huyo de pisadas a mi espalda. Miedo, pánico. Me detengo junto al cristal. No sé lo que hago, solo lo que recuerdo o invento: una fila de cabezas borrosas que se acercan por detrás del reflejo de mi cara angustiada.

—¡¡Joder, Víctor!!

Abro los ojos y a mi lado, como inventada en un sueño, está Lía. Me mira con esos ojos en los que cabe entero el planeta azul. Nunca la he visto tan afectada por algo. Está llorando y debe de llevar haciéndolo bastante tiempo. Se lleva un pañuelo de papel a la nariz para sonarse y para enjugar las lágrimas que bañan su rostro. Vencido el impacto inicial de verme tal como estoy, me da un beso en los labios que siento suave, delicado, exquisito, aunque apenas tenga sensibilidad en la piel. Un pinchazo me atraviesa el costado y me encojo de dolor.

—No, no te muevas –me dice, y se coloca más cerca de la camilla, inclinándose un poco sobre ella para que yo apenas tenga que girar el cuello.

—Tuve suerte -mascullo-, llegué al mar y ahí mismo estaba: la perla más hermosa de todos los océanos. Lía rompe a llorar. Las lágrimas echan carreras por su cara como gotas de lluvia en un cristal. Tira el pañuelo, ya empapado y saca uno nuevo. Se ha aclarado la garganta varias veces, como para empezar a hablar, pero no termina de decidirse. Cierra los ojos, agacha la cabeza y solloza. Tarda unos segundos en recomponerse y volver a mirarme. Me coloca

el flequillo y toma aire.
—Estás preciosa.

No digas nada, Víctor, por favor, no te muevas, no me lo hagas más difícil. Les he pedido que me dejen un momento a solas contigo y tengo que ser capaz de sobreponerme. ¡Tío, te han machacado...! Perdona, pero me cuesta mucho hablar. Verte en este estado me mata. Llevo sin dormir ni comer desde el viernes, parezco un fantasma desorientado. No sé cómo empezar, ni por dónde. Me gustaría poder diluir mis pensamientos en el suero e introducírtelos directamente, de forma intravenosa, me facilitaría mucho las cosas. Sin embargo, la ciencia aun no lo permite, así que me esforzare para no embarullarme, aunque lo veo complicado, son tantas cosas, y tan difíciles. Pero tú no digas nada, no hables o me derrumbaré. Le he dado más vueltas a la cabeza en estos dos días que desde que empezamos las clases, y he sacado algunas cosas en claro, bueno, en claro para mí, claro; huy, ya empiezo a enredarme. Aunque nunca me lo has reprochado, has sido tú casi en exclusiva quien ha creado y mantenido viva nuestra relación. Con tu amor que parecía sin medida, con la fuerza poderosa de tu cariño, con tu empeño por que no pasase un solo día sin sonreír. Era tan grande tu pasión, que yo ni siquiera necesitaba poner de mi parte para que todo funcionase, simplemente me dejaba arrastrar por tu torrente, me ceñía al guión de tu inagotable película romántica, vamos, me dejaba querer, sin mayor esfuerzo. Sin embargo, más o menos a partir de la inauguración de El Lío, las cosas entre nosotros empezaron a cambiar. Tú dejaste de tirar con esa fuerza y yo no fui capaz de tomar las riendas. No te puedo echar la culpa de nada, faltaría más. Al fin y al cabo era lógico que te cansases de cargar no solo con tu peso sino también con el mío. Nos distanciábamos y lo más triste era que ninguno de los dos hacía nada por evitarlo. Estábamos más pendientes de traer clientes y de entretenerlos para llenar nuestros sobres. Lo de El Lío ha sido algo que nos ha superado, no hemos sabido llevarlo paralelo a lo nuestro, se nos ha atravesado. De pronto, nuestra relación dejó de ser lo más importante para ambos y esa creo que fue la perdición. Tendremos tiempo para hablarlo y llegar al fondo, bueno, si tú quieres. Sí, no te extrañes, es muy posible que no quieras volver a mirarme a la cara después de que te cuente todo, por no hablar de tu familia. Me dolería que lo hicieras, pero no me quedaría más remedio que entenderlo. Me ha dicho Patricia que has borrado o apartado de tu memoria lo que pasó el viernes. No me extraña. Dentro de unos minutos, cuando te abra los ojos, me verás a través de otro cristal, y te va a costar trabajo seguir encontrándome preciosa. Tu familia cree que no sabemos nada. Así lo hemos fingido porque yo lo primero que quería hacer era hablar contigo. Pero tranquilo, en cuanto salga por la puerta, pese a que me vaya a costar horrores, se lo contaré todo y tomaremos las medidas que haya que tomar. Es curioso, los dos días que has estado, por decirlo de alguna forma, desconectado, han sido los dos días que yo he necesitado para conectarme de

nuevo al mundo. Tu mente, dormida, y la mía, a toda máquina. No significará nada, ni tendrá ningún sentido, pero no deja de ser curioso. Lo más fácil para mí... bueno no, lo menos difícil para mí sería tratar de volver a encandilarte sin que supieses lo que pasó, ocultártelo, pero sería recuperar una relación artificial sustentada en tu amnesia. Nunca sería sincera. Por eso prefiero contártelo, aunque haciéndolo tenga muchas menos posibilidades. Creo que es la única forma de retomar nuestra relación en el punto anterior a que se empezase a torcer, cuando aun éramos invencibles. Estoy decidida, si me das la oportunidad de demostrarlo, a participar activamente en la nueva relación, a unirme a tu fuerza para, resurgidos de nuestras cenizas, ser aun más invencibles. Juntos. Pero para eso antes tienes que saberlo todo y querer dirigirme la palabra después. Yo no te voy a meter prisa... hombre, querré saber tu respuesta cuanto antes, eso sí, pero comprendo que ahora quizá no estés en condiciones de meditarlo. Y cuando ya lo estés, puede que necesites tiempo, lo sé, por eso voy a ser paciente. Creo que no te he hablado durante tanto rato seguido desde que me conoces. Me resulta extraño estar hablando contigo y que no me interrumpas con algo bonito o gracioso o inteligente, como tú . Se nota que me estoy liando yo sola para evitar llegar a lo del viernes. Antes de nada, quiero que sepas que, aparte de mí, aquí tienes muy buenos amigos. Lo han demostrado, ya te darás cuenta. El Lío, en lo que respecta a todos nosotros, ha pasado a la historia. Lo único que vamos a hacer es intentar que esté vacío, que toda la gente que iba por nosotros no vuelva a pisarlo, incluido Nacho, fíjate. No pongas esa cara, enseguida lo entenderás todo. Bueno, voy a coger aire mientras le doy marcha atrás a la memoria. Eso sí, ten en cuenta que te voy a contar los hechos no como sucedieron realmente, sino como yo creía que estaban sucediendo, para que puedas comprender al menos un poco mi reacción. Nos ubicamos en El Lío, este viernes. Tú estabas hablando con tu amiga Inés. Yo estaba con Ton, con el camarero y con Andy. En un momento dado, les confesé que lo nuestro no funcionaba. No sé por qué, puede que necesitase desahogarme aunque reconozco que esas no fuesen las personas adecuadas para hacerlo. Además, añadí que Inés me ponía algo celosa. Sí, tú siempre te has alegrado mucho cuando la has visto, hablas mucho con ella, no sé, os notaba una complicidad que no me gustaba nada. Y el viernes, especialmente. Al verme así, Ton se ofreció para enterarse de lo que se estaba cociendo. Se acercó a hablar un rato con vosotros y cuando volvió no hizo más que confirmar mis sospechas. Me dijo que estabas lanzado a por ella y que no te habías cortado un pelo en desmentirlo y yo enfurecí. Sí, ya sé que casi no tenía derecho a ponerme así, pero es como me puse, no lo pude evitar. Un rato después, tú te apartaste de Inés, como para disimular. Ton se fue al reservado, salió con un sobre y te lo entregó. Cuando te ibas, llamó por teléfono a alguien y le dijo que iba a ir un chico con un sobre, que lo cogiese y que no se extrañase de lo que había dentro, que ya se lo explicaría. No entendí mucho la llamada, pero tampoco le di mayor importancia. Tú te marchaste solo, pero al cabo de un rato, Ton se

fue a hablar con Inés y ella también se fue. Algo raro pasaba y Ton no quería decirme nada. Al final logré sonsacarle, o eso creía yo. Me dijo que el sobre solo contenía una hoja en blanco -esta fue la única verdad y que tú le habías pedido que te lo diese como excusa. Querías enrollarte con Inés en otro sitio, no delante de mí. Ya sé que nuestra relación apenas existía, que todo se había enfriado, pero fue escuchar eso y tenerme que ir al servicio a llorar. Al salir, me encontré a Ton enfrente, sujetando la puerta de la sala privada. Ni siquiera le hizo falta invitarme a entrar. Cerró la puerta por dentro y me sirvió una copa. Yo le agradecí lo que había hecho por mí, y en especial el haberme dicho lo del sobre, pese a que, supuestamente, te había jurado que no lo haría. Estuve un buen rato desahogándome con él, diciéndole que las dudas que me quedaban con respecto a ti se acababan de disipar. Y él, sutilmente, aprovechando mi dolor y las copas que me había tomado, fue llevando la conversación a su terreno. Hasta que llegó un punto en que, sin saber por qué pero, tampoco te quiero engañar, sin oponer ninguna resistencia, me acabé enrollando con él. No sé el tiempo que estuvimos, tampoco mucho, hasta que alguien llamó a la puerta. Eras tú . Yo no te vi entrar en El Lío, pero estos me han dicho que llegaste con la hoja en blanco en la mano, preguntando por Ton. Como nadie te respondía, empezaste a ponerte nervioso. Ellos también. Imagínate su papelón. Estaban desconcertados con mi forma de actuar y con la situación que se había generado. Echaste un vistazo y te diste cuenta de que yo tampoco estaba. Insististe, pero nadie se atrevió a abrir la boca, estaban petrificados. Sin dudarlo ya, según me han contado, te dirigiste a la puerta del reservado y llamaste dos veces antes de echarla abajo de una patada. Nos pillaste terminándonos de vestir. Tu cara estaba descompuesta por el odio. Mostraste la hoja en blanco y nos dijiste: «¿Este es el contrato que tenía que llevar? Anda que no lo habéis preparado bien, ¡cabrones!» En ese momento lo entendí todo, incluso que era demasiado tarde para haberlo entendido. Ton te dijo: «No te enfades conmigo, Víctor, tú y yo tenemos mucho en común. Los dos nos hemos tirado a la misma tía». Desencajado, te acercaste hasta su posición y le pegaste un puñetazo seco en la cara. Ton se dio un guarrazo tremendo al caer y tú te acercaste hasta él con los dientes apretados de rabia y le apuntaste con el dedo: «¡Tú y yo no tenemos nada en común!». Le estabas llamando de todo, cuando entró Andy y te agarró por la espalda. No sé como, la ira te debió dar una fuerza descomunal, pero te revolviste y conseguiste soltarte de los expertos brazos de Andy. Saliste corriendo. Andy salió detrás de ti y Ton, medio grogui, agarró el teléfono y tuvo una conversación en voz baja con alguien, de la que solo entendí «Avisa a los invisibles de La Sala» y «¡Ni un minuto, los quiero ya!», o algo así. Luego, al escuchar que les daba tu dirección, me entró un pánico atroz y salí corriendo a buscarte. Luismi, Fer, Nacho y Chechu me siguieron, aunque no llegasen a entender todo lo que sucedía. De camino a tu casa, entrecortadamente debido a la carrera, se lo fui contando. Llegamos a tu calle, no había nadie, ni siquiera en el parque de al lado, donde la pista de baloncesto. No estaban ni los invisibles, ni Andy, ni

estabas tú . Después de aguantar unos segundos, no pude resistir la incertidumbre y corrí hasta tu portal. Llamé al telefonillo de tu casa. Creo que fue tu madre la que lo cogió: «¿Diga?», repetía, la pobre, y yo no me atreví a preguntarle si estabas allí, sin embargo obtuve la respuesta cuando, antes de colgar, dijo: «¿Víctor? ¿Eres tú ?» Se me cayó la vida encima. Empezamos a correr sin dirección para ver si te encontrábamos, pero nada. Anduvimos por las calles de la zona, incluyendo callejones tétricos, y nos asomamos a cada uno de los rincones oscuros, en busca de algún bulto tirado en el suelo que tuviese forma humana. Lo único que encontramos fue a un par de mendigos durmiendo. Cuando ya no sabíamos qué hacer ni dónde buscar, exhaustos por el esfuerzo, sonó mi móvil y vi en la pantalla Víctor móvil. Di un salto de alegría y descolgué en seguida, pero no eras tú . Era el chico que te había encontrado, detrás de unos matorrales, mientras caminaba hacia su casa. No estabas muy lejos, a unas cuatro manzanas. Te había cogido el móvil para llamar al número de emergencia y luego se le ocurrió ver los mensajes que tenías almacenados para averiguar a quién debía llamar. Resultaron ser míos todos los mensajes que habías guardado, así que no le cupo duda. Le pregunté que si estabas bien y me dijo: «Hombre, bien lo que se dice bien, no; está fatal». Nos dijo dónde estabas y salimos corriendo hacia allí. De pronto, oímos la sirena de una ambulancia. Yo la oía por fuera y por dentro del móvil. El chico me dijo que acababa de llegar la ambulancia. Nosotros corríamos como si nos persiguiesen los demonios de todas las películas de terror. El chico me informó de que te estaban subiendo en ella, que acababa de arrancar y que él se iba porque llegaba tarde a casa. No te puedes imaginar cómo angustia oír en el silencio de la no che la sirena de una ambulancia que sabes que se aleja contigo dentro. Cada vez sonaba más baja, cada vez mas baja, mas baja, hasta dejarse de oír. Aun así, seguimos corriendo sin aflojar el ritmo hasta donde te habían encontrado. No sé, quizá corríamos simplemente para huir del espanto. Cuando llegamos, allí solo quedaban curiosos alrededor del charco de tu sangre. No es que temiese lo peor, es que estaba convencida de que donde te llevaban era directamente al depósito. La gente hablaba, para unos no había duda de que estabas muerto, para otros, solo inconsciente, pero todos estaban de acuerdo en que te habían linchado sin piedad. La culpa me desgarraba, me devoraba, me atormentaba hasta el mismo límite de la locura. Y así estoy desde entonces. Te juro que si no hubiese podido contártelo, si finalmente hubiese pasado lo peor, lo más seguro es que yo habría ido detrás de ti, no habría podido soportar esa carga sobre mi conciencia. Aunque tengas la cara deformada por los golpes, aunque parezcas «un monstruito», como dice Patricia, no sabes lo feliz que me siento al verte aquí, despierto, mirándome. Puede que ahora mismo me estés odiando, pero aunque sea así, me hace feliz que puedas hacerlo. Víctor, este es un mundo violento, hostil, en guerra a todos los niveles, en todos los sentidos, entre países y entre vecinos, y en medio de un campo sembrado de muerte apareciste tú , ofreciéndome algo que ni el dinero ni los ejércitos pueden conquistar. Si algún día volvemos

a estar juntos, me consideraré privilegiada por disfrutar de sentimientos que no tienen precio, que no se compran ni se venden. Y si no volvemos, me consideraré afortunada de haberlos disfrutado al menos unos meses. Pero no digas nada ahora, Víctor, no digas nada.

www.LiteraturaSM.com

www.grup-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 12 13 23
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-4935-5

Digitalizado por: Contenidos Digitales S.L. – Grupo Ulzama